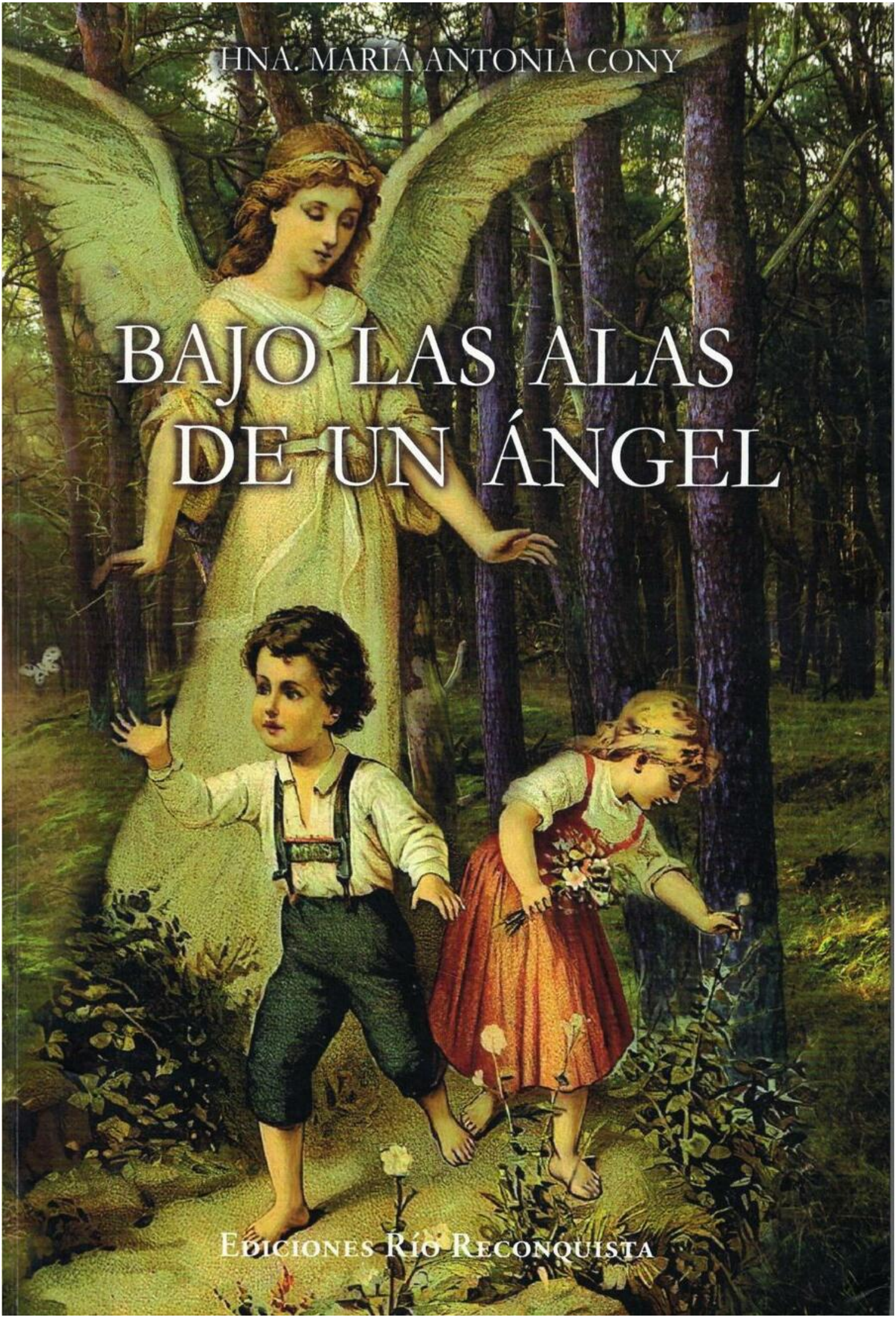
HNA. MARÍA ANTONIA CONY

BAJO LAS ALAS DE UN ÁNGEL



EDICIONES RÍO RECONQUISTA

María Antonia Cony

Bajo las alas de un ángel

Recuerdos de infancia de una religiosa
franciscana de penitencia y de caridad cristiana
de la Casa Madre de San Leopoldo
(Río Grande del Sur, Brasil)
editados por el R.P. João Batista Reus, S.J.,
profesor emérito de Ascética y Mística.

Imprimatur

Por comisión especial del Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Pedro da Cunha, obispo emérito de Petrópolis, con fecha de 15/4/1953.

Valoración del censor eclesiástico

En la lectura de las sencillas y encantadoras páginas de Devo narrar minha vida no he hallado nada que desaconsejase su publicación.

Estoy de acuerdo con la opinión de Fray Pacífico O.F.M. Cap.: la vida íntima de la Hermana Antonia, en esta época infestada por el espiritismo, podrá tener la finalidad providencial de reavivar la devoción al Santo Ángel de la Guarda.

Portó Alegre, 13/6/1948.
Mons. Nicolau Marx

Protesta

Las revelaciones de los dones sobrenaturales y de las virtudes de la Hermana Antonia que contiene este libro se ofrecen sólo a la fe humana, en conformidad con el decreto del Papa Urbano VIII, y en entera sumisión al juicio infalible de la Santa Iglesia católica.

San Leopoldo, Fiesta de la
Inmaculada Concepción de Santa María, 1946.

Padre. J. Batista Reus, S.J.

Introducción a la primera edición

A principios del año 1944 enfermé tan gravemente que juzgaron conveniente administrarme los últimos sacramentos. Durante algunos días continué enfermo, sin mejoras sensibles. El miércoles de la semana siguiente, comencé una novena en honor del Sagrado Corazón de Jesús y de Sor Antonia - Cecy Cony (1900-1939)-, que había fallecido unos años antes, en San Leopoldo, después de una vida virtuosa: Pedía el favor de poder explicar, el lunes de la semana siguiente, la lección de Liturgia, asignatura de la que era profesor. En el caso de conseguir la realización de mi deseo, lo atribuiría a un favor de Sor Antonia. A pesar de ello empeoré el jueves y el viernes, y temí haber sido temerario en mi confianza. Sin embargo, el sábado mejoré y le pedí permiso a mi superior para poder dictar la lección, el lunes a su hora. Él se rió y me dijo que para eso sería necesario un milagro. Aquella misma tarde le comuniqué mi intención al Padre encargado de los enfermos, que era médico titulado. "¡Eso no puede ser!", me respondió, y sólo se tranquilizó cuando supo que el Padre Rector ya me había concedido la preceptiva licencia. Ninguno de mis dos superiores conocía nada sobre la novena.

El domingo, cerca de 40 "júniores" (estudiantes de filosofía) de la casa de formación rezaron por mi intención, y el lunes, acompañado por el rosario de los "júniores" y protegido por Nuestra Señora, fui a explicar mi lección académica. Después de terminar la clase, dije que era Sor Antonia la que me había ayudado en mi rápida curación. Apenas salí del aula, me rodearon los "teólogos" (estudiantes de teología) preguntándome: *¿Quién es esa Sor Antonia? ¿Dónde está?* Les di las explicaciones convenientes, satisfaciendo así la curiosidad de mis alumnos.

Ésta es la persona de cuya vida trata el presente libro. Escribió los recuerdos de su vida, obligada por la obediencia, tal como venían a su memoria, con cierta repugnancia y pidiendo una ayuda especial a Nuestro Señor. En cuanto terminaba uno de los seis cuadernos de que se compone el manuscrito, lo entregaba inmediatamente a las Superioras y ya no preguntaba más por él. Murió antes de concluir su biografía, que sólo alcanza hasta los 21 años, y pudo presentarse ante Nuestro Señor con la belleza deslumbrante de la inocencia bautismal.

El manuscrito fue leído por algunas personas. Lo encontraron de tal belleza que solicitaron repetidas veces su publicación para el bien de muchas almas. Los hechos referidos merecen el crédito de cualquier persona prudente y versada en estos asuntos. Cecy era inteligente y tenía una formación esmerada. Los informes de calificaciones del colegio le asignaban siempre el 1° o el 2° lugar. Como docente fue una profesora habilísima y así lo atestiguan sus superioras. Humilde, extremadamente sincera e inocente, nunca en su vida profirió una mentira ni ofendió a Nuestro Señor "queriendo". Esta expresión nos da la clave para enjuiciar ciertas fragilidades exteriores que algunas personas apreciaron en ella. Era incapaz de inventar hechos místicos. Ni por la lectura, ni por cualquier otro medio ordinario pudo conocer los fenómenos de esa naturaleza que con tanta nitidez describe. Casi al final de su vida, al saber que había almas que nunca experimentaban la presencia sensible de Nuestro Señor, al recibir la Sagrada Comunión, preguntó asustada: *"¿Ni en la Primera Sagrada Comunión?"* La respuesta negativa le hizo llorar amargamente. Y exclamó: *"Estas almas, en esta vida, no han llegado a conocer a Nuestro Señor".*

La vida de la difunta Hermana fue muy apreciada por el Padre Francisco Javier Zartmann, S.J., fallecido en 1946. Su

parecer es de gran valor: Él fue durante muchos años el Superior de la Provincia de Brasil Sur de la Compañía de Jesús, Instructor de la Tercera Probación, experimentado Director Espiritual y Predicador de Ejercicios para muchos sacerdotes y religiosas. Hombre de juicio recto y sereno, fue un óptimo conocedor de los fenómenos místicos.

Ha sido necesario omitir algunos pasajes del manuscrito, relativos a la vida interior o a personas que podrían ser identificadas. Se han añadido títulos a los episodios que se relatan. Las referencias a los años de su vida religiosa las debemos a informaciones de personas que gozaron de la amistad y la confianza de la Hermana. El editor del libro fue Director espiritual de la Hermana Antonia, en los últimos años de su vida religiosa.

No podríamos concluir mejor esta sumaria introducción que cediendo la palabra al filósofo y conocido conferenciante Fray Pacífico, O.F.M. Capuchino, que leyó esta autobiografía:

"He leído con suma atención y vivo interés las páginas ingenuas y sinceras de Sor Antonia. Son el eco de un alma bella que se encontraría muy cómoda al lado de los amigos de San Francisco, Fray Junípero y Fray León, la ovejita de Dios, como lo llamaba el Padre Seráfico. Impresiona la intervención santificadora del Ángel de la Guarda, en relación sensible y casi continua con el alma virginal de una niña privilegiada. ¿Tendremos aquí la señal de una misión providencial para reavivar la fe en el dogma, tan importante y tan olvidado, del Ángel de la Guarda? Creo que un día, en el momento oportuno, la Santa Iglesia esclarecerá este punto, por medio de sus representantes autorizados. La misión de Santa Teresita, enseñando 'el camino de la infancia espiritual', no fue comprendida inmediatamente, pero Dios habló por boca de sus Pontífices y todas las dudas se disiparon. ¿Quién sabe si no

hablará también, un día, de la misión angélica de Sor Antonia? Creo que debemos dar a conocer esa misión santificadora, e hicieron muy bien al mandar a la amiguita del Ángel de la Guarda escribir sus impresionantes e instructivas relaciones con su angélico 'Nuevo Amigo'. Por mi parte, deseo fervientemente que se escriba, con la misma simplicidad y lealtad, todo lo que se sabe de Sor Antonia, cómo fue su vida y su muerte en el convento. Sólo así tendremos una idea completa de lo que fue Cecy y eso nos ayudará a formarnos un juicio sobre una misión tan oportuna y santificadora como es la intervención del Santo Ángel de la Guarda en nuestra vida. Por la boca 'de los inocentes, de los niños' Jesús revela a los hombres los tesoros de su infinito amor. A mí me encantaron las páginas de esa feliz niña. Llenaron mi alma del deseo de recurrir más a menudo a mi Ángel de la Guarda."

Padre Joao Batista Reus, S.J.
Profesor emérito de Ascética y Mística San Leopoldo, Colegio Cristo Rey, 8 de diciembre de 1946.

Preámbulo

El Padre del Cielo en el cuarto de mi querida madre

Mi buen Jesús, quiero cumplir Tu santísima Voluntad. Que yo, Vuestra criatura, glorifique Vuestro Nombre y, reconociendo todo lo que hicisteis por mí, Os ame aún más, Dios mío.

Tengo que contar todo lo que recuerdo de mi vida. Voy a hacerlo como me salga del corazón.

Considero mi vida como dos corrientes que se juntan: una, la Gracia Divina; otra, la miseria de la criatura. Nací el 4 de abril de 1900, y guardo recuerdos de mi infancia desde los 4 años. Me acuerdo muy bien de mi pequeña ciudad natal, Santa Victoria del Palmar, con sus extensos palmares; de la casa de mis padres; de los niños con los que jugaba; y hasta de la tarde del 2 de febrero de 1904, cuando, sentada en un peldaño de la escalera que daba al patio y jugando con el osito de fieltro, papá vino a llamarme: *"Dedé , ven a ver al nene que ha llegado dentro de una cestita; la garza grande se lo trajo en el pico a mamá"*. Era mi hermano Jandir.

Me acuerdo también de que, en ese tiempo (1904), ya tenía alguna idea del buen Dios. Recuerdo el crucifijo de peana que siempre estaba encima de una cómoda muy alta y que para mirarlo, Acacia, la buena ama negra que cuidó de mí hasta los 10 u 11 años, me levantaba, alzándome en brazos. También de un cuadro grande que representaba a la Santísima Trinidad que estaba colgado en una pared del cuarto de mamá; así como de una benditer.. de loza que representaba a la Inmaculada Concepción. Y esto es todo.

Yo conocía al buen Dios por el nombre de Papá del Cielo,

y me acuerdo de que quien me habló de Él fue papá.

Capítulo 1
Cuando el Padre del Cielo está contento

Un día que había una gran tempestad, papá estaba sentado en el canapé, leyendo alguna cosa. Los truenos y los relámpagos se sucedían. Despavorida, fui a refugiarme en papá, metiéndome entre sus rodillas. Fue entonces cuando papá me dijo: "¿Está lloviendo? Es el Papá del Cielo que está enfadado con los niños y con los mayores que no quieren ser buenecitos. Y cuando las criaturas son buenecitas el Papá del Cielo está contento y manda el sol".

Esto es lo que sucedió. Y así fue cómo adquirí la idea del buen Dios. Y desde ese día hasta los 6 años, todos los días, después de despertar, mi primera preocupación era saber si brillaba el sol o si llovía. Y si llovía sin truenos, me imaginaba que el Papá del Cielo estaba triste, sin estar enfadado. Y casi siempre, o siempre, encontraba en mí misma la causa de la tristeza del Papá del Cielo: porque había dejado que Acacia hiciera mis deberes y la había llamado fea; o había llorado con una rabieta, porque quería ver al soldado bañar a Congo, el gran caballo que montaba papá; o había tenido una pataleta al comer y había tirado comida al suelo con la cuchara. Aquel día, que enfadada tiré comida con la cuchara al suelo, llovió con truenos.

Siempre, sin embargo, después de mis travesuras, sentía un gran disgusto por haber entristecido al buen Dios. Corría entonces al cuarto de mamá y, mirando hacia el cuadro grande donde se veía a Dios Padre con unas grandes barbas blancas, intentaba descubrir, en su santo rostro, si todavía estaba

enfadado o triste; pero nunca, nunca, durante los casi tres años en que repetí esta escena, descubrí que el santo rostro del Papá del Cielo estuviese aún enfadado.

Y fue así como comencé a amar, a tener cariño al buen Dios, pensando dentro de mí: El Papá del Cielo es muy bueno y me quiere mucho; cuando me porto mal, a Él no le gusta, sí, pero yo le digo que ya no lo haré más y el Papá del cielo es otra vez mi amigo.

Jamás conté a nadie estas escenitas, que día tras día se sucedían. Pocas veces oía hablar de Dios, y antes de los 5 años no sabía rezar; aprendí en el colegio. Sabía que el buen Dios estaba en el Cielo y que todo lo que es bonito y bueno lo había hecho Él.

Capítulo 2
El Padre del Cielo Crucificado y Su Santa Madre

Hasta este momento sólo conocía al Papá del Cielo de grandes barbas blancas como el algodón. No había oído hablar nada sobre el crucifijo; y, en mi ignorancia, no me gustaba mirarlo, porque sentía una especie de horror y de pena "de aquel Hombre" a quien no conocía.

En aquel tiempo (1904) la familia Reis residía en Santa Victoria, donde la más joven de la familia, doña Gloria Reis, que todavía vive, abrió allí un colegio privado. A mis hermanas mayores las matricularon en él, y creo que de ahí arrancaron las relaciones de mis padres con esa familia.

Cierto día, doña Mimosa Reis (madre de doña Gloria) vino a nuestra casa. Mi hermanito Jandir, con pocos meses de vida,

estaba enfermo y mamá llevó a doña Mimosa al cuarto. A mí me gustaba mucho esa señora y en cuanto sentía su presencia corría a su encuentro y ya no me apartaba de ella. Así sucedió ese día. Oí la voz de doña Mimosa y fui a encontrarme con ella. Me acomodé en sus rodillas y me quedé con ella.

Doña Mimosa estaba sentada enfrente de la gran cómoda donde se veía, en el centro, el crucifijo con la cruz negra y el Santo Cristo tomó el crucifijo y me preguntó: *"¿Dedé sabe quién es?"*

No supe qué responder. Me hizo la misma pregunta, tomando la benditera de loza de la Inmaculada Concepción, pero tampoco sabía yo nada; pero cuando señaló el cuadro de la Santísima Trinidad, ¡ah, ahí sí conocía al gran Papá del Cielo, a quien yo entonces ya quería tanto!

Me acuerdo perfectamente, como si fuera hoy, de la primera leccioncilla que recibí, a los cuatro años, de aquella buena y piadosa señora, cuyo recuerdo jamás se ha borrado de mi memoria. ¡Que el buen Dios le dé una justa recompensa por el inmenso bien que hizo a mi alma!

Cuando yo le dije que el Padre Eterno era el Papá del Cielo, doña Mimosa, señalando al crucifijo, comentó: "Éste también es el buen Papá del Cielo. Dedé se llama Cecy y el Papá del Cielo se llama Jesús. Jesús vivía en el Cielo, que Él había hecho tan bonito. Y también fue el Papá del Cielo el que hizo esta tierra, donde Dedé vive. Él lo hizo todo para toda la gente. Y el Papá del Cielo dijo: *'Si toda la gente es buenecita voy a llevarlos a todos al Cielo bonito, para que vivan conmigo'. Pero casi nadie quiso ser bueno y, por eso, en vez de ir al Cielo bonito, por castigo, tuvieron que ir a lo profundo de la tierra, lleno de fuego, donde vive el diablo malo".*

"El Papá del Cielo, que es tan bueno, se entristeció por esa gente mala; entonces Jesús vino a vivir aquí a la tierra para

pedirle a aquella gente que se hiciese buenecita y sólo hiciese lo que el Papá del Cielo mandaba. Pero a la gente no le gustó el buen Jesús. Le golpearon, se burlaron de Él, mandaron a los soldados que le prendieran, que hicieran una cruz así, como esa, aunque más grande, y que con unos clavos bien afilados y un martillo grande, clavaran al buen Jesús en aquella cruz tan enorme. Jesús murió, después volvió a vivir y se volvió otra vez al Cielo".

"Pero Jesús es tan bueno y además quería tanto a aquella gente mala que les dijo: 'No hagáis el mal; si toda la gente y también las niñas como Dedé quieren ser buenecitas, yo las llevaré al Cielo hermoso, lleno de angelitos, que pueden volar como las mariposas'".

Y doña Mimosa, tomando la benditera, continuó: "Y esta moza guapa es la Madre del buen Jesús; Ella es buena como su Hijo, y como Él, también se fue al Cielo". Aquí acabó la lección, la gran y profunda lección que tan vivamente se grabó en mi alma infantil y que durante tres años me debía servir de guía.

CAPÍTULO 3

El primer gran dolor de mi alma

Cuando doña Mimosa, teniéndome todavía en sus brazos, quiso volver al sitio donde estaba antes, me abracé a su cuello sollozando profundamente. Creo que mamá se asustó y también doña Mimosa, porque no comprendían la causa de mis lágrimas. Acacia lo vio y me llevó a ver a Congo, el gran caballo que tanto me gustaba.

Fue éste el primer gran dolor de mi almita de niña. Sentía una gran pena por el buen Papá del Cielo, a quien quise mucho más desde ese día y al que siempre quise agradar, aunque

cometiese miles y miles de faltas; pero ni una sola vez fueron voluntarias, sobre todo a partir del día de aquella santa lección.

El "pobre Papá del Cielo", clavado en la cruz negra, tuvo, desde entonces, una gran atracción e influencia sobre mí. Ahora Lo amaba mucho más; y cada día iba muchas veces a colocarme al pie de la cómoda, sobre todo al anochecer, para que el Papá del Cielo no se quedase solo y para que no tuviese miedo de que le fueran a maltratar los soldados.

Muchas veces Acacia me sacó de allí, sorprendida de mi atracción por la cómoda, sin comprender jamás la verdadera causa. Aquella cómoda me atraía, a pesar del gran miedo que se apoderaba de mí con la semioscuridad del cuarto y el silencio que allí reinaba, pues a aquella hora casi siempre estaban todos en la galería. En una ocasión fui injustamente acusada a causa de mi favorito puesto de guardia.

CAPÍTULO 4
Las cajas de dulce de la cómoda

En 1905 papá hizo un viaje a Río y a su regreso trajo unas cajas grandes de frutas confitadas. ¡Con qué gusto saboreaba, sentada en la mecedorcita, grandes bananas azucaradas o un gajo grande de naranja que papá me daba! Y cuando un dulce me gustaba más que los otros o era desconocido para mí, pensaba, en mi ignorancia infantil, que había tenido que ser la Mamá del Cielo la que los había hecho y se los había mandado a sus hijos de la tierra, por medio de aquellos ángeles bonitos que pueden volar como las mariposas. (En casa del capitán Bezerra había visto un cuadro que representaba al santo Ángel de la Guarda atravesando un puente con dos niños pequeños).

Pues bien, mamá guardó las cajas encima de la cómoda

grande. Muchas veces, antes de la llegada de las cajas, solía arrastrar hasta allí la sillita alta, en la que me sentaba para comer en la mesa y que siempre estaba en la sala contigua al cuarto. La arrastraba hasta la cómoda, me subía en ella y así podía ver más de cerca las manos y los pies del Papá del Cielo, con aquellos grandes clavos que Le causaban tanto dolor. Justamente al anochecer se me ocurrió la idea de ir allí y subir a la sillita, sin haber pensado en ningún momento en las cajas de frutas. Acacia me encontró allí e, indignada, me agarró con una mano y con la otra mano tomando la sillita, diciendo: "Muchachita golosa, vas a meter la mano en los dulces y después nos echarán la culpa a Concepción (la otra criada) o a mí. No te preocupes, que yo voy a contarlo todo".

Y me llevó a papá, que dijo: *"Ahora veo que mi hijita se porta como los ratoncillos feos que les gusta hurtar a escondidas"*.

Me quedé desconcertada. Hasta entonces no sabía lo que era una mentira ni una injusticia; mi limitadísima y apocada inteligencia no podía comprender cómo Acacia había podido decir lo contrario de la realidad. Es que a la buena ama le había confundido la apariencia. Sin embargo, en poco tiempo se olvidó el caso de las frutas y continué en mi puesto haciendo fielmente la guardia al Papá del Cielo, a Quien no olvidaba ni siquiera durante mis descansos.

¡Cuántas y cuántas veces me escondía detrás de la puerta y lloraba con sentimiento, por el gran sufrimiento del Papá del Cielo clavado en la gran cruz en que murió!

En verano mis padres tenían la costumbre de hacer visitas por la noche y casi siempre los acompañábamos nosotros. Jamás me sentí feliz en esos paseos, a pesar de que solía haber niños con los que jugar. Es que me acordaba, entristecida, de que el Papá del Cielo se había quedado solo y que ciertamente

estaba con miedo de los malos soldados

Capítulo 5
El Ángel

Estamos todavía en el año 1905. Era una tarde de carnaval. Mamá, en esa época, acostumbraba a disfrazarnos y, con otros niños, íbamos a pasear a la plaza, acompañados de Acacia y de Concepción.

Yo tenía verdadero terror de los enmascarados, con aquellas horribles máscaras que yo creía que eran sus verdaderos rostros; me parecía que eran seres sobrenaturales que vivían en lo profundo de la tierra, lleno de fuego, en aquel lugar del que me había hablado doña Mimosa.

Creo que ése fue el primer año en que acompañé a mis hermanas. Aquel gran alboroto de la plaza me asustó. La multitud de enmascarados, grandes y pequeños, saltando y dando golpes en el suelo con aquellas enormes vejigas llenas de aire, atadas con una cuerda en la punta de una vara, podría, a no haber sido por el auxilio del buen Dios, haberme resultado fatal; tanto fue el terror que sentí. Me agarraba a las otras niñas, que parecía que se divertían contentas. Acacia y Concepción, distraídas con sus compañeras (las criadas que acompañaban a las otras niñas), no me prestaban atención.

Entonces me vino a la cabeza, desorientada ya por el terror, la idea de huir de allí y volver a casa. No sabía el camino, me iría por la puerta grande, era todo lo que sabía; no pensé en lo demás. De hecho, me aparté del grupo y me encontré perdida en aquella plaza pequeñita, sí, aunque para mí era un mundo sin fin. No lloré, creo que por el miedo que me tenía aprisionada.

Aterrada, me acordé del buen Papá del Cielo al que yo había dejado en casa solito, y sentí un gran pesar por no haberlo traído conmigo. Pero sabía que el Papá del Cielo lo ve y lo sabe todo y que, con certeza, me estaba viendo allí solita. Fue cuando un enmascarado grandullón, con una máscara horrible, cuyos ojos chispeantes veo, aún hoy, en mi imaginación, se me aproximó y me tomó de la mano. En ese momento casi muero del susto.

Di algunos pasos aferrada por su gran mano, cuando sentí realmente, sin ver nada, al Ángel que había visto en el cuadro de la casa del Capitán Becerra. Lo sentí tan real como sentía a mi lado al enmascarado grandullón. El Papá del Cielo lo mandaba para quedarse conmigo y llevarme a casa. Lo sentía realmente, sin verlo, pero como si Lo viese; tenía la certeza real de que Él estaba en el lado opuesto al del enmascarado. El enmascarado me soltó, dándome un tirón, y no lo vi más; se perdió en medio de la multitud.

Al terror que me había poseído hasta hacía un instante, le sucedió una tranquilidad dulce y calmada, por la confianza en mi *"Nuevo Amigo"*. Ya tenía ante mis ojos la puerta de la plaza, cuando veo a Acacia correr hacia mí. Si la hubiera visto antes de la llegada de mi *"Nuevo Amigo"*, ciertamente hubiera corrido hacia ella con la misma ansiedad con que ella se dirigía hacia mí. Mi calma probablemente le tranquilizó y nunca, ni Acacia, ni papá, ni mamá se enteraron de este episodio, y ésta es la primera vez que lo cuento.

Desde ese día de febrero o de marzo de 1905, el *"Nuevo Amigo"* me acompañaba siempre, siempre, por todas las partes, y hacía guardia conmigo al Papá del Cielo, al pie de la cómoda grande. Ya no tenía miedo de la semioscuridad del cuarto, pues sentía la dulce y alentadora presencia de mi *"Nuevo Amigo"*, como lo llamaba siempre, hasta que, a los 6

años, supe que Él era el Santo Ángel de la Guarda. Comprendí esto perfectamente; Él me hablaba, pero nunca oía su santa voz.

¡Fiel guardián de mi infancia y de mi juventud, cuánta añoranza siento ahora de Ti, mi santo *"Nuevo Amigo"*! Déjame llorar, no hago nada malo. Estas lágrimas te las ofrezco a ti, mi Fiel Guardián, en prueba de mi gran amor y de la gran nostalgia que tengo de Ti. Después de 30 años, ¿cómo Te has separado de tu hermanita y amiga? Pero Tú estás todavía conmigo, yo lo creo, a pesar de no sentir ya tu presencia y compañía santas desde el pasado año 1935. ¡Que al recordar todo lo que hiciste por mí, Te ame todavía más! Si no hubieras estado Tú, mi Santo Guía, ¡quién sabe si no hubiese ofendido voluntaria y gravemente, millares de veces, al buen Dios! Tantas cuántas veces cedí a mis caprichos y mis inclinaciones, estaba dispuesta a obrar el mal, ¡pero tu santa advertencia llegaba siempre a tiempo, impidiendo mi caída!

Capítulo 6
El secreto de la cestita

Después del carnaval, papá dijo una tarde que iríamos al mar. Al día siguiente vi a Acacia, a Concepción y también a mamá, muy atareadas preparando ropas y paquetes.

¡Íbamos al mar! Esto me encantó. Mi *"Nuevo Amigo"* vendría con nosotros, estaba segura. Irían todos los de la casa, toditos; hasta el buen Abelino, el soldado que bañaba a Congo, iría conduciendo el break; papá se hospedaría en el cuartel y la casa quedaría cerrada. Estaba pensando todo esto mientras en una cestita iba colocando el osito de fieltro que me había regalado doña Mimosa y la muñeca grande, que únicamente

quería entrar en la cestita sentada.

De repente, mi gran alegría se tornó en amarga tristeza: iba a ir hasta el osito. ¡Sólo el querido Papá del Cielo, el que me había dado a mi *"Nuevo Amigo"* que riñó con el enmascarado, se iba a quedar solito en casa, allá en el cuarto bien cerrado y oscuro! De buen grado me quedaría con Él, pero mamá no me lo permitiría, lo sabía con certeza. ¿Y si, en vez de la muñeca y el osito llevara al Papá del Cielo? Acacia me dio la cestita para la muñeca y el osito, pero yo llevaría el Papá del Cielo, sin que mamá o Acacia tuvieran que saberlo.

Fui al cuarto, arrastré la sillita alta hasta la cómoda y cogí en brazos a mi Gran Amigo; fui al guardarropa, saqué la capita de capucha y en ella envolví la cruz que tanto quería. Y así fue como el Papá del Cielo fue también a los baños de mar. Durante todo el viaje no me separé de la cestita. Cuando llegamos, la coloqué al pie de mi camita.

Nos quedamos muchos días en el mar y el Papá del Cielo estuvo siempre en la cestita. Después volvió a la ciudad y sobre la cómoda, sin que mamá ni Acacia se enteraran.

Capítulo 7
Lágrimas de sentimiento

Al final de 1905 o mediados de 1906, papá fue trasladado a la guarnición de Jaguarao. Creo que aquí comenzó la segunda etapa de mi vida. Después de la llegada nos matricularon en el Colegio Inmaculada Concepción.

Me acuerdo de mi primer día de clase. Nos llevó Concepción. Nos recibió la Hermana Eugenia, tan buena y cariñosa, que enseguida me gustó. Nos llevó a su clase y mis

dos hermanas y yo nos sentamos en el primer banco.

La Hermana Eugenia nos preguntó muchas cosas. Yo estaba admirada, nunca había visto una Hermana y creo que no quedó nada en la Hermana Eugenia sin que yo no lo hubiese observado.

Y lo que más me llamó la atención fue la cruz de paño negro que llevaba en el pecho, pero sin el Papá del Cielo. ¡Ah! ¡Y en aquella sala, pendiente de una pared, había un gran Papá del Cielo, muy grande, clavado en una cruz de mi tamaño! ¡Sus manos y sus pies tenían sangre, y en su pecho una gran herida abierta! ¡Pobre Papá del Cielo!

Sentí una gran pena en el alma y me eché a llorar. La Hermana Eugenia procuró consolarme, atribuyendo mis lágrimas a la ausencia de papá y mamá.

Las niñas comenzaban a llegar y todos aquellos bancos quedaron casi llenos de pequeñas completamente extrañas para mí. Momentos después, la Hermana Eugenia me llevó a otra clase. Mis hermanas se quedaron allí.

Allá estaba sentada en su silla otra "chica", vestida como la que me había traído, y luego descubrí que ésta también tenía la cruz de paño en el pecho. ¡Y en la pared, también había otro Papá del Cielo, colgado de una gran cruz! Y, además, ¡qué alegría!, allí estaba mi *"Nuevo Amigo"*, en un cuadro grande, igual que el del Capitán Becerra.

La querida Madre Rafaela iba a ser mi profesora. Ella me sentó en el primer banco; aquél iba a ser mi sitio. Mi *"Nuevo Amigo"* estaba a mi lado; no necesitaba buscarlo. Tímida y retraída por naturaleza, me quedé quietecita todo el tiempo.

Me gustaron el colegio y las bondadosas "chicas", a las que papá me dijo que no debía llamar "chicas", sino "Hermanas". En poco tiempo ya sabía hacer la señal de la cruz, rezar el

Padre Nuestro, el Ave María, el Credo y la bonita oración a mi *"Nuevo Amigo"*. Fue la Hermana Paulina la que nos la enseñó. Y fue allí donde aprendí que mi *"Nuevo Amigo"* era el Santo Ángel de la Guarda. La Madre Rafaela nos habló mucho del buen Papá del Cielo, pero ella nunca lo llamó así, lo que me sorprendió mucho, pues siempre decía el "buen Dios". Comprendí: El Papá del Cielo se llamaba Dios. Aprendí también que la Mamá del Cielo se llamaba María Santísima.

La Madre Rafaela nos habló después del buen Jesús, cuyo santo Nombre ya conocía por doña Mimosa. Nos habló del alma, del pecado horrendo, del cielo, del infierno y del purgatorio.

Guardé todo lo que cabía en mi menguada inteligencia: del resto ya cuidaría mi *"Nuevo Amigo"*.

Capítulo 8
La Santa Hostia Blanca

Lo que me impresionó sobremanera fue lo que nos dijo la buena Madre sobre la "Santa Hostiecita Blanca": que era el mismo buen Dios, el mismo Jesús que vivió y murió aquí en nuestra tierra.

Luego pensé: "¡Si yo pudiera tener conmigo al buen Jesús escondido en la Hostiecita" ¡Ah! ¡Ahora yo cambiaría, sí, de buen grado, la Crucecita negra, con el Papá del Cielo clavado en ella, por la Santa Hostia blanca, que es el Papá del Cielo vivo, de verdad, mientras que el Papá del Cielo de la Crucecita es sólo su retrato!

Sé que amé mucho, mucho, a la Santa Hostia Blanca. Los domingos y fiestas de guardar me encantaban: iba con las

Hermanas y las niñas a la iglesia, a rezar a la Santa Hostiecita.

Pasaron algunos meses. Ya sabía leer solita. Un día apareció la Hermana Irene por nuestra clase y dijo: "Quien no haya hecho la Primera Comunión que levante el dedo".

Me llené de gozo, ya había oído hablar a la buena Madre Rafaela de la Primera Comunión. ¡El buen Jesús se quedaría siempre, siempre conmigo en mi corazoncito! Fue lo que pensé en aquel momento. Y yo también levanté mi dedito.

La Madre Rafaela tomó mi dedito en el aire, sacudió la cabeza y habló con la Hermana Irene. Después, la Madre Rafaela, dirigiéndose a mí, dijo: "Cecy es todavía muy pequeña, todavía tiene que esperar hasta el año que viene; además, ¡papá no le va a dejar! ... Pero puedes ir con la Hermana Irene y las otras niñas, ¿lo has oído?" La Madre Rafaela sólo daba licencia para que yo asistiera al catecismo.

¡Qué gran decepción en el alma! ¡Quién sabe si tal vez no sentí un gran dolor! Me quedé triste y, por primera vez, me sentí infeliz. Pensé: "La Hermana Irene quería". Después me di cuenta; ella incluso había dicho: "Tú, se lo pides a papá, ¿no?" ¡Sin embargo la Madre Rafaela, que era más amiga mía que la Hermana Irene, no me quería dar al buen Jesús!

Una queja bien dolorida salió de mi corazón a mi *"Nuevo Amigo"*, que estaba allí, quietecito, sin decir nada, pero viéndolo todo.

Mi querida Madre Rafaela, ésta es la queja que tuve de Usted, durante largos años. Queja injusta, es verdad, pero que nacía de un corazoncito que os quería mucho, que no comprendía vuestras santas intenciones y que amaba ya mucho a "la Santa Hostia blanca", que Usted misma, mi buena Madre Rafaela, me enseñasteis a conocer y amar.

Capítulo 9
La espina punzante

Fui al catecismo con la Hermana Irene. Cada día deseaba más al buen Jesús en mi corazón. Sentí un gran terror del pecado, que tanto disgustaba y entristecía al buen Dios. Todos los días, al levantarme, le decía a mi *"Nuevo Amigo"*: "Mi 'Nuevo Amigo', santo Ángel de la Guarda, ten mucho cuidado hoy conmigo y no me dejes disgustar al buen Dios. Amén".

Esta oracioncilla la compuse yo misma y la he repetido durante toda mi vida, a partir de aquel tiempo del catecismo, desde el día en que sor Irene nos habló de que el buen Jesús murió por los pecados de todos los hombres. Y lo que más se grabó en mi alma de niña fue: "Cada pecado que la gente comete es una espina grande que la gente clava en la Santa Cabeza del buen Jesús".

"Cuando recibimos a Jesús en nuestro corazón, si después cometemos un pecado, echamos al buen Jesús de nuestro corazón a empujones, y dejamos que el demonio entre".

Estas palabras, que se grabaron claramente en mi alma, despertaron en mí un verdadero horror al pecado. ¡Ah! Incontables veces estuve a punto de clavar una "espina grande" en la Santa Cabeza de Nuestro Señor, pero mi *"Nuevo Amigo"* llegaba siempre a tiempo de impedirlo; de ahí la dulce y segura confianza que en Él tenía.

Capítulo 10
Los melocotones

Una tarde fuimos, con otras niñas, a pasear al campo con Acacia y Concepción. Acacia llevaba dinero para comprar frutas y nosotras llevábamos las cestitas. Íbamos a una casa de campo que conocía Abelino, el buen soldado que se trajo papá de Santa Victoria. Abelino le enseñó el camino a Acacia.

Llegamos a la casa de campo. Un hombre con una azada al hombro, nos indicó que entráramos. Inmediatamente corrimos con Abelino, Acacia y Concepción. Y mientras el hombre tomaba las frutas, sin que nuestros tres guías se apercibiesen, las niñas tomaban grandes melocotones y ciruelas y los metían en sus cestitas. Yo las vi; sus cestitas estaban casi llenas, sólo la mía estaba vacía.

¡Yo estaba justamente junto al tronco de un melocotonero!... ¡aquí un melocotón grande!... ¡allá otro!... ¡y otro más! ¡y todos al alcance de mi mano! ¿Por qué no podía yo también juntarlos? Alargué el brazo para tomar la fruta y mis dedos tocaban ya un melocotón grande aterciopelado, cuando noté la advertencia suavísima y tranquila de mi *"Nuevo Amigo"*. Mi brazo levantado fue bajado por una "Mano invisible", sí, pero la sentí de forma tan real como si alguna de las personas que podía ver me hubiese tocado. Era la voz de mi *"Nuevo Amigo"*, la comprendía mejor y más claramente que cuando me hablaban Madre Rafaela, sor Paulina o sor Irene, a quienes yo veía.

Me arrepentí inmediata y dolorosamente, sí, del feo y gran pecado que estuve dispuesta a cometer y una inmensa pena por el buen Jesús me hería el corazón, como una gran espina que estuviese a medio clavar en su Santa Cabeza. De noche, en

la cama, lloré amargamente, después de haber pedido perdón al buen Jesús, a Nuestra Señora y a mi *"Nuevo Amigo"*. (Este tratamiento de *"Nuevo Amigo"* lo seguí empleando hasta los 14 años).

En otra lección de catecismo, sor Irene nos había hablado de un niño pequeño que, al morir, fue al purgatorio porque mentía y se le apareció entonces a una hermana suya mayor, enseñándole la lengua acribillada de alfileres y, en cada uno de ellos, una culebrilla enroscada que continuamente le picaba la lengua. Hasta este momento ignoraba lo que era una mentira y, por eso, no comprendí el motivo del gran castigo de aquel niño pequeño. Aún así, pensé que el pobrecito había debido de cometer un gran pecado para ser castigado tan horriblemente. Sin embargo, mi *"Nuevo Amigo"* me dió la explicación.

Capítulo 11
El vaso roto

Acostumbrábamos a ir todas las tardes, con Acacia y las niñas del vecindario, a un tambo a tomar leche. Cada una de nosotras llevaba su vaso envuelto en una servilleta. Yo tenía un vaso verde muy bonito adornado de estrellitas y con el asa dorada, que me había regalado el Capitán Barcelos.

A C., una de mis compañeras, le gustó mucho mi vasito y me dijo: "Dame tu vaso y toma la leche en el mío". Acacia, sin embargo, intervino diciendo: "No, señora, cada una bebe en el suyo". C. no dijo nada y hasta parecía que estaba de acuerdo.

Anduvimos todavía una manzana, más o menos, cuando C. se vuelve hacia mí y, dándome un fuerte tirón de la servilleta, consiguió que el vaso cayese al suelo y se hiciera añicos. Con la

misma rapidez que hizo esto, corrió hacia Acacia, que entonces iba un poco apartada de nosotras por lo que no vio lo que había pasado, y le dijo: "Acacia, Cecy, de rabia, porque no le has dejado cambiar el vaso conmigo, lo ha tirado al suelo a propósito, y lo ha roto".

Acacia, naturalmente, se enfadó y dijo: "Muy bonito, niñita descarada, pues ahora te quedas sin vaso y no tomas leche, sólo las otras tomarán y tú te chuparás el dedo".

Yo no comprendía la mentira de mi amiga y, en el mismo momento, pues todo sucedió tan rápido, una especie de indignación y de rebelión me empujaba a hacerle lo mismo que ella me había hecho, rompiendo también su vaso. Entonces, mi "Nuevo Amigo" entró en acción y detuvo mis pasos de la misma manera que había impedidó el hurto de las frutas. Y vi claramente la santa advertencia de mi *"Nuevo Amigo"*: la pobre C. había cometido dos grandes pecados: el primero, no podía entenderlo (el romperme el vaso), el segundo, ¡ah! fue la mentira, el mismo pecado por el que fue castigado aquel niñito con los alfileres y las culebrillas en la lengua. C. había mentido a Acacia, y ésta creyó que la cosa sucedió como ella se lo había dicho.

Ahora sabía perfectamente lo que era una mentira. "Ya lo sé: yo rompo un vaso y después le digo a mamá que no fui yo".

Llegamos al tambo y no sé por qué me olvidé de decirle a Acacia que yo no había sido la que rompió el vaso. Y es que mi *"Nuevo Amigo"* estaba allí y yo respetaba su presencia más, inmensamente más, de lo que respetaba la presencia de Madre Rafaela, sor Irene, sor Paulina, en fin, de todas la buenas Hermanas que eran para mí la suprema autoridad. De todos modos, Acacia siempre me trataba bien y me dio leche en el vasito de mi hermana.

Y fue así cómo mi "Nuevo Amigo" impidió que yo llevara a cabo aquella fea y baja venganza.

Mi Santo y Fiel Guardián, si yo fuese a contar todo lo que has hecho por mí, ¡ah!, no me bastaría un cuaderno grande y gordo.

Capítulo 12
El poni

Si no hubiera sido por el gran respeto que me infundía la santa presencia de mi "Nuevo Amigo", creo que hubiera adquirido, ya en mi infancia, modos poco convenientes, poco o nada modestos. Sabía perfectamente que, cuando estaba en presencia de las Hermanas o de personas extrañas a quienes respetaba, debía estar en postura correcta. Y, aunque lo hacía bien, todavía me esmeraba más en eso cuando estaba sola, pues me sentía más directamente observada por mi "Nuevo Amigo". Hasta los 8 años, fue siempre Acacia la que me vestía, me bañaba, me peinaba, me acostaba y me levantaba, pero, como yo era poco hábil y mañosa, todavía a los 10 u 11 años no prescindía del todo de sus servicios. Muchas veces, sobre todo al levantarme, cuando al ponerme por ejemplo las medias, adoptaba una posición inconveniente o no me preocupaba de que el vestidito estuviese bien estirado, allí estaba siempre a tiempo la advertencia de mi "Nuevo Amigo"; y, sin haberlo visto jamás, sentía tan vivamente su presencia y su reprobación que, avergonzada, cerraba los ojos como si temiera ver su santo rostro mirándome con severidad.

Esta escena se repitió innumerables veces, estando sola o en las más interesantes diversiones. Con la gracia del buen Dios, no recuerdo haber desoído las advertencias santas de mi "Nuevo Amigo" ni una sola vez, a pesar de que muchísimas

veces tuve necesidad, sin saberlo, de violentar mi naturaleza rebelde y llena de malas inclinaciones.

En cierta ocasión, hubo una fiesta militar gaucha en la invernada, y papá nos llevó. Me quedé encantada cuando vi que allí se podía montar a caballo. Lo hacían las señoras y los niños. Nunca había montado a caballo, a no ser alguna que otra vez que papá me había sentado en Congo. Allá, en la fiesta, sin embargo, iba a pasear a caballo.

El Teniente P. se ocupó de mí y me trajo un bonito poni. Yo estaba en el colmo de la alegría. Él me montó en el poni como si fuera un niño y ya le había tirado de las riendas cuando escucho y percibo la advertencia de mi "Nuevo Amigo", tan vivamente como oía y sentía al Teniente P.

Mi "Nuevo Amigo" reprobaba mi paseo. Sentí su brazo que me bajaba suavemente del caballo como había sentido, antes, al Teniente levantándome. Y ya en el suelo, le dije: "Ya no me apetece pasear".

El Teniente se quedó admirado de mi "agilidad" y le contó la anécdota a papá quien me trató de miedosa y tontina. Me hubiera encantado pasear a caballo, sí, pero prefería más, mucho más, tener contento a mi "Nuevo Amigo".

Capítulo 13
El ramo de rosas blancas para Nuestra Señora

Se aproximaba el mes de octubre y no había obtenido permiso para hacer la Primera Santa Comunión. Varias veces sor Irene me mandó esperar a la buena Madre, después de las clases, para que me concediera la licencia anhelada. Sin

embargo, la respuesta siempre era una evasiva.

Es verdad que mi aspecto exterior, digo, mi físico poco desarrollado, parecía el de una niña de unos 4 ó 5 años; creo, con todo, que la verdadera causa de esa prohibición era que yo no era casi nada, o incluso nada inteligente, o mejor todavía para decirlo franca y sinceramente, no era nada más que una "boba". ¡Oh! Pero a pesar de todo ¡yo sabía tan bien Quién era la Santa Hostia blanca, y la quería tanto, tanto! ¡Si mi buena Madre Rafaela hubiese sabido que todas las noches, después de que la luz se apagaba, metía la cabeza bajo la almohada para que no se oyeran mis sollozos y lloraba con mucho sentimiento, porque no iba a recibir la visita de mi Gran Amigo, mi Papá del Cielo, el bondadoso Jesús, que había sido tan maltratado sólo para llevarme un día al bonito Cielo!

Y mi "Nuevo Amigo" era mi único confidente; allí estaba él, bien despierto, porque nunca tenía sueño, yo lo sabía; a cualquier hora de la noche en la que me despertase, allí estaba Él, a mi lado. Me sentaba entonces en la cama y le contaba el motivo de mis lágrimas y acababa suplicándole que intercediera por mí ante la buena Madre que ella, con certeza, haría todo lo que Él, el Santo Ángel, le pidiera. Y así, siempre en la dulce esperanza de que la buena Madre me daría el permiso, acababa por dormirme.

Una noche, cuando, ya en la cama, comencé a llorar, me senté, como acostumbraba, para confiar mi queja a mi "Nuevo Amigo" y pensé: "¡Ah!, ¿y por qué no le he pedido todavía nada a la Santa Madre del buen Jesús, a Nuestra Señora, como decía sor Irene, a la buena Madre del Cielo?" Ella se lo había de mandar a Madre Rafaela.

Al día siguiente, de mañana, después de despertar, salté de la cama y me fui a arrodillar al pie de la cómoda, que ya no estaba en el cuarto de mamá, sino en el cuarto contiguo al mío.

Todavía no había crecido bastante como para llegar a la cómoda, pero no importaba, podía ver la benditera con Nuestra Señora. Todavía conservo en la memoria mi "improvisada oración": "Querida y buena Señora Nuestra, tengo muchas ganas de que vuestro Hijo Jesús venga también a quedarse en mi corazón. Pero la Madre Rafaela no le quiere dejar, porque yo soy demasiado pequeña. Haga la Señora que yo crezca hoy un pedazo grande y mande a la Madre Rafaela que lo vea. Yo tengo en la hucha ocho "platitas" de mil reales que he ahorrado para comprar el muñequito negro que está en el escaparate de la 'Tienda de las Chicas'. Si Madre Rafaela lo permite, yo ya no compraré el muñeco. Con todo el dinero compraré un ramo de grandes rosas blancas, allá en Artigas, para adornar vuestro altar en la iglesia. Amén".

Mi "Nuevo Amigo" estaba allí conmigo y yo sabía muy bien que Él también quería que Nuestro Señor viniese a mi corazón. Después de haberle rezado así a Nuestra Señora, volví a mi cuarto y poco después vino Acacia. Fui al colegio. Me parece que ese día la Madre Rafaela no vio que "hubiera crecido", porque no me dijo nada. (Yo estaba totalmente convencida de que Nuestra Señora me haría crecer).

Al día siguiente, la Madre Rafaela tampoco me dijo nada y pasó un día más, y otro, y otro. Por fin, decidí ir, otra vez, a pedírselo en persona a la buena Madre.

Al terminar las clases, fui a colocarme en la puerta por la que tenía que pasar. Mi corazón latía con tanta fuerza que creí que no conseguiría hablar. Pero allí estaba mi "Nuevo Amigo" para enseñarme a pedir.

No necesité hablar; la Madre Rafaela habló antes que yo y dijo: "Ya sé lo que quiere Cecy. Pues bien, si papá te da permiso, la Madre también te lo da".

Si no hubiera sido por el gran respeto que me infundía mi

querida Madre, creo que hubiera hecho como acostumbraba con papá, mamá o Acacia cuando satisfacían mis deseos: abrażarla y acariciarla de mil maneras. Pero a la Madre sólo podía decirle: "Sí, Señora, estoy muy agradecida". Papá hacía todo lo que yo quería, esto lo sabía, y si papá quería, mamá también. Y así fue.

Aquel día, como ya era tarde, no pude ir a Artigas para comprar las rosas para Nuestra Señora. Entonces, me fui a la cómoda y le pedí a Nuestra Señora que esperara hasta "mañana". Tomé la benditera y la besé muchas veces, como para expresarle con esto a la buena "Madre del Cielo" mi gratitud por haberme hecho crecer un pedazo tan grande. (No sé si crecí de verdad, sólo sé que estaba convencida de que había crecido y que, por eso, la Madre me había dado el permiso).

Al día siguiente cumplí mi promesa. Acacia me llevó a Artigas. Sólo le dije que quería comprar aquellas rosas grandes blancas para llevárselas a Nuestra Señora, a su altar de la iglesia. Abrí la hucha, que era un Arca de Noé, y todo el dinero que había dentro me lo metí al bolsillo.

¡Qué feliz me sentí, cuando a la vuelta, sentada en la barca con Acacia, atravesaba el río con el lindo ramo de rosas blancas! La dependienta de Artigas había dicho: "El ramo quedaría más bonito con "príncipe negro" y "reina de Persia". Acacia era también del mismo parecer. "No, señora, yo sólo quiero rosas blancas", le dije. (Es que yo le había prometido a María Santísima lindas rosas blancas, un ramo sólo de rosas blancas). Y así fue.

El Padre Domingo estaba en la Parroquia y colocó el ramo de rosas blancas para la Mamá del Cielo en un jarrón grande. Me sentía feliz, inmensamente feliz. A la noche, cuando ya me iba a acostar, me senté en la cama, ya no para quejarme a mi

"Nuevo Amigo" de la Madre Rafaela, sino para preguntarle si a Nuestra Señora y a Él también les había gustado el ramo. El "Arca de Noé" estaba vacía y yo ya no tendría el lindo muñequito, negro como el carbón, que tanto deseaba. Comenzaría a juntar, de nuevo, las "platitas" que me diera papá. Entonces, le pedí a mi "Nuevo Amigo" que no permitiera que otra niña comprara el muñequito negro hasta que yo tuviera todo el dinero.

Pero, como la primera vez, cuando el "Arca de Noé" tenía una cierta cantidad de "platitas", esta vez de nuevo se vació, no para eso, para comprar el muñequito, sino para comprar otra cosa, que me dejó tan feliz como el día de la compra de las rosas blancas. Este hecho lo relataré más adelante.

Capítulo 14
La primera confesión

Pasaron algunos días. Sabía, porque la Hermana Irene nos lo había enseñado, que debíamos preparar muy bien nuestro corazón y dejarlo muy hermoso para la visita del buen y tan querido Jesús. Ansiaba la primera confesión, para que mi corazón y mi alma quedaran más blancos que el lindo vestido blanco que mamá había mandado hacerme ya.

Al fin, llegó el día de nuestra primera confesión. Me confesé con el Rector del Liceo, el Padre Dr. Luis Lembrecht.

Ya la víspera, sor Irene, muy celosa, nos llevó a una sala vacía, nos dio un papel y nos dijo que, con el catecismo, podíamos buscar los pecados. Mi "Nuevo Amigo" estaba allí, pero no me decía nada. Yo pensé: "me gustaría más estar sola con mi "Nuevo Amigo". Lady, una de mis compañeras, estaba a mi lado, y no se quedaba quieta. Constantemente me

preguntaba, apuntando con el dedo hacia uno de los pecados del catecismo: "¿Cecy, tú vas a escribir este pecado?" Yo le respondía siempre: "Sor Irene dice que la gente solamente dice los pecados al Padre, pero yo los voy a escribir, sí, así se recuerdan mejor".

Me parece que sor Irene vio que Lady no paraba quieta y la llevó a otro banco. ¡Qué bien, me quedé sola en el banco con mi "Nuevo Amigo"! Pensaba y pensaba. Le pedí a mi "Nuevo Amigo" que me ayudara para hacer, bien hecha, mi confesión. Y, después de leer los pecados contra cada mandamiento, pensé: "Aquí hay muchos pecados, unos que yo he cometido, otros no sé si los he cometido, y otros no entiendo lo que quieren decir. ¡Qué cantidad de espinas clavadas en la cabeza del buen Jesús!" Sentí una pena muy grande del "buen Papá del Cielo" y, como quería consolarlo, Le prometí, esforzándome mucho para no llorar: "Nunca, nunca más seré mala, no quiero cometer ni un solo pecado más; yo siempre quiero cometer pecados, y es mi "Nuevo Amigo" el que no me deja y cuida de mí".

La Hermana Irene, que lo observaba todo, se me aproximó y me dijo: "¡Pero Cecy, las otras están ya casi terminando y tú todavía no has comenzado!" Comencé, entonces, pero con la intención de escribir todos los pecados del catecismo. *"Nuestro Señor sabe los pecados que he cometido y los que no he cometido. Así no queda nada en mi corazón, ni una manchita, y mi alma queda blanca como la Santa Hostia blanca que yo voy a recibir".*

Cuando terminamos, la Hermana Irene nos dio un sobre, dobló el papel de cada una, lo metió en el sobre y lo cerró. Después escribimos nuestro nombre en él y la Hermana Irene los guardó todos para el día de la confesión. Me marché a casa, y apenas podía esperar hasta el día siguiente. La Hermana

Irene había dicho: "Mañana, a las dos, vosotras haréis la primera confesión". Y así fue.

Llegó finalmente el gran momento. No sé cuántos sentimientos distintos experimenté. No fui la primera, la Hermana Irene era quien lo decidía. Mi "Nuevo Amigo" estaba allí conmigo, e iría junto a mí. Repetidas veces recé el Acto de Contrición con mucha, con muchísima pena de haber sido tan mala con el Papá del Cielo.

Llegó mi turno; tenía un gran papel lleno de pecados, de las grandes espinas con que había herido la Santa Cabeza de Jesús. Y allí estaba yo en el confesonario, con el corazón latiendo frenéticamente. Ansiaba confesarme. Comencé a leer, a leer mis pecados. Pero, de repente, el Señor Padre me interrumpió y me pidió el papel. Se lo di. No me lo devolvió. Hice el resto de la confesión sin papel. El Padre iba repasando los pecados, y yo decía si los había cometido. Aún sin papel, que antes me parecía a mí que era indispensable, sé que hice una excelente confesión, pues sentí una felicidad tan grande como nunca hasta entonces había sentido.

Escuché, al salir del confesonario, que el Señor Padre se reía, y esto me alegró aún más porque pensé: también él está contento con mi felicidad. Sólo más tarde comprendí que, una vez más, había sido una bobita.

Al llegar a casa, a la tarde, no fui a jugar a la calle como de costumbre y tampoco quise ir al tambo, a donde tanto me gustaba ir. Y es que tenía miedo de echarme alguna manchita en el alma, ahora tan blanca y bonita como el velo, la guirnalda o el vestido blanco que ya estaban guardados en el armario. Me pasé todo el resto de la tarde sentada en la sillita mecedora, al pie de la gran cómoda, rezando el acto de contrición. Nadie estuvo conmigo, sólo mi "Nuevo Amigo", que tampoco quiso ir al tambo.

Acacia, al volver del tambo, dejó claro que no se había olvidado de mí: me trajo leche en mi tacita azul con una ovejita pintada, que mamá me había comprado después de que me rompieran el vaso.

CAPÍTULO 15
La presencia viva de Jesús en el alma

La gran fecha, el 17 de octubre, se aproximaba lentamente. Hicimos todavía una segunda confesión. Esta vez sor Irene me había dicho: "Mira, Cecy, la gente no se confiesa de todos los pecados que vienen en el catecismo, sino sólo de los que recuerda que realmente ha cometido". Yo ya sabía esto, pero pensaba que sería mejor confesarse de todo; sin embargo, no le dije nada a la Hermana Irene. Ya estábamos, finalmente, en la víspera del Santo Día. Sor Irene cuidó muy bien de nosotras. Y, cuando volví a casa, me quedé mucho tiempo al pie de la cómoda, sentada en la sillita mecedora, para preparar, como había dicho sor Irene, las oraciones que debíamos rezar en común antes y después de la visita de Nuestro Señor. Todavía no sabía leer con desenvoltura y sin señalar con el dedo la palabra que leía. Sor Irene quería que no lo hiciera. Y yo quería rezar muy bien para recibir a Nuestro Señor, sin equivocarme en una sola palabra.

¡Ah! y en el lindo librito "La Llave del Cielo", todo de hojitas doradas, que me regaló mi querida Madre Rafaela, tenía escrito en la primera hoja con una letra muy bonita: "Recuerdo de tu amiga la Madre Rafaela". Este librito lo conservé muchos años, hasta ya moza. Más tarde se lo regalé a mi hermana Adayl, después de haber copiado cuidadosamente la hoja de aquella dedicatoria que tanto me gustaba: ¡Madre Rafaela era

mi amiga! ¡Cómo me agradaba este pensamiento! Y, como si la Madre hubiese adivinado la alegría que sentí, de pequeña, por tener una amiga santa, doce años más tarde, cuando ella dejó Jaguarao, le dio a su Cecy, ya con 18 años, una estampa con la misma dedicatoria. Esta estampa todavía la conservo, hasta hoy.

¡Mi buena y santa Madre, nunca he olvidado todo lo que le debo! El buen Dios le recompensará todo el inmenso bien que Usted hizo a mi alma.

Al fin llegó el 17 de octubre, la fecha santa, una fecha para mí infinitamente feliz, la fecha en que conocí de cerca, más que de cerca, en mí misma, a mi buen Jesús, el bondadoso Papá del Cielo, a quien, algunos meses antes, sólo conocía por el cuadro grande del cuarto de mamá y por el querido Crucifijo de la cómoda grande.

Mi buen Jesús, ¡cuánta añoranza siento de la pequeña "Dedé", infinitamente feliz en aquel Santo Día! ¡Fue la primera vez, Dios mío, en la que sentí real y vivamente en mí misma Vuestra Santísima Presencia! Así era como yo Os esperaba, Jesús mío, y no me engañé. Sabía que Os sentiría en mí misma, no como sentía a mi "Nuevo Amigo", sino como si Vos, Dios mío, fueseis yo misma y como si yo misma fuese Vos. Vos en mí y yo en Vos. ¡Vuestra alma en mi alma, Vuestro Corazón en mi corazón! ¡Dos almas en una sola! ¡Dos corazones, un solo corazón! ¡El Omnipotente Dios y su pequeña y miserable criatura! ¡Cómo Os amé en aquel santo momento, y cómo me amasteis Vos, Gran Dios, no lo acierto a describir! ¡Solamente nosotros, Jesús y su "Dedé", lo podremos saber!

Bondadoso y fidelísimo Jesús, han pasado ya 30 largos años y todavía nos amamos mucho, hoy infinitamente más, ¿no es así, Dios mío? Desde aquel día he sentido siempre, siempre, vuestra Santísima Presencia en mí, hasta el año pasado, cuando

dejasteis a vuestra pequeña sierva inmersa en el más doloroso abandono, en la más dolorosa soledad. Sin embargo, cúmplase en todo Vuestra Santísima Voluntad en vuestra criatura. Es verdad que ya en el noviciado Os escondíais algunas veces de mí, pero breve, mucho más brevemente, y yo os encontraba.

Capítulo 16
El juramento de fidelidad en el día de la Comunión

En el santo día de mi Primera Comunión, 17 de octubre de 1906, después de haber vuelto a casa, teniendo conmigo no solamente a mi "Nuevo Amigo", sino más íntimamente al Gran y Divino Huésped, deseé ardientemente encerrarme en mi habitación y quedarme allá con mi Dios; ¡tenía tantas cosas que decirle, que pedirle! ¡Quería abrirle mi corazón y hacerle tantas promesas, tantas declaraciones de amor! ¡Ah!, pero allí estaba ya Acacia para llevarme a casa del abuelito y de la madrina. Fui, sí, pero rápida, muy rápidamente estaba de vuelta. Después de que Acacia me quitara el vestido, el velo y la coronita de flores, a petición mía, me puso un vestidito de domingo, porque pensé: tengo una Gran Visita.

Rápida, corrí al cuarto y heme allí quietecita, seria, con mucho respeto, con modales delicados, sentada en la silla, para amar, para amar mucho, mucho a mi Dios. Me abrazaba a mí misma, pues dentro de mí abrazaba a Jesús. Le hice mil promesas de amor y de fidelidad en mi forma de hablar infantil, pero sabía que Jesús me comprendía muy bien, mejor que papá y que mamá.

Y yo sentía en mí muy vivamente a mi Dios, de un modo muy diferente al de mi "Nuevo Amigo". Era como si yo

misma fuera el buen Jesús. Él, mi Divino Huésped, me escuchaba sin cansarse. Y yo, sin oír su Santa Voz, escuchaba atenta y con mucho amor lo que Jesús quería de su pequeña sierva: "Que no cometiera nunca, nunca, un solo pecado, para que Él, Jesús, ni una sola vez, ni un solo minuto, pudiera separarse de mí".

Y levantándome de la sillita, me puse de rodillas y, haciendo una cruz con los dos dedos índices, besé, con mi simplicidad de niña, esta cruz y con una firmísima resolución dije: "Querido y buen Jesús, yo te juro, Señor, que no quiero cometer nunca ni un solo pecado". Fue mi primer juramento y el único que he hecho en este mundo. Tal vez no comprendía el inmenso compromiso que asumía, no lo sé. Sólo sé que lo hice movida de un gran deseo de no ofender jamás al buen Dios. Hasta hoy, he guardado este juramento en secreto, en mi corazón. Jamás se lo he revelado a nadie; lo hice con Jesús en mí y con mi "Nuevo Amigo" a mi lado. Lo desvelo en este momento. Jesús, el buen Jesús, aceptó y guardó en su Sacratísimo Corazón el juramento de una criaturita débil y ha cuidado con su Gracia que ese juramento jamás haya sido violado hasta la fecha presente.

Dios mío, continuad cuidando de vuestra pequeña esposa. Guardad encerrado, en Vuestro Sacratísimo Corazón, este juramento que Os hice con tanto amor y sinceridad, hasta mi último suspiro.

Por mi corta inteligencia, algunas veces comprendía al revés las explicaciones de las queridas Hermanas en las clases de religión. No sé cómo adquirí la convicción errónea de que, cuando recibíamos a Nuestro Señor en la Sagrada Comunión, manteníamos la Presencia Real de Nuestro Señor Jesucristo en nosotros (esto quiere decir por la conservación de las especies, de la santa Hostia) hasta que cometíamos el primer pecado

después de la recepción de la Sagrada Comunión. Esta convicción, a pesar de ser errónea, me hizo un inmenso bien, pues adquirí un mayor horror todavía al pecado, convencida como estaba, de que con un solo pecado perdería a mi Divino Huésped; ¡y perder a Jesús, jamás! Lo perdería todo, todo, hasta a papá y a mamá, que lo eran todo para mí, antes que a Jesús.

Capítulo 17
El primer Rosario improvisado

Hasta entonces conocía poco a la Santa Madre de Jesús. Sin embargo, después del episodio de las "Rosas blancas" y de que Nuestra Señora abogara tan bondadosamente por mi causa para la Primera Comunión, ¡ah! y por una grandísima gracia del buen Dios, comencé a amarla más, mucho más. Después del Ave María, la segunda oración que aprendí con la Madre Rafaela fue:

"¡Acordaos de que os pertenezco,
Tierna Madre, Señora Nuestra!
¡Ah! Guardadme y defendedme
Como propiedad Vuestra".

Siempre he rezado esta oración, por la mañana y por la noche, hasta después de entrar en el convento. Aprendí también a hacer pequeños sacrificios por Nuestra Señora. Y sentí una gran alegría cuando la Madre Rafaela nos enseñó a rezar el Santo Rosario. Volví a casa radiante. "La Llave del Cielo", el librito que me regaló la Madre Rafaela, decía claramente cómo se debía rezar. Los Padrenuestros, las Ave

Marías, el Credo y la Salve los sabía de memoria, pero lo que cada uno debe pensar, ¡ah! esto no lo sabía, pero "La Llave del Cielo" lo enseñaba. "Qué bien -pensé yo, después de la lección de religión-, hoy, en casa voy a rezar el Rosario y también se lo voy a enseñar al 'señor' Cipriano (el buen viejecito paralítico del asilo)".

Llegué a casa. Aquel día tenía mucha prisa para todo; Acacia me iba a dar un baño muy rápido y después papá me ayudaría a estudiar (lo que con tanta paciencia siempre hizo mi querido papá hasta los 9 ó 10 años). Y es que yo quería después rezar el Rosario sola, la primera vez. Pero ni papá ni Acacia estaban en ese momento a mi disposición: papá todavía no había venido del cuartel y Acacia no salía de la cocina hasta que papá llegase. Entonces decidí rezar el Rosario.

Tomo "La Llave del Cielo" y voy a arrodillarme junto a la cómoda grande para rezar delante de la benditera. Y allí sentí una gran decepción. Me acordé de que no tenía un rosario. Sin embargo, recordé que Acacia tenía un collar grande de cuentas azules, parecido a un rosario; rezaría con él. Corrí a buscarlo. Sólo faltaba la Crucecita; yo no tenía ninguna, Nuestra Señora conocía esto y no le había de importar. Mi "Nuevo Amigo" estaba allí, Lo sentía observando todos mis movimientos y mis pensamientos. Nuestro Señor también.

Yo sabía que todas las estampas, los rosarios, las medallas deben ser bendecidos y concluí: el collar de Acacia no es santo, entonces no está bendecido. Me pongo de rodillas con mucha devoción, tomo el collar, lo pongo en la palma de mi mano y con la otra mano hago una cruz sobre el collar, diciendo con toda la sinceridad de mi corazón: "Yo te bendigo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén".

Y fue así como recé mi primer "tercio". Estoy totalmente convencida de que Nuestra Señora aceptó con mucho gusto

éste mi primer rezo de su santo Rosario, con aquel collar de cuentas azules, que mi inocencia había improvisado como rosario. Mi "Nuevo Amigo" estaba conmigo y también Nuestro Señor, y no se opusieron. ¡Y qué cuidado y respeto tuve después con el 'collarcito'. Pensé: ahora Acacia ya no debe adornarse más con él, porque lo he bendecido. Voy a pedirle el collarcito para mí y le daré a Acacia las "platitas" que ya tengo en el "Arca de Noé". La buena Acacia, sin embargo, no aceptó el intercambio y me dio el collar; sólo aceptó una caja de cigarros de chocolate que yo había comprado con una "platita" de mil reales.

Más tarde, al final del año, en la fiesta de fin de curso, recibí como premio una especie de bolsita de satén, a rombos blancos y azules, que tenía dentro un lindo rosario blanco, de verdad, y la buena Madre me dijo que estaba bendecido. Éste fue el primer rosario que tuve. Y luego, al día siguiente, ya en vacaciones, fui a enseñarle a rezar el Rosario al querido viejecito paralítico del asilo. Creo que estuve rezando con el collar unos dos meses, más o menos.

Ya había intentado ir al asilo dos veces a enseñarle al viejecito a rezar con el collar, pero, mi "Nuevo Amigo" se opuso las dos veces. Sin embargo, con el lindo rosarito blanco de verdad, Él, el Santo Ángel, no se opuso y me acompañó. Mi buen Jesús, Virgen Santísima y fidelísimo Santo Ángel, seguro que habéis perdonado, con mucho amor, la gran ignorancia de vuestra sierva y sólo mirasteis la voluntad y el gran amor de la tonta e ignorante Cecy.

Capítulo 18
Cipriano, el viejecito del asilo

Creo que debo contar algo del buen viejecito paralítico del asilo.

Desde que llegamos de Santa Victoria, fuimos a vivir a una casa que quedaba frente al Asilo de Mendigos. Este asilo era una casa grande con un gran número de cuartos pequeños, y cada uno de ellos (por lo menos los de una fachada) tenía una ventana a la calle. La casa era de planta baja.

En uno de estos cuartos, cuya ventana estaba muy frente a nuestra casa, vivía un pobre viejecito paralítico, que sólo podía mover la cabeza y el brazo izquierdo. Nosotros, desde nuestra casa, y todos los que pasaban, podíamos ver, desde la mañana hasta el anochecer, al pobre viejecito, pues su cama estaba muy cerca de la ventana, que permanecía siempre abierta y el pobre enfermo semisentado y recostado en unas almohadas. Mamá, compadecida, se encargó de darle las comidas diariamente al viejecito.

Una vez acompañé a Acacia al asilo. Sólo conocía al viejecito de lejos; apenas veía desde la ventana de nuestra casa su cabeza blanca como el algodón y sus largas barbas también blancas. Sin embargo, aquel día, lo vi de cerca. Acacia no me dejó entrar en el cuarto; la esperé en la puerta que quedaba a unos pocos pasos de la cama del viejecito. Lo observé atentamente. Las grandes barbas blancas como el algodón me trajeron a la mente el cuadro grande de la Santísima Trinidad, donde se veía a mi querido Papá del Cielo, también de largas barbas blancas como el algodón, y que nunca me miró enfadado, incluso cuando, después de haber cometido alguna travesura, corría a refugiarme en el cuarto de mamá.

¡Ah! ¡Y lo que me quedaba por descubrir en el pobre viejecito! Tenía sobre el pecho, colgado del cuello mediante un cordón, un Crucifijo de metal blanco, más grande que un palmo de mi mano. Pensé: «este viejecito me gusta ya mucho y voy a cuidarlo para que su alma y su corazón queden blancos para el buen Jesús". Y Acacia, después de haber puesto la comida sobre la mesita, habló algunas palabras con él, me tomó de la mano y volvimos a casa.

El resto de la tarde, mi pensamiento se ocupó varias veces del pobre enfermo; de noche, al acostarme, cuando rezaba le dije a mi "Nuevo Amigo": "Mi 'Nuevo Amigo', mañana quiero ir a visitar al viejecito enfermo y a hablarle del Papá del Cielo. Te pido que vengas conmigo, no quiero ir con Acacia, porque siempre tiene mucha prisa para marcharse".

Llevaba dos días de vacaciones. Por la mañana, después de que Acacia volvió del asilo, abrí la ventana de la sala y desde allí pude observar al viejecito. ¡Qué alegría! Estaba allá, como siempre, con la ventana abierta. Crucé la calle y me dirigí hacia allá. Me subí, con cierta dificultad, a la ventana y me senté. El viejecito me vio, parece que sorprendido de mi visita por la ventana. Pensé que se había asustado y le dije: "No se asuste usted, yo soy la niña que vio aquí ayer con Acacia, y vivo allí".

El viejecito se quedó tan contento. Le pedí que me enseñara su bonita cruz, y se la quitó del cuello y me la dio.

Y en este momento repetí íntegramente, sin dejar un solo punto, la primera santa lección que recibí, dos años atrás, de mi querida doña Mimosa. El viejecito me escuchó, me escuchó sin interrumpirme una sola vez. Y cuando terminé la lección, el pobre viejecito también lloraba, como lloró la "pequeña Dedé" abrazada al cuello de doña Mimosa. Le mandé que besara a Nuestro Señor de su bonita cruz; él lo hizo y se la colgó de nuevo al cuello.

Le prometí volver al día siguiente por la mañana y traerle para que él la viera la benditera de loza con la santa Madre de Jesús. Mi "Nuevo Amigo" estuvo conmigo todo el tiempo, pero no sentado en la ventana como yo. Nunca vi a mi "Nuevo Amigo" sentado, creo que estaba siempre de pie a mi lado, porque muchísimas veces yo levantaba la cabeza, cuando todavía era muy pequeña, como para observar su santo rostro, pero sin haberlo visto nunca.

Al día siguiente cumplí mi promesa: bien de mañana, después del café (pues aún tenía un día de vacación), con la benditera de Nuestra Señora en la mano, me fui a sentar sobre la ventana del pobre viejecito. Le mostré a Nuestra Señora, diciendo que ella era la Madre de Jesús. Y en esta ocasión fue cuando le enseñé al viejecito a rezar el Ave María.

Le costó muchos días aprender la oración. Todos los días iba a sentarme a la ventana del asilo, siempre por la tarde, pues regresaba del colegio a las 4. Jamás falté a mis visitas que, yo lo sabía, alegraban tanto al viejecito. Y cuando en los días de lluvia o de mucho frío, en el invierno, no podía salir a la calle, ¡ah! entonces iba a observar a mi pobre amigo, desde la ventana de la sala de nuestra casa. Realmente yo quería, con mi corazón de niña, a aquel pobre viejecito, y tenía la certeza de que el pobrecito también me quería muchísimo.

Así se pasaron los meses. El "señor" Cipriano finalmente aprendió a rezar el Ave María, el Padre Nuestro, la oracioncita al Santo Ángel de la Guarda y el "Acordaos" a Nuestra Señora. Hice mi Primera Comunión. Y cuando, al final del curso escolar, recibí de premio el lindo rosario blanco, lo antes que pude, corrí a enseñárselo a mi querido protegido y a enseñarle a rezar el Rosario a Nuestra Señora.

Esta vez, mi "Nuevo Amigo" no se opuso, como se había opuesto las veces que quise enseñarle al viejecito a rezar con el

collar azul. El "señor" Cipriano sabía ya perfectamente rezar con las cuentas, el Credo, el Padre Nuestro, el Ave María y el Gloria al Padre. Pero no aprendió los misterios, porque su pequeña "catequista" tampoco los sabía. Por eso los leía yo en el librito, no sé cómo, pues todavía yo no leía con suficiente desenvoltura; y él, el pobrecito, pasaba las cuentas.

Muchas veces, mamá desde la ventana descubría mis visitas al viejecito y me llamaba. ¡Oh, cómo me hacía sufrir entonces!

Le dejaba el rosario al viejecito y acordaba con él: "Señor" Cipriano, hoy, cuando se encienda la luz (me refiero a la iluminación pública), usted comience a rezar con las cuentas, y yo en casa leeré, en "La Llave del Cielo", lo que usted debe pensar. Nuestra Señora también lo sabe todo, lo oye todo y lo ve todo como su Hijo Jesús". Al día siguiente iba a buscar el rosario.

Esto sucedió muchas veces. Reconozco aquí, en el momento en que escribo esto, el paternal cuidado de Nuestro Señor, pues en el contacto con aquel infeliz mendigo, naturalmente poco aseado -de lo que como niña no me daba cuenta- enfermo con sus males, si no hubiera sido por el cuidado del buen Dios ¿no podría haberme contagiado de sus enfermedades? Me acuerdo de que muchas veces besé a Nuestro Señor en el crucifijo de metal que el viejecito llevaba al cuello, después de haber hecho él lo mismo.

Buen Dios, os doy gracias por los paternales cuidados que prodigasteis a mi cuerpo y a mi alma. Dios mío, que lo que estoy escribiendo sea únicamente para vuestra gloria.

Cierta vez en la que leía en casa los misterios del santo Rosario y que el "señor" Cipriano rezaba con las cuentas de mi rosario blanco, me asaltó a la mente un pensamiento que por algunos instantes me nubló el alma: "La Madre Rafaela había dicho, en clase, que el que no estaba bautizado no podía entrar

en el cielo". Y como las lágrimas me salían a borbotones y me corrían por la cara, pensé: "Entonces, el 'señor' Cipriano, mi amigo, el pobrecito, no puede ir al cielo a vivir con el Señor y ver a Nuestra Señora, porque no está bautizado".

Estaba tan perpleja que (lo mismo que cuando hacía alguna travesura) levantaba la cabeza intentando descubrir la Santa Cara de mi "Nuevo Amigo". Él estaba allí, junto a mí, y sin que pudiera verlo con los ojos, ¡lo veía! y sin oír con mis oídos su santa voz, lo oía y entendía más claramente que a papá, mamá, la Madre Rafaela o Acacia. Luego mis lágrimas se detuvieron con un nuevo pensamiento que despejó mi alma: "Yo puedo bautizar al "señor" Cipriano; sé cómo se hace. La Madre Rafaela nos lo enseñó; sé bautizar sin equivocarme".

Y reproduje en mi imaginación el acto que debía realizar. ¡Qué pena que fuera de noche! Estaba deseosa de que llegara el día siguiente para poder llevar al querido viejecito la buena noticia de su próximo bautismo.

Al día siguiente fui al colegio y, a la tarde, cuando terminé todo, corro al asilo, me subo a la ventana y le cuento al "señor" Cipriano lo que intentaba hacerle. El buen viejecito era dócil, dócilísimo y obediente a su pequeña "catequista", y se mostraba siempre dispuesto y contento para hacer todo lo que yo le pedía. Y luego, cuando le dije que para entrar en el cielo a ver a Jesús y a Su Madre, era necesario que le bautizase, que yo sabía, porque la Madre Rafaela nos lo había enseñado y que yo lo podía hacer, el buen viejecito se alegró tanto, tanto, que de sus ojos nublados ya por la edad y el sufrimiento corrían unos grandes lagrimones. Le consolé como pude y le prometí que, si no lloraba más, al día siguiente le traería una estampa con la imagen de Nuestra Señora, que sor Eugenia me había dado.

Y el buen viejecito, dócilmente, sacó de debajo de la

almohada un pañuelo grande a rayas rojas y se enjugó las lágrimas. Comencé "mi instrucción" para el santo Bautismo: "'Señor' Cipriano, Madre Rafaela dice que el Bautismo perdona todos los pecados de las personas mayores. Usted es mayor. Su alma va quedar blanca, como quedó la mía el día de mi Primera Comunión". Y el viejecito comenzó de nuevo a llorar y sus lágrimas me daban mucha pena. Provocaba en mí tanta compasión que empleaba todas mis fuerzas para consolarlo y no llorar junto con él. Le dije: "Si Usted llora, entonces no se gana la estampa". Y volvía otra vez al gran pañuelo a rayas rojas.

Señalé el día del bautismo para un domingo. Le dije: "El domingo es el día de Nuestro Señor; yo voy a Misa y entonces ya me quedo con el vestido bonito para su bautismo. Cualquier otro día que no es domingo, Acacia no me pone el vestido y los zapatos de pasear". No recuerdo el día y el mes, únicamente sé que fue un domingo.

Preparé la "santa fiesta" de mi amigo el pobrecito. Los convidados seríamos mi "Nuevo Amigo" y yo. La víspera, sábado, sólo había clase de mañana.

Fui a mirar el "Arca de Noé". ¡Ay!, faltaban solamente dos "platitas" para conseguir el precio del lindo bebé negro de la "Tienda de las Chicas", que costaba doce mil reales. En aquel momento, cómo que se revolvió mi egoísmo y sentí pena de vaciar el cofrecito. Sin embargo mi "Nuevo Amigo" estaba allí. Levanté inmediatamente la cabeza para ver su santo rostro y, sin verlo, lo vi, pues reconocí al instante que Él desaprobaba "mi pena": su santo rostro me miraba apenado.

Decididamente vacié en la falda las 10 "platitas", nuevecitas, que papá había ido escogiendo para mí. Me parece que, entonces, nada en el mundo me hubiera hecho retroceder y, si me hubieran dicho: "Guarda tus "platitas", quédate con

ellas y además recibirás el lindo bebé negro", que era mi mayor deseo, no hubiera retrocedido, pues mi "Nuevo Amigo" tenía sobre mi voluntad mayor influencia que el mundo entero. Y sin decir nada a nadie, ni siquiera a Acacia, metí las "platitas" en el monedero que me habían regalado en mi cumpleaños y me fui a la confitería del "señor" Carvalho.

Mi "Nuevo Amigo" ya no estaba triste con su amiguita. Y a la vuelta, con la bonita caja de bombones, cigarrillos de chocolate, libras y barritas plateadas debajo del brazo, me sentí tan feliz como el día en que con Acacia atravesaba el río trayendo el lindo ramo de rosas blancas para Nuestra Señora. Y más de una vez levanté la cabeza para ver el santo rostro de mi "Nuevo Amigo", que ahora ya no estaba triste, y le decía: "Será todo para el 'señor' Cipriano, no tomaré para mí ni un solo cigarrillo. Es para festejar el domingo, el bautizo del 'señor' Cipriano".

Llegué a casa; nadie me vio ni me habían echado en falta. Todo lo hacía naturalmente, no sabía actuar a escondidas. Gracias a Dios Nuestro Señor, nunca nadie se dio cuenta de esas cosas.

"¿Qué falta más todavía?", me pregunté a mí misma. Yo tengo todo nuevo y bonito: vestidito, zapatos, calcetines, cinta para el pelo, todo, todo. Y el "señor" Cipriano no tiene nada nuevo y bonito para su bautizo. Por un instante me quedé triste. Pero todo esto duró poco, pues en seguida lo resolví: "El "señor" Cipriano siempre está en la cama, le llevaré, para mañana, una camisa nueva y bonita de papá con puños y cuello almidonados, una camiseta de punto y agua de colonia para que se dé en las manos y en la cara".

Y tal como lo pensé, lo hice. Y todo lo hice con mi mejor voluntad de niña. Ahora que estoy en el convento, cuando les conté estos hechos me preguntaron si tomé, con permiso de

papá, la camisa y la camiseta; entonces caí en la cuenta, reconociendo que no había procedido justamente. Tal vez fuera porque estaba acostumbrada a obtener de papá todo lo que yo quería y sabía muy bien que él me lo iba a dar todo, incluso lo que necesitara para el pobre viejecito. Yo también me consideraba propietaria de lo que pertenecía a papá.

Todo estaba preparado. Después del baño, corrí al asilo con los dos grandes paquetes. No me escondí de nadie, pero nadie me vio. Subí con mucha dificultad a la ventana, a causa de los paquetes, se lo di todo al viejecito, indicándole lo que debía hacer: "Mañana póngase Usted la bonita camisa nueva y, debajo, la camiseta blanca, nuevecita y elástica. En este frasco he puesto agua de colonia para que mañana se dé Usted por las manos y por la cara, para que huela bien". El pobre viejecito comenzó a llorar. Y para que se consolase, en mi sencillez de niña, le di además la caja de los chocolates, también para "mañana". Y mi admiración fue grande porque el viejecito todavía lloraba más. Y es que yo no entendía que el pobrecito lloraba de gratitud o de emoción.

"No llore 'señor' Cipriano, porque tenemos que rezar para mañana". Y ya no lloró más. Recé con él todo lo que sabía de memoria: el Credo, el Padre Nuestro, el Ave María, la Salve Regina, el Santo Ángel del Señor, el Acordaos a Nuestra Señora y el Acto de Contrición. Y, antes de marcharme, le recomendé que fuese muy bueno y que no mirase a la calle. Es que estaba imitando a la Hermana Irene, cuando hicimos la primera confesión: "Sed muy buenas y, en la calle, no andéis mirando para todos los lados". El viejecito me prometió ser bueno.

Al día siguiente, domingo, fui a la Santa Misa y recé por el viejecito "casi toda la Llave del Cielo". Con seguridad que Nuestro señor se rió de mí. Cuando volví de Misa, le pedí a

Acacia que me dejase con el vestidito nuevo. Acacia era muy amiga mía y no se opuso.

Estaba yo tan identificada con el gran acto que iba realizar, que mi corazón latía apresuradamente. Fui a buscar la tacita que me compró mamá para ir al tambo y, aunque estaba limpia, porque estaba en el armario, la lavé otra vez, la llené de agua del aljibe y me dirigí hacia el asilo. Hubiera querido correr, pero la tacita llena de agua me lo impedía. La puse sobre la ventana y después subí.

¡Ay! Esperaba encontrar al "señor" Cipriano todo guapo con la camisa y la camiseta nuevas, ¡y él estaba con la suya! Es que no había pensado que el pobre viejecito no podía vestirse solo y no tenía quien le ayudase. Me resigné. Miré a mi "Nuevo Amigo". Él estaba contento, así que podía bautizar al "señor" Cipriano con la camisa vieja, más limpita.

Recé otra vez con él el Acto de Contrición. Los dos, el viejecito y yo, estábamos muy compenetrados. Mi "Nuevo Amigo" estaba allí. Le mandé al viejecito inclinar su cabeza blanca; y él lo hizo. Y yo, de rodillas sobre la ventana y con el corazón latiéndome con fuerza, derramé toda el agua de la tacita sobre la cabeza del viejecito, diciendo al mismo tiempo, como me había enseñado la Madre Rafaela, y cuidando que el cuero cabelludo quedase bien mojado: "Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo".

Después le dije al viejecito: "Y ahora Usted se llama José, por san José".

Es que yo encontraba, además, al viejecito muy parecido a San José, por las largas barbas blancas. El pobre viejecito lloraba otra vez y, poniendo su única mano libre sobre el crucifijo grande que le colgaba sobre el pecho, dijo: "¡Buen Dios! ¡Buen Dios! ¡Buen Dios!" Sucedió así, me acuerdo perfectamente.

Y yo sentía una felicidad muy parecida a la del día santo de mi Primera Comunión. Y mi "Nuevo Amigo" estaba contento conmigo, mucho, mucho. Me despedí del viejecito y le dije: "Su alma y su corazón están blancos como quedó mi alma el día de mi Primera Comunión". Ésta era la comparación que siempre utilizaba cuando quería expresar que una cosa era muy blanca.

¡Ay! No sabía yo lo que iba a suceder al día siguiente. Hoy reconozco que para el viejecito fue la suprema felicidad, pero entonces, siendo una niña, sólo me di cuenta del gran pesar que me causó la pérdida de mi pobrecito. Como siempre, a la mañana, Acacia fue a llevarle el café al viejecito. Momentos después, cuando todavía estábamos a la mesa, Acacia regresó con todo intacto y diciendo con la mayor tristeza: "¡Doña Antonina, el "señor" Cipriano amaneció muerto!" Mamá prorrumpió en exclamaciones de dolor.

Y yo... ¡Solamente el buen Dios puede saber el gran dolor que sentí! Lloré la pérdida de mi pobrecito y por mucho tiempo sentí su ausencia. Mamá no me dejó ir al asilo. No vi nada, ni sé cómo se lo llevaron. Y cuando, al mediodía, volví del colegio, ya no vi nada por la ventana de su pequeño cuarto. Durante muchos y muchos días la ventanita estuvo cerrada, hasta que vi allá un pobre nuevo. Durante mucho tiempo, con mucha añoranza, recé con mi nuevo rosarito blanco por el viejecito.

¡Buen "señor" Cipriano, tengo la certeza de que gozas de la posesión de tu Dios y mi Dios y de que ya conoces a su Santísima Madre! Tu pequeña "catequista" vive todavía en este mundo feo, pero tú eres ya, en este momento, uno de los convidados a su "Gran Fiesta". Vivirás con mi Jesús.

Capítulo 19
El Rosario en el cenador

Después de que el "señor" Cipriano, el buen viejecito, falleciera, me surgió una dificultad: me había acostumbrado a rezar el santo Rosario con él, a media voz. Después de su muerte, recé por él con mi pequeño rosario, pero ya no con la misma facilidad que cuando rezaba con él. Rezando en voz baja y sola me llevaba el doble y hasta el triple de tiempo, pues me distraía con facilidad y siempre comenzaba de nuevo la oración. ¡Qué bien, pensaba, si tuviese a alguien que quisiese rezar conmigo siempre, como el "señor" Cipriano! Acacia sabía rezar, pero ella siempre decía que no tenía tiempo. Mi hermana Dilza rezaba algunas veces conmigo, pero nunca llegaba a terminar, diciendo: "Ahora reza tú el resto, que yo ya estoy cansada".

Y yo recomenzaba a rezar, y muchas veces se encendían las luces y no había acabado mi Rosario. ¡Me sentía tan infeliz cuando no rezaba el Rosario a Nuestra Señora! Después pensaba: "La Madre de Jesús hoy no ha recibido mi oración". No podía dormirme si no había rezado el Rosario durante el día; tan gran contrariedad sentía. Por eso, ya en la cama, cuando Acacia apagaba la luz, me sentaba y rezaba. Sólo entonces podía dormirme.

Buscaba ansiosamente superar aquella dificultad, tan penosa para mí, recurriendo a Isaura, una amiguita que vivía junto a nuestra casa. Isaura era muy buena. La invité a rezar conmigo el Santo Rosario, exponiéndole mis dificultades. Ella accedió diciendo: "Pues sí, pero vámonos allá al cenador, porque si nos ven se van a reír de nosotras". No comprendí esta razón de Isaura, pero tampoco intenté comprenderla, y me fui con ella al cenador. Isaura me acompañó hasta el final,

y durante algunos días seguidos mi amiga siguió haciéndolo de buena voluntad. Sin embargo, una tarde, Isaura me dijo, en medio del rezo, como me había dicho mi hermanita Dilza: "¡Ay!, estoy cansada, ya no quiero rezar más, vamos a jugar".

No podía quedarme sola en el cenador, porque aquélla no era mi casa, y tuve que acompañar a Isaura. Acabé después el Rosario en la cama. Y desde aquel día en adelante, raramente quiso Isaura acompañarme en el rezo del Santo Rosario.

CAPÍTULO 20
La cajita con el elefante

Cierto día me regaló el Capitán Teixeira una linda cajita de bombones: en la tapa había un elefante montado en una bicicleta, cuyas ruedas daban vueltas de verdad. Me puse muy contenta. Me parecía que no daría aquella linda cajita, llena de grandes bombones, por nada de este mundo. En el momento en que más la admiraba, me asalta repentinamente este pensamiento: "Tengo que darle esta cajita a Isaura, sin probar un solo bombón, porque ella ha rezado muchas veces conmigo el Rosario".

Sin embargo, tan pronto como me vino este pensamiento lo deseché, y, con la misma rapidez, le sucedió otro: "No le doy a Isaura ni un solo bombón; ahora ya no quiere rezar conmigo". Y luego siento, percibo (no sé cómo expresarme) a mi "Nuevo Amigo" mirándome triste y serio, pero, sin verlo. Levanto la cabeza, como acostumbraba, para intentar ver su santo rostro. Me quedé perpleja: ¡mi "Nuevo Amigo" quería que le diera mi cajita a Isaura! Y ahora comprendo que entraron en combate mi voluntad y mi egoísmo (no sé si

pienso rectamente). Pero mi "Nuevo Amigo" siempre vencía, y mi feo y mezquino egoísmo fue vencido.

Tomo la cajita y, como una flecha, corro a casa de Isaura y, con una suprema alegría, le doy la cajita: "Es para ti, porque solo tú quisiste ayudarme a rezar el Rosario". Isaura, aquel día y algunos más, rezó conmigo, pero después de nuevo ya no quiso.

No conseguí ya que ninguna de mis amiguitas quisiese ayudarme a rezar. Y los años pasaron, pasaron, pasaron; mi dificultad, sin embargo, no pasó. Pero, por una gracia de la Santa Madre de mi Jesús, recé siempre, siempre su Santo Rosario. Entré al convento y, en el postulantado, ¡ah! encontré a alguien, otra postulante, hoy sor Alfonsina, que, siempre que podía, rezaba conmigo a media voz el Santo Rosario. Le decía: "Gloria, ¡me cuesta tanto rezar el Rosario sola!, ¿usted quiere rezar conmigo?" Y comenzábamos.

Siendo novicia pasó la dificultad. Es que me mandaron que no repitiera ningún Ave María. Gracias a Dios y a Nuestra Señora ya me curé, e incontables veces he rezado, siempre que me acuerdo, el Rosario por el "señor" Cipriano, por mi hermana Dilza, por Isaura y por sor Alfonsina. Es un pequeño tributo de gratitud de mi alma. Sólo allá en el Cielo, estas almas generosas sabrán el gran bien que me hicieron y cómo me sentía feliz y consolada cuando ellas me ayudaron.

Capítulo 21
Bilac, el perro malvado

Fue en el año 1907 cuando recibí el sacramento de la Confirmación. Ese día, como en los de mi Primera Confesión y Primera Comunión, no quise ir a jugar a la calle para no echarle ninguna manchita a mi alma. La casa en que vivíamos, frente al asilo, tenía un gran huerto. Me gustaba mucho, diría muchísimo, llevar allí la sillita y sentarme, debajo de un gran peral, para leer el librito que había ganado como premio, "Historias para niñas". El día que recibí la Santa Confirmación, para no ir a la calle me fui allá, debajo del gran peral. Pensé que allí estaría bien segura de no manchar mi alma y mi corazón. La víspera, había ido a confesar y, por la mañana, a recibir la Sagrada Comunión. En esos días era cuando sobre todo se avivaba en mí el temor al pecado. Sentada en la sillita, con muy buenos modales, hojeaba ya el librito, cuando mi atención se fijó en una hilera de hormigas, que iban y venían sin cesar. Me senté en el suelo para observarlas mejor.

Y allí, en ese momento, debido a mi gran ignorancia, deseé realmente, de verdad, ser una de aquellas hormiguitas. Y si mi "Nuevo Amigo" me hubiese preguntado el motivo de tan singular deseo, le hubiera respondido sin dudar: "Las hormiguitas son mejores que yo, nunca pecan y no clavan ninguna espina en la Santa Cabeza del buen Jesús. Y yo, si no tuviera a mi "Nuevo Amigo" y a Nuestro Señor en mi corazón, no haría más que cometer muchos pecados".

Desde aquel día en adelante, sentí un gran amor por todos los bichos y bichitos, y deseaba ser uno cualquiera de ellos. Tal idea me duró, más o menos, hasta los 10 u 11 años. Con certeza que Nuestro Señor no llevó a mal mi tonto deseo, pues Él bien sabía lo tonta y hasta estúpida que era su pequeña

amiga. Y cuando me sucedía, sin querer, que aplastaba a uno de esos bichitos, sentía verdaderamente una gran pena.

Sin embargo, después, en varias ocasiones tuve la oportunidad de reconocer con gran tristeza que no todos los animales eran buenos. "¡Ah!, me dije, es que ellos, los bichos y bichillos no tienen, como yo, un 'Nuevo Amigo' que les avise siempre para que no cometan ningún pecado".

Bilac, el gran perro guardián del Mayor Reveilleau, nuestro vecino, saltó a nuestro huerto y mató dos conejitos. Teníamos en casa una pareja de perros bulldogs, que le habían regalado a papá: Veneza y Ñero. Ñero era bueno, pero Veneza algunas veces no. Cuando Acacia les llenaba el cuenco, Veneza comía a más no poder, pero si Ñero se acercaba para comerse las sobras, ella le enseñaba los dientes, gruñendo furiosa, y el pobre Ñero se iba a sentar un poco más allá, pero Veneza, egoísta, se quedaba junto al cuenco, haciendo de centinela. "¡Qué mal, pensaba yo: ella ya no puede más y no le quiere dejar nada a Ñero!"

También el gallo grande del gallinero era malo con las pobres gallinas. Éstos y otros actos que presencié fueron los que me hicieron pensar, en mi necedad, que eran los pecados de los animales, y me quitaron por completo mi singular deseo de ser uno de ellos.

Y ahora, mi "Nuevo Amigo", para glorificar a nuestro buen Dios y también a Vos, mi Santo, fiel Protector y Ángel, contaré cómo innumerables veces quise cometer pecados, y si no los llegué a cometer fue porque cuidasteis fielmente de vuestra pequeña amiga, impidiendo mi caída con vuestra mano protectora.

Capítulo 22

La cesta de caramelos, abierta

Durante el verano, Acacia, por la tarde, reunía a las niñas de la vecindad y nos llevaba a pasear al campo. Esta vez vino también N.

Fuimos al prado. Cuando llegamos, a Acacia se le ocurrió que jugáramos a las carreras. Y, como en esos paseos no se olvidaba de la cestita con "cosas buenas", nos dijo: "La que gane recibirá premio", y nos enseñó la cestita. ¡Qué gran alegría! N. corrió con cada una y perdió todas las veces. Y yo también perdí, porque, en cuanto corría un poco, me dolía el costado.

Acacia, entonces, nos dijo: "He traído un montón de caramelos de dulce de leche; las que han ganado recibirán dos y las que han perdido sólo uno. Vamos primero a visitar a la "seña" Manuela (una negra vieja, muy bondadosa, que vivía en un ranchito allí cerca) y después hago el reparto".

Fuimos. Cuando llegamos allá, Acacia dejó la cestita fuera de la puerta del ranchito y entramos. La "seña" Manuela nos llevó a un huertecito y nos cogía flores.

Entonces N. me dice: "Acacia es muy mala; los caramelos son de tu casa y ahora ella sólo te quiere dar uno. Vamos allá y tomamos dos para nosotras".

Me pareció que N. tenía razón y que, incluso, yo tenía derecho a todos los caramelos. Nos apartamos del grupo y nos fuimos a la cesta. La abrimos, ¡había un montón!

"Como poco", le dije a N., "toma cuatro para ti y cuatro para mí". N. los tomó y se los metió en el bolsillo. Sin embargo, yo, en el momento en que me agacho para hacer lo

mismo, ¡siento en el hombro una mano suave, tierna, mansa y amiga! ¡Una mano santa y muy conocida para mí! Me levanto inmediatamente y elevo la cabeza para ver el santo rostro de mi "Nuevo Amigo" mirándome triste, triste. Lo veía, pero no con mis ojos, no como veía a toda la gente, no; lo veía de otro modo.

N., entretanto, me metía prisa: "Corre, que ya vienen para aquí", mientras se comía, en un instante, uno por uno todos los caramelos; y ya había desaparecido el último, cuando vuelve Acacia con las otras niñas y se topa con la cesta abierta. Allí estaba yo, porque N. había desaparecido de la vista. Acacia, enfadada, me tomó por la mano y me dijo: "¡Comilona, estás metiendo la mano en los caramelos! Ahora todas las otras niñas van a ganar y tú las miras". El castigo no me pareció duro, porque me sentía verdaderamente entristecida, sinceramente arrepentida del feo pecado que reconocía que iba a cometer. Y además, apareció en mi imaginación la espina con que iba a herir la cabeza de Nuestro Señor. Había mirado ya muchas veces a mi "Nuevo Amigo" y Él sólo estuvo triste la primera vez, cuando iba a tocar la cestita. Pero ahora ya no lo estaba. Y su bondad grande, inmensa, me conmovía más, mucho más, y mi arrepentimiento era también mayor.

Volvimos al prado, y allá Acacia repartió los caramelos. Yo permanecí apartada del grupo, como avergonzada de mi fea acción. Nadie, tampoco Acacia, sabía lo que N. había hecho. Ella estaba con las otras y, cuando vi que Acacia iba a darle también los dulces, sentí una especie de indignación y de rebeldía, pensando al mismo tiempo: "Acacia no es buena; N. ha tomado los caramelos y se los ha comido, y ahora, encima, Acacia le da más". (No me daba cuenta de que Acacia, siempre tan justa, no sabía lo que N. había hecho).

Revuelta e indignada, decididamente iba a acusar a N., pues

ella se reía de mí como las otras. Sin embargo, con la misma rapidez de mis movimientos, sentí otra vez la santa mano de mi "Nuevo Amigo" impidiéndome seguir adelante y hablar. ¡Su santo rostro, otra vez, estaba triste! Mi arrepentimiento fue también instantáneo y tan vivo que me eché a llorar. Acacia, naturalmente, pensó inmediatamente que yo lloraba por el castigo que ella me había impuesto y, apenada, me llamó.

Miré a mi "Nuevo Amigo", y ¡otra vez estaba contento! Mi conmoción fue tan grande que corrí a Acacia, me eché en sus brazos y, abrazada a su cuello, lloré, lloré de pesar. Acacia me dio el resto de los caramelos, pero no los probé. Y durante mucho tiempo, creo que durante unos dos años, no probé ni un trocito siquiera de los sabrosos caramelos que tanto me gustaban. Ésta es la primera vez que cuento este hecho.

Capítulo 23
La muñeca con los ojos hundidos

Me había tocado, en una rifa, una muñeca grande, tan grande que casi no la podía sostener, y por eso mamá no me dejaba jugar con ella, por miedo a que la rompiese. La muñeca siempre estaba en el sofá de la sala de visitas. Aquella muñeca era para mí un tesoro. Abría y cerraba sus ojos azules y, si se le tiraba de una cuerdecita que tenía en la espalda, decía: "¡Papá! ¡Mamá!".

Acacia me llevaba siempre a la sala para que yo pudiese jugar con mi muñeca, bajo su vigilancia. Mi hermanita Adayl era muy pequeñita, apenas andaba.

Una vez que encontró la puerta de la sala abierta, entró, se fue al sofá y tiró de la muñeca hacia ella. No sé cómo no la rompió, lo que sé es que la encontraron allí con la muñeca. Al

volver del colegio, Concepción me dijo: "Mimosa, ¿vas a la sala a ver tu muñeca? (De mayor, ya no me llamaban Dedé, sino Mimosa). Lilina la ha tocado". Corro a la sala y encuentro la muñeca no sentada, sino tirada en el sofá, y en vez de los lindos ojos azules con largas pestañas, dos feos agujeros. Adayl le había hundido los ojos con sus deditos.

Al encontrarme con aquel triste cuadro, me quedé, en un primer momento como petrificada; sin embargo, luego vino la reacción y, con una violenta indignación, me saltaron las lágrimas a borbotones, al tiempo que pensaba: "Voy a traer a esa malvada hasta aquí para enseñarle mi muñeca y darle una ración de bofetadas". Y eché a correr.

Allá, al final del pasillo, vi a Adayl gateando. Yo lloraba de rabia, pero no llegué a cruzar la puerta, pues sentí la santa mano de mi "Nuevo Amigo" (no sé si puedo expresarlo así) que me impedía caminar. Elevé la cabeza, como acostumbraba, y vi su santo rostro mirándome con tristeza, y luego, como si escuchara claramente su Voz, admití: "Lilina ha cometido un fechoría sin saber y yo quiero pegarle porque estoy furiosa". Quedé conmovida y lloré mucho, pero ahora no de rabia, sino por entristecer otra vez a mi "Nuevo Amigo"; yo sabía, que si Él estaba triste, el buen Jesús también.

¡Ah! ¡Su santo rostro ya no estaba triste! Y mi alegría fue mayor, mucho mayor que la tristeza que sentí al contemplar la muñeca. Mi muy querido "Nuevo Amigo", una vez más, ¡gracias! Reconozco que en ese momento me impediste llevar a cabo mi mezquina venganza. Y a Vos, mi misericordiosísimo Jesús, os agradezco la gran gracia que me concedisteis de atender siempre la Voz del Único y Fidelísimo Amigo que he tenido en este mundo, después de Vos y de Vuestra Madre Santísima.

Capítulo 24
El hurto de las estampas

Estábamos al comienzo del año escolar de 1908. Se había puesto muy de moda entre las niñas tener una cajita bonita para coleccionar estampas. Rivalizábamos en tener la caja más bonita y con el mayor número de estampas. Una estampa, para mí y para las otras, tenía un valor inestimable, y el día que nos daban una en clase era un día completo. De vez en cuando, las externas solían llevar sus cajitas al colegio y, en el recreo, se las enseñaban a sus compañeras. Entonces, hacíamos cambios para completar las colecciones.

Cierto día, L., mi compañera de clase, trajo su linda cajita llena de estampas y cuando estábamos en el aula nos la mostró. En el recreo contemplamos la preciosidad que L. tenía. Volvimos a clase. A última hora de la mañana, L. se ausentó de clase para la lección de piano. Entonces vi, en aquel momento, que otra compañera de L. se metía en su bolsillo la cajita de estampas. Vi esta acción de mi compañera, sin embargo, enfrascada en mi trabajo, no pensé nada, y luego se me olvidó lo que había visto. Terminada la clase, nos fuimos a casa.

En el recreo de la tarde hubo, sin embargo, mucho cuchicheo entre las niñas. L. se había dado cuenta de que le faltaba su caja y me acusaba a mí de haber sido la autora del hurto. Entonces me vino a la memoria lo que había visto por la mañana en clase, y sólo entonces comprendí la acción de mi compañera: ella había sido la que la había hurtado. En el patio del recreo un grupo grande rodeaba a L.; y yo, humillada y con una gran pena que me acongojaba, sola en la parte más alejada del grupo, no podía soportar las miradas que se dirigían contra mí.

En un momento dado, algo como instantáneo, se levantó en mí un sentimiento de indignación y de rebeldía. Allá en el grupo estaba la culpable, y ella también me miraba a mí. El hecho no había llegado al conocimiento de las Hermanas. Y, en un rápido movimiento de indignación, se me ocurre ejecutar la acusación: "Voy a contarle a la Madre Rafaela que ha sido X. la que se ha llevado las estampas de L.; yo la vi y les ha dicho a todas que he sido yo".

Pero, entonces, no conseguí dar un paso, pues inmediatamente sentí a mi "Nuevo Amigo" que se oponía a que ejecutara lo que pretendía hacer. Busco su santo rostro; ¡estaba triste! No comprendí por qué se oponía a que me defendiese. Sólo lo comprendo ahora, creo que es así: me quería defender con una acusación, aunque verdadera. Una vez más, mi "Nuevo Amigo" venció. Fuimos a la clase, aunque solamente yo estaba ahora bajo el peso de la vergüenza: las niñas creían que yo había cometido aquel feo pecado. Sin embargo, el santo rostro de mi "Nuevo Amigo" estaba, otra vez, contento y únicamente esto me podía consolar, tan grande había sido mi pena y mi vergüenza.

No comenté el caso en casa, pues no era mi costumbre, no sé por qué, y ninguna de mis hermanas lo llegó a saber. Un tiempo después, apareció en el pupitre de L. la cajita de las estampas, y yo pensé: "Con seguridad que el "Nuevo Amigo" de X. le ha mandado que devolviera la cajita para poder confesarse y ser otra vez amiga del buen Jesús".

Capítulo 25

En el carrusel

Una tarde, al salir del colegio, todas las externas de la clase

de sor Eugenia habían venido provistas de algunos "níqueles". Los habíamos traído para la Reunión Mariana y aquel día no hubo. Y surgió la idea: ¿Vamos a la plaza a montarnos en el carrusel y después al quiosco a comer ensalada de frutas?

La idea fue aprobada por un "vamos" general que salió de todas las bocas. La plaza quedaba muy distante del colegio y más todavía de mi casa. En el camino me asaltó la idea: "Voy a llegar tarde a casa, a mamá no le va gustar, y tampoco sé volver sola". (Mis hermanas aquel día no tenían clase por la tarde). L. intervino: "Todas vamos a llegar tarde; podemos decir que hemos estado en el colegio". Todas quedaron de acuerdo y yo también. Me encantaba ir a la plaza, andar en el carrusel y más todavía comer ensalada de frutas en el quiosco. Fuimos.

Nos montamos en el carrusel, después de esperar un rato, porque aquello siempre estaba lleno de niños. Después fuimos al quiosco y nos regalamos con la ensalada de frutas. Entonces salíamos del colegio a las tres y media; debía de ser muy tarde. L. y C. me acompañaron hasta la esquina del Señor Deleis; desde allí ya sabía ir.

Hasta aquí todo iba muy bien, y yo alegre y tranquilamente caminaba con la bolsa de los libros en una de las manos. De repente me avergüenzo: "Voy a decirle a mamá que he estado en el colegio, y a ella no le va a importar". Era la primera vez, en mi corta vida de 8 años, que iba a mentir. Por eso, no me di cuenta inmediatamente de que iba a decir una mentira y, por tanto, a cometer un pecado. Y en mi corta inteligencia se entrecruzaban pensamientos contradictorios. "Todas las niñas van a decir lo mismo, yo también lo voy a decir".

Además, así pensando, me vino a la mente la triste historia que nos contó, dos años atrás, sor Irene en las catequesis de la Primera Comunión: el niño que fue al purgatorio y que tenía la

lengua acribillada de alfileres con culebritas, porque mentía. Y mi "Nuevo Amigo" que me había acompañado a la plaza, sin oponerse, me hizo levantar la cabeza para que viera su santo rostro. Lo sentía perfecta y sensiblemente, aún así, sin verlo. Su rostro santo estaba muy triste porque yo quería clavar una espina en la Cabeza Santa del Buen Jesús. Y la intención que yo tenía de mentirle a mamá se cambió inmediatamente por la resolución de decirle dónde había estado.

Corrí y con el corazón latiendo con fuerza, llegué a casa. Acacia ya había salido a buscarme. Le cuento a mamá donde había estado. A mamá no le gustó lo que había hecho y me regañó. Pero mi "Nuevo Amigo" estaba otra vez contento y yo era de nuevo feliz. Innumerables veces estuve a punto de faltar a la verdad, sin embargo, durante toda mi infancia, mi salvación fue siempre el castigo del pobre chico que fue al purgatorio porque mentía. Con todo, me causaba mucha mayor impresión la santa advertencia de mi "Nuevo Amigo" de que una mentira hería la Cabeza Santa del buen Jesús, que tanto me quería y a quien yo, por Gracia suya, ya tanto amaba.

Capítulo 26
El dueño del circo

En el año 1908 apareció por Jaguarao un circo ambulante. Levantaron la carpa en una campa grande que había para tal fin, distante apenas dos manzanas de nuestra casa. Para ir al colegio, pasábamos diariamente por allí. Una noche, papá nos llevó al circo. Aunque después dijo papá que la tal compañía no tenía ningún valor y que por la entrada no se podía pagar ni un "tostón". Mi opinión, por el contrario, fue muy diferente de la de papá y mamá. Me pareció la cosa más linda de este

mundo y sentía muchísimo no poder ir todas la noches.

Me encantó ver a los cachorrillos que subían por una escalera de cuerda hasta muy alto y desde allí se tiraban a una gran sábana que habían extendido abajo y que sostenían unos hombres, a la niña que andaba sobre una gran bola, a la moza que se quedaba en el trapecio sujetándose sólo con los pies y, sin embargo, lo que más me gustó fue el feo payaso, con la cara llena de polvos de arroz, pero que daba volteretas tan rápidas que acababa pareciendo una gran bola rodando.

Me parecía que toda aquella gente era diferente de los demás y, en mi admiración, los consideraba muchísimo, pues no podía comprender cómo sabían hacer todo aquello. ¡Y hasta los niños de mi tamaño! Cada vez que iba al colegio o que volvía, me sentía atraída por el gran circo y siempre quería mirar por el portón; y mis hermanas tenían que tirarme de la mano para hacerme salir de allá.

Pensé: "¡Qué bien si mamá me dejara ir a jugar con las niñas del circo! ¡Entonces, harían muchas cosas bonitas para que yo las viese y podría ver bien de cerca al payaso!" Sabía muy bien que mamá no me iba a dejar ir y que Acacia tampoco me llevaría. Resolví, entonces: "El día que mis hermanas no tienen clase por la tarde yo vuelvo sola y puedo ir allá y entrar en la campa del circo". Todo sucedió según lo había planeado.

A las tres y media de la tarde, cuando regresaba del colegio, me dirigí a la puerta del circo. Había allí muchos hombres, mujeres y niños, pero pensé para mí que aquellos no eran los actores del circo, porque si lo fueran irían siempre vestidos con aquellas bonitas ropas. Me dirigí a uno de los hombres que estaba en el portalón, con una cachimba grande en la boca, y le dije: "¿El señor es el dueño del circo?"

Al recibir una respuesta afirmativa, continué: "A mí me gustó tanto el payaso y las niñas de mi tamaño, que vengo a

jugar con ellas". El hombre se rió, y tomándome de la mano, dijo: "Entonces ven que yo te voy a llevar allá". No había traspasado aún el portal del gran portón, cuando fui retenida con fuerza por mi "Nuevo Amigo", de tal manera que me sentí como arrastrada o estirada de la mano derecha, por el hombre a quien podía ver, y de la izquierda, en la que llevaba la bolsa de los libros, por mi "Nuevo Amigo". No sé qué hizo mi "Nuevo Amigo", únicamente sé que el hombre soltó violenta y precipitadamente mi mano, diciendo: "Márchate, muchachita".

Fue entonces cuando me asusté y escapé de allá. Ya en la esquina de casa, miré a mi "Nuevo Amigo" y, como su santo rostro no estaba triste, todo lo olvidé. Pero desde aquel día tenía miedo del gran circo y nunca más fui allá. Hasta hoy no sé por qué mi "Nuevo Amigo" se opuso tan enérgicamente. Sólo ahora, recordando este hecho, que jamás he contado, reconozco que mi "Nuevo Amigo" me libró más de una vez de un gran mal, al que yo me había expuesto sin saber.

Mi santo y fidelísimo Amigo, una vez más os manifiesto mi gratitud y alabo a mi Dios y vuestra fidelidad.

Capítulo 27
El broche perdido

El hecho que voy a contar sucedió en el cumpleaños del Mayor Reveilleau. Dio, a la noche, un banquete y un baile. Papá me llevó. Sin embargo, el punto de reunión era en casa del Capitán Barcelos, y de allí todos se dirigirían a la casa del que cumplía los años. Tenía yo 8 años. Papá me dejó con las señoras y se fue al grupo de los hombres.

Salimos. Era como una comparsa. Me acuerdo bien de cómo iba vestida y de que llevaba, prendido en el pecho, un broche con mi nombre. Había mucha gente. De repente me di cuenta de que mi broche se había caído. Dejé la calle y quería buscarlo por la alcantarilla. El gran grupo, sin embargo, pasaba, pasaba, sin apercibirse de mi pequeño bulto, que encorvado hacia el suelo, buscaba el broche. El grupo se alejó sin darme yo cuenta y sin que nadie me viera.

Después de buscar el broche durante algún tiempo, sin hallarlo, me di cuenta de que estaba sola en la calle desierta y oscura, escuchando débilmente a lo lejos el murmullo de las voces que se alejaban. Asustada y desorientada, corrí en cualquier dirección, pues no sabía qué rumbo tomar. Quizá corrí unas dos manzanas cuando, cansada y con un fuerte dolor en el costado, me detuve, recostándome en la pared de una esquina.

Hasta este momento no había encontrado a ninguna persona. Poco después, me di cuenta de que allá, al final de la manzana, alguien se dirigía hacia mí. Pensando que sería papá que venía a buscarme, quise correr a su encuentro, pero, he aquí que mi "Nuevo Amigo", hasta entonces reservado, me lo impide, de la misma forma que me impidió ir con el hombre del circo. Acostumbrada a obedecer sin resistencia a mi "Nuevo Amigo" volví a recostarme en la pared de la esquina. Muy tranquila y, ya sin miedo, esperé al bulto que, lentamente, se aproximaba cada vez más. Ya lo distinguía. No era papá, papá no caminaba así. Era un hombre vestido con un poncho, que caminaba tambaleándose para un lado y para el otro, y tropezando a cada paso.

No tuve miedo. Mi "Nuevo Amigo" estaba allí conmigo, esta vez no a mi lado, como de costumbre, sino enfrente de mí. Lo sentía sin verlo. Con todo, me quedé quietecita,

conteniendo la respiración. El hombre estaba a punto de pasar junto a mí y mi "Nuevo Amigo" quería que yo me quedara quieta. Así fue. El hombre pasó dando tumbos y mascullando palabras que no entendí. Pasó junto a mí, su poncho me rozó las piernas, y él no me vio.

Después de que el hombre pasara fui con mi "Nuevo Amigo" a casa del Mayor Reveilleau, que era nuestro vecino. Entré. La banda de música estaba tocando frente a la casa, y en la calle había un gran movimiento de curiosos que se aglomeraban. Nadie se ocupó de mí. Busqué a papá, lo encontré, y él no se había dado cuenta de mi ausencia. Sólo ahora me doy cuenta de que aquel hombre era, ciertamente, un borracho, y de que más de una vez, mi fidelísimo "Nuevo Amigo" me salvó de males que hasta hoy ignoro.

CAPÍTULO 28

La agonía de Jesús en el Alma

Fue en el año 1908 cuando comprendí mejor lo que significaba la "Semana Santa". La Hermana Irene nos contó los acontecimientos de la Pasión del Salvador, mostrándonos sucesivamente unos cuadros grandes con los dolorosos pasajes de los sufrimientos del inocente Jesús. Y cada hecho contado por la Hermana Irene penetraba en mi alma compungida, haciéndome amar mucho más a aquel buen Jesús y detestar con mayor horror el horrible pecado, causa de los sufrimientos y de la muerte de mi Dios.

El cuadro de la coronación de espinas me impresionó de tal manera que su recuerdo quedó grabado en mi alma durante toda mi infancia y mi juventud. Me acuerdo, como si fuera hoy, de la pregunta de la Hermana Irene al mostrarnos el doloroso

cuadro: "Todavía hoy, cada una de vosotras puede clavar una corona de espinas en la cabeza de Jesús, como estos soldados malos. ¿Y cómo podéis hacer esto?"

Fue mi hermana Dilza la que respondió: "Cometiendo pecados queriendo".

Un gran peso se quitó de mi alma: y es que muchas y muchas veces yo había sido mala y cometido pecados, pero siempre sin querer. Y cuando sí que quería, mi "Nuevo Amigo" me lo había impedido.

Ciertamente, sor Irene nos habló de la Cuaresma, aunque no entendí nada de este santo tiempo y nada retuve; sólo me centré en la "Semana Santa". La esperaba con ansia "para poder ayudar a Jesús y no dejarle sufrir tanto". Así pensaba en mi sencillez de niña.

Llegó la "Semana Santa". Fui a la Santa Misa con el colegio y nos dieron las palmas bendecidas. Durante toda la Santa Misa, estuve pensando cuál sería la mejor manera para impedir que Jesús sufriese tanto.

Yo quería de forma muy particular a mi hermana Dilza. Cuando llegamos a casa, la llevé junto a la gran cómoda, sobre la que continuaban el Crucifijo y la benditera, y con la confianza especial que tenía con ella, le dije: "¿Hermanita, tú quieres también ayudar a Jesús en Semana Santa?" Y ella respondió: "Yo ya sé lo que voy a hacer y lo que le voy a decir a Jesús el Viernes Santo".

El lunes, mi hermanita salió y volvió con una pieza de crespón, explicándome que, en aquella Semana, todos los Santos y Nuestra Señora estaban tristes, de luto, y por eso se daba vuelta a los cuadros y se cubrían con crespón. Y así lo hizo ella. Todos los cuadros fueron envueltos en crespón, también el Crucifijo y la benditera.

Y mi alma de niña sufría, en aquella semana, una gran pena por el buen Jesús y su Santa Madre. El jueves hicimos en el colegio la Santa Comunión Pascual. Después de esta Comunión fue cuando hallé lo que debía hacer para que Jesús no sufriese tanto. Ya sabía lo que le iba a decir a Jesús el viernes, a las 3 de la tarde, junto con mi hermana Dilza.

Volvimos a casa. Por la noche no pude dormir, tanta era la pena que sentía por el Salvador. El cuadro que nos había enseñado sor Irene, representando a Jesús en la agonía del huerto de los olivos, lo tenía ahora en mi alma. Tenía a Jesús en mi corazón, sentía sufrir sus angustias de muerte. Lo apretaba contra mi pecho y, en el ansia que sentía de ayudarlo, en mi impotencia, no quise esperar al día siguiente, el Viernes Santo a las 3. Me levanté a oscuras. A tientas me dirigí a la cómoda grande, pues sabía que allá descansaba Jesús, o mejor, se estaba preparando para sufrir. Cada vez que me paraba ponía las manos en el corazón. Le dije a Jesús secretamente, con mis expresiones de niña:

"Pobre Jesús, qué pena tengo del Señor. Yo no quiero dejar que los pecados le produzcan tanto dolor. Quédate muy escondido en mi corazón. Los hombres malos no saben que el Señor está conmigo y yo no se lo voy a decir a nadie. Pero además es preciso que los hombres malos no cometan pecados y yo pido a Jesús que me deje tomar todos los pecados de los hombres y esconderlos también dentro de mí".

Es que sor Irene había explicado que Jesús sufría los pecados del mundo y también los de cada uno de nosotros. En mi inteligencia de 8 años concebí que podía aliviar a Jesús, quitándole los pecados y escondiéndolos en mí. Seguro que consolé un poquitín a mi Divino Salvador en aquella noche de angustia con mi buena intención. Recuerdo que me convencí de que Jesús iba a hacer eso y, en paz y con mucho consuelo,

volví a la cama y me dormí con la convicción de que Jesús sufriría menos.

Al día siguiente, Viernes Santo, fuimos a la iglesia. Mi gran preocupación era esconder a Jesús y a los pecados.

En casa, poco antes de las 3 de la tarde, mi hermana Dilza me llamó y me dijo: "¿Ya sabes lo que vas a pedirle a Jesús a las 3?"

No le dije a mi hermana lo que había hecho el jueves por la noche, porque quería repetir lo mismo a las 3. Esperamos mi hermana y yo, junto a la cómoda grande, a que el reloj anunciara la gran Hora Santa.

-No sé explicar lo que experimentó mi alma en aquel momento. Tenía y sentía de forma viva la Presencia Divina en mi corazón y con dolor temía que si Jesús moría en mí, lo perdería hasta el Domingo de Resurrección. Y como en un arranque de dolor exclamé: "Buen Jesús, dentro de mí no debéis morir, ni por tres días". Es que ya no podía estar sin la presencia de Jesús y de mi "Nuevo Amigo". A las 3 repetí lo que había hecho la víspera por la noche. Y, ¡qué alegría!, Jesús no murió en mi corazón y quería esconderse en él y esconder también los pecados.

Momentos después, mi hermanita Dilza me dijo sollozando: "Le he dicho a Jesús que prefería morir antes de la próxima Semana Santa que cometer un pecado queriendo". Y sólo ahora reconozco, entre lágrimas de emoción, que el buen "Jesús Moribundo" le concedió a mi hermanita la gracia que le había pedido. Dilza no llegó a la Semana Santa siguiente. Falleció antes de un año, el 14 de Enero de 1909, un jueves, cuando el mismo reloj estaba para dar las 3 de la tarde, y en aquel mismo lugar donde le pidió a Jesús esta gran gracia junto a la cómoda que tenía el santo Crucifijo y la benditera, pues, tres días antes de su muerte, el médico ordenó un cambio de

cuarto y de cama.

Buen Jesús, perdonadme si nunca Os he agradecido esta gracia que concedisteis a mi hermanita. Sólo ahora, recordando este hecho, me doy cuenta de todo. ¡Dios mío, cuánto Os debo! Jesús mío, perdona mi ingratitud.

Capítulo 29
El camarón

Para realzar más la Misericordia Divina con su criaturita y exaltar la fidelidad y los cuidados de mi "Nuevo Amigo", voy a contar algunos casos que mostrarán, bien a las claras, como fui y soy de inteligencia apocada, casi nada, o lo que es igual, nada inteligente. El buen Dios y mi "Nuevo Amigo" podrían haberme deparado también su ayuda en estos casos, pero no lo hicieron, permitiendo que yo misma actuase con mi limitadísimo raciocinio, para que yo, al menos hoy, reconozca que todo, todo se lo debo a mi Dios.

Cierta tarde, jugaba yo en la calle con I., que era d
años mayor yo. Corría el año 1910. Tenía yo, por tanto, 10 años. Ya no vivíamos frente al asilo. Saltando a la cuerda, llegamos a la esquina de la casa de I. Y allí nos paramos.

Venía de la esquina opuesta un chico de unos 14 ó 15 años, de esos pobres chicos a los que el pueblo llama "golfillos", que tenía que pasar por la esquina en que estábamos. Lo conocíamos de vista, porque todos los días pasaba por nuestra casa; era un repartidor de carnes. I. me dijo: "Mira a ese muchacho; si la gente le llama "camarón", él se convierte en camarón; si la gente le llama "caimán", él se convierte en caimán". El muchacho pasó junto a nosotras, pero tenía que volver de la pensión con las carnes. Le pregunté entonces a

I.: "¿Pero él se vuelve después otra vez muchacho?" "Así es", dijo I., porque otros le llaman "muchacho" a cualquier hora. "Cuando ahora vuelva a pasar junto a nosotras, tú le llamas 'camarón', 'caimán', y verás". Le respondí: "No, sólo le llamaré 'cae-marón', que es un bichito pequeño; 'caimán' no le digo, es un bicho peligroso, enorme, tendría miedo, y además le tiene que costar más cambiarse después". "¿El pobrecito no sufre con ese cambio?", le pregunté a I. "Nada, a él no le importa", contestó.

Esperamos. Momentos después, volvía el chaval. Entonces I. dijo: "Yo me quedo aquí en la puerta de casa, y tú vas a esperarlo ahí, en la esquina; tiene que ser así, porque si no, no se cambia".

Y yo, con gran expectación por ver a un niño transformarse en un bichito, me fui allá. Cuando el mozalbete pasó junto a mí, le dije: "Camarón". Pero mi decepción fue enorme, al ver que el muchacho, en vez de transformarse en un camarón, me respondió enfadado: "Ésta tú me la pagas y bien pagada". I. se había escondido detrás de la puerta del corredor de entrada y se reía a más no poder. No entendí por qué se reía. Y es que ella sabía que el muchacho se enfadaba cuando le llamaban así.

Pasaron algunos días. Una tarde iba sola al colegio, cuando, a mitad de la manzana, reconozco al muchacho y él a mí, porque me dijo: "Ahora vas a ver quién es camarón", y me dio un puñetazo en el brazo y salió corriendo. Yo era muy melindrosa y, en vez de ir al colegio, me volví a casa llorando y le conté el caso a mamá y por qué me había pegado el muchacho. Mamá se enfadó, no conmigo, sino con el muchacho, diciendo: "Él podía haber venido a quejarse a mí, pero no te podía pegar. Esto no queda así".

Pasaron algunos días, no sé cuántos. Entonces éramos vecinas del comandante del Regimiento y todos los jueves

había retreta frente a su casa. Allá estaba el chaval sentado en el borde la acera, con otros chicos, oyendo la música. Mamá mandó a Abelino a buscarlo y, ya en casa, en el mismo corredor, recibió una zurra con la suela de la zapatilla. Él lloraba muy fuerte; yo estaba en la galería y Acacia me dijo: "Es el muchacho, que está recibiendo por haberte pegado". Iba a decir: "¡Bien hecho!", pero he aquí que mi "Nuevo Amigo" me lo impidió. Busqué luego su santo rostro y estaba triste. Una pena grande, muy grande, por el muchachito me invadió el alma. Corrí al corredor para impedir que le diera más, pero Abelino ya le había mandado marcharse.

Volví a la galería con el alma inundada de tanta pena que no pude contener las lágrimas. Acacia ya no estaba en la galería y pude llorar mucho tiempo, de pena y de arrepentimiento. Pedí perdón al buen Jesús y a mi "Nuevo Amigo", reconociendo mi culpa: "El muchacho recibió porque le conté a mamá que él me había pegado. Pero él sólo me había dado un puñetazo que no me dolió, y Abelino tiene fuerza y, con seguridad, que le ha dolido mucho".

Me entró el deseo de confesar aquel pecado, en aquel mismo instante, pero era jueves y hasta el sábado no podía. Nuevo dolor para mi alma. ¡Ah! ¡Y si fuese ahora mismo al Padre Godofredo, al Liceo!... Se me presentaron muchas dificultades: era tarde; no tardarían en encenderse las luces. Acacia estaba en la cocina y Concepción estaba poniendo la mesa. Pensé en irme sola, en escapar. Miré a mi "Nuevo Amigo" y ¡oh, qué gran e inesperada alegría! ¡Su santo rostro ya no estaba triste! ¡El buen Jesús ya me había perdonado y mi "Nuevo amigo" también! El sábado le confesaría todo al Padre Godofredo.

Aunque la paz volvió a mi alma, permanecieron en ella una gran pena y un gran arrepentimiento. Si apareciera por allí el

muchacho, le había de dar mil pruebas de cariño. ¡Ah, en el "Arca de Noé" no había más que una sola "platita"! Compraría cigarrillos de chocolate y al día siguiente, esperaría al muchacho. Y en aquel mismo instante corrí a la confitería y volví con diez cigarrillos recubiertos con papel de aluminio dorado.

Al día siguiente, aguardé con mucha impaciencia el paso del chico; pero no pasó. Y un día más y otro, y pasó mucho tiempo, y el pobrecillo no volvió. Con seguridad que tenía miedo de pasar por nuestra casa. A mi pensamiento de niña se le ocurrían mil motivos, pero no ése. Y hasta pensaba que Abelino la había pegado demasiado y el pobrecito estaría enfermo y bien podría haber muerto. Este pensamiento me aterrorizaba y me entristecía. Pasado algo más de tiempo, estaba yo en la calle, cuando vi al chaval atravesar la calzada. Sin más preámbulos, corro hacia él y le digo: "Tengo una cosa para ti, espera que te la traigo. Me diste mucha pena cuando Abelino te pegó". El muchacho me miraba como ido, pero no le importó esperarme. Ya no tenía los cigarrillos, pero tenía algunas "platitas" en el "Arca de Noé". Las cogí y corrí a la calle, con el temor de que el muchacho se hubiese ido. Pero estaba allí, sí. Le di todo, las moneditas y el "Arca de Noé". Él se quedó muy contento y se fue agitando el Arca. En cuanto a mí, sintiendo la más dulce paz en el corazón, me quedé en la esquina con mi "Nuevo Amigo", mirando al muchacho hasta que desapareció.

CAPÍTULO 30
El autovelocípedo

En 1910, papá fue trasladado a la Colonia Militar del Alto

Uruguay, sin embargo, nosotros nos quedamos en Jaguarao con mamá. Tal separación fue para mí muy dolorosa. El año anterior, la muerte me había separado de mi pobre Dilza, y ahora, aunque no tan fatalmente, debía separarme de papá, a quien quería por encima de todo, después de Jesús, de su Madre Santísima y de mi "Nuevo amigo".

Fuimos al embarque de papá. Entramos en el vapor. Cuando dio la primera señal de partida, el dolor que sentí por la separación de mi padre fue tan vivo que me pareció que no podría sobrevivir. Me abracé al cuello de papá, llorando convulsamente. Y cuando en ese angustioso momento sonó el segundo pitido del vapor, hubiera fallecido ciertamente de dolor si no hubiese sentido la santa mano de mi "Nuevo Amigo" separándome suavemente de papá. Lo hice sin resistencia; mis lágrimas cesaron como por encanto, miré a papá y a mi "Nuevo Amigo", y Éste con su dulcísima voz me susurró, no al oído sino al corazón, al alma: "El buen Jesús lo quiere así".

Si en aquel momento hubiera dependido de mí el que papá se quedase conmigo, por nada de este mundo le hubiera hecho quedarse. Quería más, mucho más al buen Jesús y a mi "Nuevo Amigo" que lo que quería a papá. Y sin ninguna lágrima más, ya en el muelle, después de que el vapor diera el último pitido y soltaran las amarras, agitaba mi pañuelo hacia mi querido papá, cuya separación, minutos antes, me había parecido imposible.

Después de un tiempo, papá obtuvo un permiso para disfrutarlo en Jaguarao. En aquella ocasión me trajo un lindo autovelocípedo, lo que fue para mí una cosa más que extraordinaria.

Todos los días, después de regresar del colegio y de haber hecho la tarea, allí estaba yo con mis paseos "en auto", del

principio al fin de la manzana, aunque la calle era de losas y no se prestaba a que el "auto" se deslizara suavemente: las losas, en muchas partes estaban partidas y le dificultaban la marcha.

Un domingo vino a verme, Z. con su 'silla velocípedo', diciéndome: "Vamos a pasear a la plaza; allá está mejor, las calles están más igualadas, son más largas y de mosaico".

Los domingos y los jueves por la tarde se reunía mucha gente en la plaza; a esa reunión la llamaban "footing". La banda de música tocaba en un tablado levantado en el centro de la plaza, y era aquello un ir y venir de mozas, mozos, señoras y niños que paseaban alrededor de la plaza, mientras en el centro de la misma estaban agrupadas las mesitas del "bar" y del "quiosco". En el carrusel revoloteaban bandadas de niños.

Mamá nos dio permiso y Acacia fue con nosotras. Era la primera vez que yo iba al "footing". Mi auto se deslizaba ligero, suave y sin acelerones ni frenazos. Volví de allá encantada, después de haber quedado con Z. que volveríamos a la plaza todos los domingos. Dicho y hecho. Dos o tres domingos después, había un verdadero "desfile", una "carrera" de velocípedos alrededor de la gran plaza ajardinada.

Ya desde 1909 el Canónigo Godofredo Evers se había convertido en el confesor de las niñas de nuestro colegio. Era uno de los catedráticos del Liceo del Espíritu Santo. El Liceo quedaba frente a la plaza.

Un sábado, en la confesión, el Padre Godofredo me había dicho: "No me gusta que los domingos Cecy vaya a pasear a la plaza, ¿lo entiendes?"

Lo había entendido perfectamente, pero durante la semana olvidaba que al Señor Padre le disgustaba que fuera a la plaza y, llegado el domingo, allá estaba yo en el sitio que más me gustaba, pues ahora no tenía mayor placer que el de pasear allá

en el "auto". Ese domingo, sin embargo, vi que, apartado un tanto del balcón y semioculto por un repostero granate, pendiente de la ventana, estaba sentado el padre Godofredo, quien también me reconoció, pues me hizo una señal con el dedo.

Al sábado siguiente, el Señor Padre volvió a hablarme de mi paseo en la plaza. Pero, al llegar el domingo, cuando Z. y otras niñas vinieron a buscarme con sus velocípedos, ya no me acordaba del disgusto del Padre. Es que hasta entonces mi "Nuevo Amigo" no se había opuesto, y yo me iba allá, lo que era para mí la alegría completa.

Allá estaba yo dando vueltas. Y allá estaba el Padre Godofredo, en el mismo lugar leyendo o rezando con un libro, pero observándome, pues cada vez que pasaba por allá, me estaba mirando. En mi felicidad, le sonreía y no me venía a la mente su disgusto.

En un momento dado, se produjo una algazara al pie de la estatua de la Libertad, que está levantada en el centro de la plaza. Todos corrían hacia allá. No vi a Acacia, que estaba en el lado opuesto, pues siempre nos separábamos de ella. El grupo de velocípedos se detuvo y decíamos: "Vamos a ver qué es". Algunas ya corrían por el centro de la plaza, en dirección a la estatua.

También yo hice amago de bajar del "auto" y correr hacia allá. Sin embargo, no conseguí dar un solo paso. Una vez más, la santa mano de mi "Nuevo Amigo" estaba sobre mi hombro, deteniéndome, suave, pero inamoviblemente. Mis ojos buscaron su santo rostro y volví la cabeza hacia la derecha. Todo en un movimiento rápido. Estaba frente a frente de la puerta del Liceo. Al mismo tiempo que percibí su santo rostro, triste, vi al P. Godofredo que, descendiendo la gran escalera del corredor de la entrada a grandes pasos, como corriendo, y

atravesando la calle a grandes zancadas, se dirigía hacia mí.

No comprendí nada de todo aquello. Me había quedado sola, inmóvil en mi estupefacción. El Padre Godofredo, con un tono benevolente y al mismo tiempo severo, me dijo: "Vete para casa ya, ya, y no vuelvas más por aquí; el buen Jesús va a estar triste". Y fue en este momento cuando me vino al pensamiento que no había sido un simple deseo del Señor Padre, sino una orden dada por el buen Jesús, a la que no había obedecido.

Un dolor de arrepentimiento grande y sincero inundó mi alma de niña y sollozando le dije al santo sacerdote: "Padre, no sé dónde está Acacia y no sé ir sola. Me llevará Usted, ¿verdad?" Y aquella gran alma de Apóstol, venciendo tal vez todos los respetos humanos, me tomó con una mano, con la otra tomó el "auto" y me llevó a casa; al llegar a la esquina, me dijo: "Vete ahora desde aquí, con la bendición del buen Jesús y los cuidados de tu Ángel de la Guarda". "Muchas gracias -le respondí-, nunca más voy a ser desobediente".

Había andado sólo unos pasos, cuando oí la voz de Acacia que me llamaba. La esperé y le dije inmediatamente, con toda naturalidad: "Me quise venir a casa y, como no te veía, le pedí al Padre Godofredo que me trajese". Me quedé admirada ante la estupefacción de Acacia, que abriendo mucho los ojos, exclamó con viveza: "¡Pero qué chiquilla más poco respetuosa! ¿Te crees tú que el 'señor' Padre es tu criado?" Esta observación provocó en mí aún mayor arrepentimiento por mi desobediencia. Acacia le contó el caso a mamá y mamá se lo contó a papá.

Al día siguiente, papá le escribió una carta al Padre Godofredo y yo misma fui a llevársela con Acacia. Me acuerdo que en las noches anteriores al domingo siguiente lloré de arrepentimiento en la cama, por haber entristecido al buen

Jesús y [illegible] Amigo", aunque éste ya no tenía su santo rostro triste; y tal bondad me conmovía todavía más. El sábado confesé al Señor Padre mi desobediencia, prometiéndole que nunca más iría al "footing" a la plaza. Gracias a Dios cumplí fielmente mi promesa. Al domingo siguiente, a la misma hora del "footing", en vez de ir a la plaza, el "auto" se quedó en casa y yo, por indicación del Señor Padre, me fui a la Parroquia a rezar en el altar de Nuestra Señora mi Rosario por todos los niños de Jaguarao.

Capítulo 31
Madrina

Estábamos en 1911. Por primera vez iba a ser madrina. Mi ahijadita era hija de nuestra lavandera; se llamaba Isabel y era una mulatita de 5 años, más o menos. Iba a recibir la Confirmación en la próxima visita del Señor Obispo, el mismo que me había confirmado a mí. Aquel hecho me llenó de tanta alegría que estaba esperando ansiosa el día del santo acto. Me sentía en una completa felicidad y ya me había concienciado seriamente de la misión que iba asumir.

A la hora señalada me fui con la ahijadita a la Parroquia. Sabía muy bien ir sola, Acacia no podía acompañarme. Padre Domingo, el vicario, iba a darme las instrucciones. Llevaba en una bolsita la limosna indicada, que eran 3.000 reales. En el camino hacia la Parroquia todo fue sin novedad: madrina y ahijada, radiantes.

Cuando avistamos la Parroquia, ya se observaba una gran aglomeración de gente. Me alegré; el Señor Obispo estaba ya allá. Pero no le sucedió lo mismo a Isabelita. Al comunicarle la noticia, pensando que le alegraría mucho, la pequeña montó una verdadera tormenta de lloros, acompañados de fuertes

gritos. Tenía miedo del Señor Obispo. Yo le hacía mil promesas, la aupaba alzándola en brazos, y ella lloraba y gritaba cada vez más. Le decía que el Señor Obispo era un santo, que era bueno, que le gustaban los niños... No pude conseguir nada. Y cuanto más nos acercábamos a la Parroquia, más lloraba.

Allí se terminó toda mi alegría. "Pues bien -le dije- ya no vamos al Señor Obispo, yo misma te puedo confirmar, 'en caso de necesidad', de la misma forma que bauticé al 'señor' Cipriano". Ésta era una idea falsa que había concebido en mi cabecita de 11 años. Creía que el Sacramento de la Confirmación tenía las mismas normas que el Santo Bautismo. Seguro que Nuestro Señor no llevó a mal la ignorancia de su pequeña amiga, que pretendió hacer las veces del Señor Obispo.

Me senté con Isabel en uno de los bancos públicos que rodeaban la plaza de la Parroquia y comencé a enseñarle algunas "nociones" del santo acto. Seguro que mi "Nuevo Amigo" no permitió que le dijese alguna herejía a aquella almita. Él estaba allí y no tenía triste su santo rostro, ya lo había mirado más de una vez. Tres o cuatro veces invité a Isabelita a ir al Señor Obispo, pero en cuanto hacía mención de levantarme, ella recomenzaba su escandalosa llorera. Esperé mucho, mucho rato, hasta que se fueron el Señor Obispo y todos. Entonces Isabelita ya no se opuso.

Fuimos a la iglesia que ya estaba vacía. Me dirigí al altar de Nuestra Señora, cuya imagen tanto hablaba a mi corazón. Era una hermosa imagen de tamaño natural, que representaba la Inmaculada Concepción. Allí, con Isabelita, recé el Acto de Contrición, después de que le prometió a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que nunca más cometería ningún pecado y después de pedirle perdón por los que ya había cometido. La

pequeñita repetía dócilmente todo lo que yo le decía, con las manitas juntas.

Después nos fuimos del altar y nos dirigimos al Baptisterio, que quedaba a la derecha, pero en la gran piscina de mármol no había agua bendita. Fui entonces a la pila de la puerta de entrada, con el corazón latiendo por la gran emoción que me embargaba en aquel momento. Me arrodillé con la pequeñita y más de una vez recé con ella el Acto de Contrición y todas las oraciones que sabía de memoria. Me levanto. Meto la mano en la pila, para sacar bastante agua bendita y, arrodillándome nuevamente, trazo una cruz en la cabeza de la pequeña, diciendo al mismo tiempo: "Yo te confirmo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén".

Exulté. En mi fe de niña, contemplaba a la pequeña y la hallaba más bonita. Me imaginaba, o mejor, veía con los ojos de la fe su alma sin ninguna mancha. Y le dije, con la más íntima alegría, comparándola conmigo: "Tu alma ahora está blanca, muy blanca, como estaba la mía el día de mi Primera Comunión".

No sé por qué, pero la convicción real que tuve de la blancura de mi alma el día de mi Primera Comunión, permaneció viva en mí durante toda mi vida. Solo ahora, desde 1935, ha desaparecido de mí lo que constituía mis delicias. Es que tenía dentro de mí la Blancura Incomparable: mi Dios. Y desde ese momento, se escondió Jesús; ahora tengo "la real y dolorosísima convicción de un alma horrible, oscura, en las densas tinieblas del pecado".

Pero tengo que seguir. Confirmada Isabel, según creía yo, la llevé al primer banco para enseñarle la "Santa Casita" donde estaba Jesús. El Santo Tabernáculo. Salimos de la iglesia. Recordé que tenía en la bolsita 3.000 reales que no habían sido necesarios. Podía comprar bombones para mi ahijada. Fuimos

a la confitería y los 3.000 reales se transformaron en una bonita caja de bombones. Y se la entregué, feliz, a mi ahijadita.

Nos dirigimos a casa. No había caminado una manzana cuando de repente me viene un pensamiento: "¡Pero yo he comprado los bombones con el 'dinero santo'!" (así llamaba a todo el dinero destinado para la iglesia y para los pobres); tenía que haber dejado el dinero allá, en el cepillo que está a la puerta de la iglesia". Me invadió el alma una gran inquietud. Y ahora, ¿qué hacer? ¿Llevar otra vez la caja de bombones al "señor" Carvallo y pedirle que me la descambiara? Le daría otros 3.000 reales a Isabelita. Pero recordé que no tenía ni una "platita".

¡Y ahí estaba yo con una gran perplejidad! Con mi apocada inteligencia, entendía que debía al cepillo de la iglesia el mismo dinero que papá me había dado para el Señor Obispo. Finalmente decidí resueltamente ir a la confitería. Le expuse el caso al "señor" Carvallo, con toda sinceridad, y rodándome las lágrimas. Pero qué grande fue mi sorpresa, cuando veo al "señor" Carvallo reírse a todo reír y, tomando la caja que le entregaba, me la devolvió diciendo: "El 'señor' Carvallo te regala los bombones".

Y, dirigiéndose a la caja, me trajo el mismo dinero que le había entregado. Le di las gracias, radiante, al buen confitero y corrí feliz con Isabelita a la iglesia, a dejar el dinero en el cepillo. Experimenté una gran felicidad y consuelo. Creo que este hecho me aprovechó para el resto de la vida en este mundo. Jamás, desde aquel día en adelante, dispuse de un importe, por mínimo que fuese, sin preguntar primero sobre su procedencia y su destino. Más tarde, Isabel fue confirmada "de nuevo" por el Señor Obispo, y seguí siendo su verdadera madrina.

Capítulo 32
La manada de gansos

Estábamos aún en 1911. Papá estaba de permiso en Jaguarao y me había traído un lindo juguete: una campesina, que llevaba delante una manada de gansos. Cuando se tiraba del carro, la campesina movía los brazos y los gansos, las alas. Me gustó mucho aquel juguete. Acacia me dio un ovillo de cordel fino. Lo até al carrito, y dejándolo en un extremo de la manzana de nuestra casa, desenrollaba el ovillo entero, hasta la otra esquina. Allí enrollaba el ovillo y el carrito venía solo, sin que yo me moviera. Esto me entretenía mucho y todas las tardes se me podía encontrar en la calle con aquella diversión.

Una tarde observé que cada vez que pasaba de una esquina a la otra me seguía un negrito medio desarrapado, de unos 7 u 8 años que, con mucho interés, seguía mi juguete y que, cada vez que el carrito se volcaba en el camino, él corría a levantarlo. Comencé a sentir una especie de satisfacción al ver que "mi bonito carrito" le causaba tanta admiración al negrito. Dos o tres tardes después, el pequeño, como de costumbre, estaba allá para observarme y para acompañarme. Sin embargo, esta vez me ofreció una naranja diciendo: "¿La señora quiere cambiar el carrito por esta naranja?"

Semejante propuesta me sorprendió de veras y le respondí, "un tanto orgullosa": "Mi carrito vale más que un saco de esas naranjas, y yo tengo todas las que quiero". El negrito no replicó. Sin embargo, justo acababa yo de pronunciar tales palabras y ya tenía la santa mano de mi "Nuevo Amigo" sobre mi cabeza. Me quería advertir de algo. Escuché su voz hablándome al alma. Lo oí perpleja: debía darle mi carrito al negrito desarrapado, el lindo carrito que papá me había

por el pensamiento: "No se lo puedo dar, me lo dio papá", pero también, como un relámpago, le sucedió otro pensamiento: "El buen Jesús quiere que yo se lo dé". Miré hacia mi "Nuevo Amigo". Su santo rostro no estaba triste, más bien serio, como esperando mi decisión.

Resueltamente me dirigí al negrito que estaba, con la naranja en la mano, como extasiado con el carrito, y le digo: "Te doy el carrito para ti". Y enrollando con prisa el cordel, tiré del carrito y se lo entregué al negrito. Éste permaneció un instante indeciso, como dudando si realmente se lo quería dar. Por fin le convencí y él lo tomó. Miré a mi "Nuevo Amigo". Su santo rostro ya no estaba "serio", sino con aquella "dulzura" que me hacía tan feliz, pues esa "dulzura" me decía que Jesús estaba satisfecho con su amiguita.

No hubiera sabido decir cuál de los dos, el negrito o yo, era más feliz en aquel momento. Pero cuando escribo esto reconozco que yo era más feliz, incomparablemente más feliz.

En aquel momento, mi "Nuevo Amigo" me había hecho reconocer que había sido dura con el pobrecito. Lloré mi pecado, me confesé el sábado y, por consejo del Padre Godofredo, el domingo le llevé al Padre Domingo el juguete que más me gustaba para los niños pobres del "Catecismo". El Padre Godofredo me había dicho: los juguetes viejos. Y cuando los estaba colocando en una caja vacía de cartón, escogiendo las muñequitas sin brazo o sin pierna, las tacitas rajadas o sin asa, el gallito que ya no pitaba, la pelota que no botaba, más de una vez mi "Nuevo Amigo" me puso su santa mano sobre la cabeza. Me detuve. Escuché su voz suavísima: "¡El lindo servicio de té, de 12 piezas, que el Coronel Ferreira me había traído de Río!" Y entonces, dejé en mi casa la caja con los juguetes viejos y, sin haber jugado con

ella ni una sola vez, le llevé al Padre Domingo la bonita caja roja, con la tapa llena de figuras. Y es que la "dulzura" del santo rostro de mi "Nuevo Amigo" era para mi alma de niña más preciosa que los mejores juguetes del mundo.

CAPÍTULO 33
Pequeños sacrificios para ser admitida en la Congregación Mariana

Cierto sábado, al comienzo del año lectivo de 1912, el Padre Godofredo, que era el Director de la Congregación Mariana, me dijo en la confesión que él deseaba mucho que aquel año yo recibiese la primera Medalla de la Congregación, pero que había un impedimento: la edad insuficiente o, al menos, la falta de la necesaria madurez intelectual. "Pero vamos a comenzar a rezar, desde hoy", dijo él, "y Cecy hará pequeños sacrificios por Nuestra Señora para que el 8 de diciembre alcance esta gran gracia".

Salí del confesonario radiante, como si ya en realidad hubiese recibido la linda medalla con la cintita azul. Pasaron algunos días y yo, "en aquella ilusión de realidad", no había comenzado a realizar los pequeños sacrificios para Nuestra Señora, tal como me lo había mandado el Señor Padre.

Por fin, caí en la cuenta. Respecto a lo que debía rezar, ya lo sabía; no había para mí mejor ni más poderosa oración, de todas las que sabía, que el santo Rosario, que jamás lo había dejado de rezar, ni un día siquiera, gracias a Nuestra Señora; hasta hoy todavía puedo decirlo. La dificultad estaba en los "pequeños sacrificios". No sabía qué sacrificio debía hacer que le agradase mucho a la Madre del Cielo. Ya había hecho

algunos, pero tenía la impresión de que no eran éstos los que quería Nuestra Señora.

Ahora es preciso que cuente algo: me gustaban mucho los dulces, los caramelos y, sobre todo, el chocolate. Con toda sinceridad: yo era una golosa. Acacia conocía mi "punto flaco" y, la pobre, en el momento que yo quería, me daba el gusto con una gran rebanada de pan con mermelada, con ponche y canela, con puñados de pasas, en fin, con lo que encontraba a mano. Y, a falta de dulces o de Acacia para dármelos, iba yo a la despensa, me hacía un buen cucurucho de papel y lo llenaba de terrones de azúcar, que sustituían perfectamente a los caramelos.

Una tarde había preparado un cucurucho de terrones, tomé el primero e intenté llevármelo a la boca. Allí estaba la santa mano de mi "Nuevo Amigo" que me lo impedía. Miré su santo rostro y lo encontré con aquella seriedad que yo tan bien conocía. Sin comprender, sin embargo, el fin por el que me lo impedía, vacié todo el contenido del cucurucho en la lata del azúcar. El santo rostro de mi "Nuevo Amigo" perdió inmediatamente la seriedad y le sucedió aquella incomparable "dulzura" que constituía toda mi felicidad, mis delicias. Sin embargo, no comprendí aún por qué me lo había impedido mi "Nuevo Amigo".

Pasó algún tiempo. Estaba yo en la galería, ocupada con mis deberes de clase, cuando aparece Acacia, trayendo un gran membrillo asado, para hacer mermelada. Me alegré muchísimo y, como de costumbre, le demostré a Acacia mi alegría abrazándome a su cuello. Acacia se fue de allí, dejando el platito con el membrillo sobre la mesa. Tomé la parte ya cortada y pinchada en un palillo, e intenté llevármela a la boca. Y allí estaba de nuevo mi "Nuevo Amigo" impidiéndolo. Miré su santo rostro: ¡serio! Entonces lo comprendí todo: "Me

gustan mucho, muchísimo los dulces y todo lo que es de azúcar. Tengo que privarme de ellos. Éste es el 'pequeño sacrificio' para Nuestra Señora, y 'sólo' esto es lo que la Madre del Cielo quiere, a cambio de la linda medallita con cinta azul".

Y, para no resultar pesada, sólo diré que, desde aquel día en adelante (mediados de marzo de 1912), hasta el 8 de diciembre del mismo año no probé el más mínimo terroncillo de azúcar, ni ninguna cosa dulce de cualquier clase. El Padre Godofredo me dijo: sólo debes tomar azúcar en el café. Y así fue. Además, sé que la Santísima Virgen aceptó el "pequeño sacrificio" de su hijita, pues le recompensó, el 8 de diciembre, con la medallita y la cinta azul.

Aquel día, el Padre Godofredo, dándome una estampa de Nuestra Señora, me dijo: "Hoy, sí, Cecy puede comer los dulces que quiera y ¡Nuestra Señora se alegrará mucho!". Después volví a casa. Y los días de fiesta, la fiel y buena Acacia no se olvidaba de sorprenderme con alguna "lambisquería", como decía ella. Así, en la galería, en el lugar donde estudiaba, hallaba un platito de ciruelas con coco. Con gran sorpresa mía, vi cómo la "golosa" Cecy había perdido por completo su feo defecto.

Y es a Vos, Santísima Virgen, y a vos, mi fidelísimo "Nuevo Amigo", a quienes todo lo debo. Amén.

Capítulo 34
El traje de baño. No quiero vestirme así

En las vacaciones de 1911 a 1912, papá, aconsejado por el médico, determinó mandarme en el mes de febrero a Santa Victoria del Palmar, para que tomara las aguas yodadas de los

baños de mar. Partí nada más terminar el curso, en la segunda quincena de diciembre. Debía hospedarme en casa de la familia N., amiga de mis padres, y cuyas hijas estaban internas en nuestro colegio de Jaguarao. Me costó mucho separarme de mi familia. Más de una vez, cuando mamá estaba haciendo mi maleta, ayudada por Acacia, las sorprendí llorando. Este hecho me hacía sentir más la separación. Papá me llevó al puerto, donde, con las dos niñas N., fui entregada al Coronel M. En casa, la cena de despedida fue muy dolorosa. El vapor saldría a las dos de la tarde, y, por la mañana, bien tempranito, Acacia me despertó para ir a la Santa Misa, en la que comulgué. Ahora ya no iría sola: Jesús y mi "Nuevo Amigo" me acompañarían. Ya mucho tiempo antes del viaje estaba recelosa, temiendo en mi infantilidad que mi "Nuevo Amigo", "por cualquier motivo", no pudiera acompañarme... Sin embargo, nada de eso sucedió. El Padre Godofredo me había dado una estampa del Santo Ángel de la Guarda en la que había escrito la linda oracioncita que yo sabía muy bien de memoria y que rezaba mañana y noche:

"Santo Ángel del Señor,
Mi celoso guardián,
Ya que a ti me confió la piedad divina,
Dirígeme, guárdame,
Gobiérname e ilumíname siempre. Amén".

El viaje transcurrió bien y amanecimos en Santa Victoria, donde, en el puerto, ya nos esperaba el matrimonio N. Extrañé muchísimo la falta de mis padres, de mis hermanos y de la buena Acacia, aunque aquella familia N. me rodeó de todo cariño, cuidado y dedicación. Antes de dos semanas caí enferma con fiebre alta y, si no hubiese tenido la presencia continua de mi Jesús y de mi "Nuevo Amigo", creo que no hubiera resistido la dura separación. Por fin me restablecí, pero

cuando la familia N. estaba en los preparativos para ir al mar, llegó la noticia de que la casa había sido incendiada. Entonces resolvieron ir a la gran Hacienda N.

La vida agradable y movida de la hacienda fue diluyendo, poco a poco, la especie de nostalgia que tenía en el alma, y por fin me sentí bien. En la hacienda había carreras, paseos a caballo o en break, y una tarde se formó gran algarabía por el baño en la "cascada" para el que vinieron a casa las familias vecinas.

Fuimos. Grupos a caballo, en tílburi y en coche break. Doña N. me llevó con ella en el tílburi. Yo iba radiante. Llegamos a la cascada, que para mí fue una "maravillosa novedad". Era un salto de agua, espumosa y cantarina que se deslizaba sobre unas piedras enormes, yendo a remansarse después en un lecho suave de arena. Habían preparado, en las orillas, tres o cuatro casetas, y de ellas, en poco tiempo salieron los grupos preparados para el baño.

Doña N. me llamó para que me pusiera el traje de baño. Corrí radiante. Sin embargo, antes de llegar a donde ella estaba, mi "Nuevo Amigo", agarrándome del brazo, y la presencia más viva de Nuestro Señor Jesucristo dentro de mi pequeño ser me detuvieron. Me hicieron comprender que no debía acompañar a aquel grupo. Parada en medio del camino, le dije entonces: "No, Doña N., no quiero vestirme así, ni bañarme. Me quedo esperando aquí". Doña N. mostró su desagrado. Recelosa y tímida, estaba indecisa entre obedecerle o no. Sin embargo, me sentía presa de la santa mano de mi "Nuevo Amigo". Entonces, resueltamente, respondí a sus insistentes llamadas: "Doña N., no quiero vestirme así, ni bañarme".

Los grupos, ya en bañador, se prepãraban para entrar en el agua. Mi "Nuevo Amigo" se puso en frente de mí y, durante todo el tiempo que los bañistas permanecieron en el agua y

después en la orilla, donde formaron un baile, tuve yo, por primera vez frente a mí una Sombra Santa y Benéfica, que supuse eran las Alas extendidas de mi "Nuevo Amigo". Y siempre, desde entonces, las "Santas Alas Protectoras" se extendían delante de mí, impidiéndome ver lo que ni Nuestro Señor ni Él querían que yo viese.

Capítulo 35
El cine "Punto Chic"

Ya en el año 1912, comenzó en Jaguarao una verdadera inundación de cines. Se abrían salones por todos los lados. Los domingos había "matinés" casi de hora en hora. Los propietarios de cines comenzaron a hacerse la competencia unos a otros y había hasta rivalidades. Finalmente se abrió un salón lujoso de la empresa Pinto y Hermano, que se llamaba "Punto Chic". El propietario, un gran capitalista, había mandado construir especialmente este salón, con butacas tapizadas, ventiladores eléctricos, salas de espera, etc., y con el mismo precio que los otros.

Las familias acudían, en tropel, a Punto Chic. En los domingos, las "matinés" eran exclusivamente para niños, y allá se distribuían, gratis, lindos saquitos de bombones. Además sorteaban un bonito premio: una gran muñeca, un par de patines, un diábolo de goma, etc. Esto atraía, puedo decir, en bloque, a la chiquillería de Jaguarao.

No sé decir si tal fiebre de cines dañaba la moral del pueblo. Sé que, un cierto domingo, se anunció la apertura de un nuevo salón, el de los Reverendos Padres Premonstratenses. El precio era menos de la mitad de los otros cines. Y entonces el pueblo se aglomeraba allí.

De todas las películas que vi en el "Salón de los Padres" (este era su nombre popular), en esa época de mi infancia, y más tarde en mi mocedad, recuerdo íntegramente, incluso hoy, su contenido y hasta su título: "La vida pública del Salvador", "El Hijo Pródigo", "El Milagro de la Virgen", "Tengo por techo el Cielo", etc.

Quizá no se proyecten ya películas como las que vi en el teatro o en los salones. La mayor parte de ellas (a excepción de los documentales sobre la naturaleza), no llegaba a verlos, porque las "Santas Alas" de mi "Nuevo Amigo" me impedían ver gran parte de ellas. Ya he contado anteriormente cómo en mis vacaciones en Santa Victoria mi nuevo amigo hizo esto por primera vez. La segunda vez fue en el cine "Punto Chic" y después continuó siempre, incluso en mi mocedad.

Voy a contar la segunda vez. Un domingo anunció "Punto Chic" una "velada" extraordinaria. Fuimos a aquella "velada" extraordinaria. Enorme concurrencia de familias. Comenzó la película, cuyo título era: "La celda número 13". Habían pasado dos o tres escenas cuando, en aquel momento, siento la santa mano de mi "Nuevo Amigo" sobre mi hombro y, como en el baño de la cascada, se extendieron sus Santas Alas delante de mí, ocultando totalmente a mis ojos las escenas que se proyectaban en la pantalla. Mi "Nuevo Amigo" permaneció así durante toda la proyección de la película, de modo que no vi nada de ella.

En otras ocasiones (quiero decir, en otras películas), sus Santas Alas se extendían un cierto espacio de tiempo. Después se cerraban y, entonces, yo podía ver la pantalla, aunque su santa mano sé mantenía sobre mi hombro, de modo que me ocupaba más de él (pues él constituía mis delicias y el recuerdo de que Jesús estaba satisfecho de su amiguita) que de lo que me rodeaba. Muchas y muchas veces, durante la proyección de una

película, sus Santas Alas se extendían por un tiempo rápido y luego me dejaban la vista libre.

Mi "Nuevo Amigo" no sólo procedía así en los cines. También lo hacía en los espectáculos (representaciones teatrales, etc.). Cuántas veces mamá me trataba de "estúpida", porque no sabía contar la película o la obra de teatro a la que había asistido. Y papá me decía: "Hija mía, debes describir lo que ves y contar lo que oyes". Sin embargo, nunca les dije que mi "Nuevo Amigo" me lo impedía.

Mi santo y fidelísimo "Nuevo Amigo", solamente hoy reconozco los innumerables peligros a que estuve expuesta en aquel mundo malo y de los que salí ilesa, únicamente por la gracia especial de Dios y por vuestra fidelísima guarda. Sed, Dios mío, glorificado eternamente en la flaqueza de Vuestra criatura. Y vos, mi "Nuevo Amigo", recibid el amor agradecido de vuestra pequeña hermana y amiga. Amén.

CAPÍTULO 36
Esposa de Jesús

En 1913 vino de Río el Teniente Coronel N., de unos cuarenta y tantos o cincuenta años de edad, soltero y poseedor de una gran fortuna. Este señor era amigo íntimo de papá, ya desde el tiempo de estudiantes. Por tanto, el Teniente Coronel se convirtió en frecuentador asiduo de nuestra casa, viniendo casi diariamente a conversar con papá, a su regreso del cuartel, pues nuestra casa quedaba a pocas manzanas del cuartel.

Uno o dos meses después de su llegada, (creo que no tanto) comenzó el teniente Coronel N. a mostrar particular preferencia por mi pequeña persona, colmándome frecuentemente de valiosos regalos.

Cierta vez, fui llamada a la sala por mamá. Estaba allá el Teniente Coronel y quería entregarme entonces el regalo que me había traído: una gran caja con un ajuar de novia completo, estilo imperio, que había mandado traer de Montevideo. Le alargué la mano en agradecimiento; él la besó y le dijo a papá: "Me gusta esta niña y quiero hacer de ella una señora". No comprendí en aquel momento lo que quería decir con aquello y me fui, muy complacida con el gran regalo, a enseñárselo a mi querida Acacia.

Algunos días después de nuevo fui llamada a la sala. El Teniente Coronel estaba allí con su uniforme de gala encarnado y azul. Mamá había ordenado a Acacia que me pusiese el traje imperio para que el Teniente Coronel viese lo bien que me quedaba. Francamente, debo decir que no me gustaba aquel traje que me daba aspecto de chica mayor: el vestido era más ceñido de lo que yo acostumbraba a usar y los finos botines de charol eran de "tacón militar", cosa que jamás había usado en mi vida. Yo andaba siempre con los cabellos sueltos, Acacia me los desenredaba con mucho cuidado todas las noches. Y ahora mamá había ordenado que Acacia me los recogiera atrás con una cinta.

Así transformada comparecí en la . Parece que al Teniente Coronel le agradó verme así. Entonces, abriendo una cajita de terciopelo azul, sacó una alianza con dos diamantes y me la colocó en el dedo, diciendo: "Todavía eres demasiado niña para una alianza de verdad". En aquel momento no entendí nada. Apenas sé que me alegré con el lindo anillito. Después, el Teniente Coronel continuó: "En breve irás a viajar por Europa. Por eso es preciso que estudies el italiano y el alemán (el francés ya lo estaba aprendiendo en el colegio) y también debes aprender piano". Algunos días después me trajeron una profesora de piano y un piano de alquiler, para estudiar; también me pusieron un profesor de italiano y, en el

colegio, inicié el estudio del alemán con mi querida Madre Rafaela.

Algunos días más tarde, una noche, papá me llamó a solas, muy serio, muy preocupado. Hallé a papá diferente de otros días. Papá se sentó y, acariciándome la cabeza, dijo: "Hija mía, papá tiene una noticia importante que comunicarte. Mi amigo N. quiere hacerte su esposa, cuando cumplas 15 años. Papá quiere que su hijita acepte esta propuesta, que le hará muy feliz. Conozco a mi amigo y tengo la certeza de que te hará muy feliz".

Entendí poco o casi nada de lo que papá me había dicho. Tenía 13 años y, hasta entonces, jamás se me había pasado por la cabeza que alguien quisiera tomarme por esposa. Ni siquiera sabía lo que era una esposa; justo sabía que mamá era esposa de papá. Y como no había entendido nada, le respondí a papá, como si fuera la más trivial de las cuestiones:

"Sí, papá". Y me fui sin volver a pensar en el asunto. Sin embargo el primer viernes de mes que siguió a la "audiencia" con papá fui como acostumbraba a la Santa Misa y a la Sagrada Comunión. Después de la Sagrada Comunión, en la que estaba embebida, siento, oigo, como acostumbraba, la voz de "Nuevo Amigo" (esta vez no era la suya, sino la de Nuestro Señor): "No serás una esposa de la tierra, sino la esposa de Jesús".

Desde entonces pensaba continuamente cómo podría esposa de Jesús (porque tampoco comprendía lo que era una esposa de Jesús). Sin embargo, desde ese día, permaneció en mí un deseo grande, muy grande de ser esposa de Jesús. Y claramente me di cuenta de que para ser esposa de Jesús no podría ser la esposa del Teniente Coronel, cuya presencia comencé a aborrecer. Me disgustaba sobremanera ponerme el anillito, que era una especie de alianza de noviazgo (cosa que

sólo comprendí más tarde), por lo que voy a contar: El domingo siguiente al primer viernes de mes al que ya me he referido, estaba preparándome para ir a pasear con unas amiguitas. Busco el anillo para ponérmelo, y cuando estaba intentando colocarlo en el dedo, mi "Nuevo Amigo" me lo impide, apartando suavemente la mano que tenía el anillo de la otra en la que lo iba a poner. Lo guardé inmediatamente, con la firme intención de no ponérmelo más.

Sin embargo, no tardó el Teniente Coronel en darse cuenta de que ya no me lo ponía, diciendo que deseaba que lo usara siempre. Mamá me mandó buscarlo y me dijo que no debía quitármelo del dedo. Fui a buscarlo, y en la sala me lo puse. Mi "Nuevo Amigo" no se opuso esta vez. Pero allí mismo, ante aquel señor que ya me desagradaba y ante papá y mamá, allí presentes, miré el santo rostro de mi "Nuevo Amigo" y reconocí su desagrado por el uso del anillo. Sentí una gran pena en el alma y por la noche, en la cama, entre sollozos, le pedí a mi "Nuevo Amigo" que me hiciera perder el anillo.

Pasó algún tiempo (muy poco) y llegó el invierno. Me salieron una gran cantidad de sabañones en las manos. Se me hincharon de tal modo que el dedo anular comenzó a quedarse rojo.

Debo añadir que ni antes, ni después de este acontecimiento, jamás he tenido sabañones en las manos. La hinchazón era tal que se volvió imposible girar el anillo en el dedo. Solamente donde se encontraban los dos diamantes se podía cortar con la lima, sin dañar el dedo. Así que fue menester romperlo del todo. Papá, entonces, limó el anillo, y como al limarlo junto a una de las piedritas se partió en dos partes, la compostura iba a ser muy imperfecta y papá no lo mandó arreglar.

Animada por el éxito del anillo, le pedí a mi "Nuevo

Amigo" que me librara también del Teniente Coronel.

En una salita contigua a la sala de visitas, tenía yo una casa de muñecas completa, en una estantería con varios aparadores. Una tarde, ordenaba los juguetes cuando, estando abierta la puerta que daba a la sala, no me apercibí de que el Teniente Coronel estaba en la sala y, viéndome allí, vino a verme jugar, colocándose detrás de mí, sin que yo me diera cuenta. En esto, se hizo oír, diciendo: "Esto ya no sienta bien a una novia. Debes ahora esmerarte en el estudio de las lenguas y del piano, porque dentro de dos años viajaremos a Europa". Me volví sorprendida. Mi "Nuevo Amigo" se aproximó más a mí, Lo sentí. Entonces le respondí al Teniente Coronel, ahora sin miedo de desagradar a papá y a mamá: "El señor debe saber que yo no quiero ser su esposa, ni tampoco me agrada estudiar italiano con el señor Padre, y todo esto se lo voy a pedir a papá". El Teniente Coronel, un tanto despechado, eso me parece, dijo: "No sabes lo que estás diciendo, eres todavía muy niña y a Cony no se le tendrá en cuenta". En este momento sentí que mi "Nuevo Amigo" me empujaba suavemente hacia la sala. Obedecí y dejé solo al Teniente Coronel.

Aquel mismo día fui a estar con papá, me abracé a su cuello sollozando y le dije que no quería ser la esposa del Teniente Coronel, ni estudiar italiano con el señor Padre. Papá, abrazándome, respondió: "Hija mía, no te obligo a eso, pero mira que, desistiendo de ser la esposa del Teniente Coronel, truncarás tu futuro y también el de tus hermanos. Pero si mi hija no quiere, mañana mismo hablaré con mi amigo". Encontré todavía bastante resistencia por parte del Teniente Coronel, lo que me hizo sufrir mucho. Pero, poco tiempo después, fue trasladado a Río y... me dejó en paz. Me alegré y no me olvidé de agradecérselo a mi "Nuevo Amigo". Sin embargo, continuaba todavía ignorando de qué manera podría ser esposa de Jesús. Pero, a su tiempo, lo supe.

Capítulo 37

Señorita, una limosna para la negra

Todavía en el año 1913. Teníamos en nuestro colegio, casi tradicionalmente, el "picnic" por la fiesta de la onomástica de nuestra Madre Rafaela el 24 de octubre; por lo general, se celebraba el día 25.

Ese paseo campestre era un encanto para todas las alumnas. Cada niña, tanto externa como interna, iba provista de la "indispensable cestita de fiambres". Este año de 1913 no me acompañaron mis hermanas: Dilza había fallecido hacía mucho tiempo (1909) y Gizelda había dejado ese año el colegio. Acacia había preparado mi cestita bien surtida con las cosas que más me gustaban y que ella conocía muy bien. A la hora fijada (era siempre después del mediodía), me fui hacia el colegio, con una alegría grande, muy grande.

Iba sola; en una de las manos la cestita, en la otra una bolsa de tela gruesa de lino, con manzanas y plátanos. Dos manzanas antes de llegar al colegio, en una de las esquinas por donde debía pasar, una mendiga, sentada al borde de la calle, extendiendo la mano me dijo: "Señorita, una limosna para la negra vieja, que hoy todavía no ha tomado el café". Casualmente tenía en el bolsillo del delantal la vuelta de las frutas que había ido a comprar al quiosco, con el dinero que mamá me había dado: eran 500 reales. Se los di a la viejita que los recibió con gran alegría, diciendo en su lenguaje sencillo: "Nuestro Señor le ayude".

Y me fui alegremente a mi paseo. No habría dado, tal vez, ni diez pasos, ——— me paro sorprendida: mi "Nuevo Amigo" me había tocado suavemente en el hombro con su santa mano. Busqué su santo rostro y estaba triste, no serio. En

el mismo instante me vino al pensamiento la viejita de la esquina. La busqué con la mirada y seguía allí. Me vino a la mente esta pregunta: "¿Cómo va a poder matar el hambre, hoy y mañana, sólo con 500 reales? Tengo que darle todo lo que tengo aquí para el paseo. Sólo así el santo rostro de mi 'Nuevo Amigo' dejará de estar triste".

Vuelvo hacia la viejita y, con una precipitación que no era en mí habitual, le vacío en el halda todo el contenido de la cestita y de la bolsa de tela, diciéndole: "Todo esto lo tenía yo para el paseo, pero se lo quiero dar a usted, que todavía no ha tomado café". No sé lo que me respondió la viejita; sólo noté, en una mirada, su gesto de estupefacción, porque eché a correr hacia el colegio, como si recelase no tener la fuerza necesaria para seguir fielmente lo que deseaba mi "Nuevo Amigo". Después de correr una manzana, ya en la esquina del colegio, me paro y busco el santo rostro de mi "Nuevo Amigo". Ya no estaba triste, sino con aquella "dulzura" que confirmaba que Nuestro Señor y él estaban contentos con su pequeña amiga. Abrí la cestita y puse en ella la bolsa de tela, también vacía. Y pensé: "¿Cómo puedo ir al colegio y al "picnic" con la cesta vacía?"

Hice mención de volver a casa para pedirle a la buena Acacia un nuevo surtido; con certeza, ella me lo daría. Quiero comenzar a correr, pero de nuevo la santa mano suavísima de mi "Nuevo Amigo" me lo impide. El no quiere que yo vuelva a casa, sino que vaya al colegio. Obedezco, aunque con gran indecisión: "¿Qué dirán las niñas al verme con la cestita vacía? ¡Se reirán de mí!" Este era el gran, el grandísimo miedo que afligía mi alma.

Pero la "dulzura" de su santo rostro todo lo disipó y entré al colegio tan alegre como si la cestita todavía estuviese llena de las cosas buenas que me gustaban.

El patio estaba ya lleno de niñas, todas llevando su respectiva cestita. Deseé entonces tener al menos un trozo de pan para que hiciera algún peso en la cestita, pues no tenía forma de llevarla; estaba tan leve que inmediatamente se veía que estaba vacía, cuando las cestas de las otras chicas casi no se podían cerrar. Pasé en el patio momentos penosos. Y pensaba: "¿Qué voy a hacer allá en el prado, cuando todas formen los grupos para la merienda?".

Salimos. Yo iba con mi grupo: E., M., I., L. y otras más. Durante el camino ellas iban diciendo lo que llevaban y yo, confundida, permanecía callada. Llegamos al prado y en poco tiempo también llegó la hora del "rancho". Los grupos se dispersaron por la gran extensión de la pradera. De pie, sin decidirme a juntarme con mi grupo, busqué el santo rostro de mi "Nuevo Amigo", como pidiéndole auxilio. Y la santa "dulzura" que tanto me deleitaba disipó nuevamente mi gran indecisión. (Comprendo ahora lo que entonces no veía: era el miedo de verme humillada por mis compañeras).

Me dirijo a mi grupo que ya me estaba llamando a gritos. Mi "Nuevo Amigo" lo quería así. Y ellas, con todas las cestitas abiertas, ya se estaban sirviendo. L. abre mi cestita y, ¡oh decepción, o mejor, sorpresa para ellas y vergüenza para mí!, la cestita estaba vacía, ¡sólo con la bolsa de tela dentro! Una carcajada unísona resonó por la planicie. En cuanto a mí, no podía retener los sollozos y las lágrimas. Quería pedirles que no se riesen de mí. Mil preguntas me llovían de todos los lados, acompañadas de chistes picantes. "¿Has escondido en un agujero tus cosas, por miedo a que te pidiésemos?", Dijo L. "Ya se lo ha comido todo -dijo otra-, y ahora quiere servirse de lo que nosotras tenemos". "Bien divertido me ha parecido su gesto con la cesta vacía, en el colegio". "¿Entonces, no tenías nada en casa para traer?"

No aguanté más. Iba a ir a contárselo todo a la Madre Rafaela. Se acercaban a mí más niñas. Pero, he aquí, que la santa mano de mi "Nuevo Amigo" me impedía andar y hablar. ¡Ah! ¡Cómo deseaba, al menos, apartarme de allí e ir a otro grupo! Con todo, mi "Nuevo Amigo" no lo quería. Debía quedarme allí.

Me senté otra vez con ellas, violentándome de veras. L. me ofreció una rebanada grande de dulce de guayaba y encima una loncha de queso del reino. Como un relámpago me pasó por la mente este pensamiento: "No, no aceptaré nada, no necesito tus cosas". Con todo, el pensamiento fue tan rápido que no articulé ni una palabra, pues una vez más se posó sobre mí la santa mano, que tanto conocía. Comprendí: "Debo aceptar. Mi 'Nuevo Amigo' lo quiere". Y entrando en lucha la voluntad y el amor propio, venció la primera. Acepté lo que L. me ofrecía. Acepté lo que las otras me ofrecieron. Y en cada bocado que me llevaba a la boca no sentía la dulzura de aquellas cosas, que me repugnaban al paladar a causa de la violencia que me estaba haciendo a mí misma; pero la "dulzura" de su santo rostro todo lo venció.

El paseo terminó. Nadie supo lo sucedido, ni papá, ni mamá, ni la Madre Rafaela, ni Acacia. Nadie.

Capítulo 38
El estuche de clase

Fue al principio del año escolar de 1914. El Padre Godofredo, en la primera confesión del año lectivo, me había dicho: "Debes, desde ahora, comenzar a prepararte para merecer la gran gracia de ser Hija de María, en diciembre". (En diciembre de 1913 había recibido la cinta verde de

Aspirante). "No dejes pasar ningún pequeño sacrificio, sin ofrecérselo a Nuestra Señora". Y aquel mismo día, por la tarde, la Madre Celestial le pedía a su hijita el primer sacrificio.

Al llegar a casa, a la vuelta del colegio, encontré sobre mi mesa de estudio un paquete que papá me había traído de Artigas: un lindo estuche de clase completo, de madera barnizada, con lápices, regla, pluma, cortaplumas, gomas, abrecartas, limpiaplumas, sacapuntas, portaminas, en fin, todo lo que un colegial puede necesitar se encontraba allí. Deseaba aquel estuche desde el año anterior; ya lo conocía pues algunas compañeras mías tenían uno igual. Y más de una vez le había expuesto a papá mi deseo.

Ahora lo tenía. No acierto a describir mi alegría de aquella tarde. No me cansaba de admirar mi tesoro. Comencé a hacer la tarea, antes de la hora de costumbre, solamente por el gusto de poder utilizar mi "estuche inigualable".

¡Qué fea, y hasta inútil, me parecía la caja vieja! "¡Ah! No quiero ya nada de eso. Mañana, después de Misa, se la llevaré con todo lo que tiene dentro a la sacristía al padre Domingo, que tanto se alegra con estas cosas, para sus chicos y niños pobres de la clase nocturna".

En el colmo de mi alegría, terminada la tarea escolar, me puse a limpiar y a ordenar la cajita, envolviéndola para llevársela, al día siguiente, al Padre Domingo. Y, cuando ya estaba terminado el paquetito, envuelto con el mismo papel satinado y con el mismo cordel de carrete con que había venido envuelto el nuevo estuche, al levantarme de la mesa, me viene a la mente un pensamiento inesperado; "¿Por qué, en vez del estuche viejo, no le doy el nuevo al Padre Domingo?" Y, como para rechazar el "atrevimiento de tal idea", otro pensamiento le sucede, como queriendo aplastar al primero: "No, el Padre Domingo siempre habla de los libros y

los utensilios del colegio que ya no queremos".

Allí estaba yo en un verdadero combate. Me desagradó sobremanera la primera idea; después de la segunda, se presentó otra objeción: "Necesito un estuche nuevo como éste; ya estoy en la clase superior y casi todas las niñas tienen estos estuches y por eso me lo trajo papá". Todo estaba decidido: llevaría el estuche viejo al Padre Domingo. Lo tomé para llevarlo a mi cuarto, como queriendo asegurar mi decisión.

No llegué, sin embargo, al umbral de la puerta. La santa mano de mi "Nuevo Amigo" se posa suavemente en mi hombro y un nuevo pensamiento vino a mi mente: "Éste será el primer sacrificio a la Madre Celestial, para merecer la linda Cinta Azul de Hija de María". Ya no estaba agitada. Miré el santo rostro y lo encontré con aquella "seriedad" que solía tener, cuando esperaba de su amiguita algo de bondad. Lo entendí y lo decidí. "No le llevaré al Padre Domingo la cajita vieja, sino mi lindo estuche nuevo, para que él se lo dé como premio al niño o al mozo pobre más aplicado de la clase". Volví a la mesa, me senté y, en poco tiempo, el paquete nuevo estaba listo, tal y como lo había recibido. Pero antes de llevarlo al cuarto, miré su santo rostro y su santa "dulzura" me pagó por centuplicado el "pequeño sacrificio". Al día siguiente, después de la Santa Misa, no volví al colegio en la fila, porque necesitaba hablar con el Padre Domingo. Parece que había adivinado el "pequeño sacrificio" y me dio una bonita estampa de la Santísima Virgen. Me alegré de verdad, pues parecía que me estaba diciendo que aceptaba, muy complacida, el primer sacrificio que le había hecho.

Capítulo 39
Los patines sacrificados

El caso que voy a contar a continuación sucedió todavía en 1914. Al comienzo del invierno se inauguró en el "Salón Punto Chic" una "pista" de patinaje. A. vino por la tarde a invitarme para irnos a la fiesta.

Fuimos. Me encantó ver aquella cantidad de chicas, chicos, y también niñas de mi edad (muchas compañeras) deslizándose con rapidez, en graciosas vueltas, sobre el gran espacio de mosaico liso. ¡Ah! ¡Cómo deseaba saber patinar así! ¡Qué bonito tiene que ser! Allí mismo, mientras admiraba la habilidad de los patinadores, me propuse no gastar ni un "níquel" y juntar los 25.000 reales para un par de patines. Me atraía la "pista", como antes la plaza para los paseos en autovelocípedo. Todos los domingos, a las 5 de la tarde, allá estaba con A., que un domingo vino ya a buscarme provista de un lindo par de patines nuevecitos y brillantes que había comprado en Artigas.

Finalmente, conseguí la cantidad para los suspirados patines. Era tan grande el deseo de ponérmelos que ese día feliz me parecía que no había nadie en el mundo más feliz que yo. ¡Ay! Pero todavía había que esperar hasta el sábado, día en el que no había clase por la tarde, para poder ir a Artigas. Iría con A. a Casa Aspiroz, donde ella había comprado los suyos. El domingo sería mi estreno en la sesión de entrenamiento.

A las dos de la tarde de un lindo sábado de invierno, allí estábamos A. y yo, sentadas en la barca que nos llevaría a la ciudad uruguaya de Artigas. Ya estaba suspirando por la vuelta. Antes de que la barca saliera, vino a juntársenos un nuevo pasajero, un pasajero muy conocido que, por la mañana, me

había perdonando todos los pecados que había cometido en aquella semana: El Padre Godofredo. Le saludé con el "Alabado", pretendí levantarme, pero el balanceo incesante de la barca no me lo permitió. Él respondió a mi saludo y además añadió: "¡Cecy por aquí!". Y yo, en mi inmensa alegría, le digo: "Sí, Padre, voy a comprar un par de patines". Una o dos remadas después, el Padre Godofredo estaba ya leyendo o rezando con un libro. Y así atravesó todo el río Jaguarao. Cuando desembarcamos en Artigas, el Padre Godofredo me dice, al irse: "Nuestra Señora espera un pequeño sacrificio". Fue como si una bomba cayese a mis pies, tan inesperada fue la advertencia. Entré en un verdadero combate, allí en pleno muelle, sin decidirme a dar un paso hacia el frente. Mi amiga A. ya mostraba su impaciencia. Yo sólo le podía decir: "Espera un poquito". Me asaltó un torbellino de pensamientos, como en el caso del estuche. "¡Oh, no, Nuestra Señora no va querer mis patines! ¡Ya le di el estuche que tanto me gustaba! ¡Y a mí me gustan más, mucho más los patines! Ya haré después otro sacrificio". Me decidí. "Vámonos rápido, A.".

Sin embargo, una manzana antes de Casa Aspiroz, me acordé de mirar el santo rostro de mi "Nuevo Amigo". Lo encontré con aquella "seriedad" compasiva que me hacía comprender inmediatamente lo que él esperaba de su amiga. Una pena grande, muy grande invadió mi mezquino corazón y me surgió un nuevo pensamiento: "Madre del Cielo, os pido perdón. ¿Acaso no merecéis Vos este pequeño sacrificio de los patines? ¿Pienso que es demasiado para Vos?" Sentí en el alma un arrepentimiento sincerísimo y mis lágrimas querían acudir a borbotones.

Pero A., dándome un empujón, me dice: "Cecy, ¡qué chica más aburrida!, ¿vienes o no vienes? ¡Parece que te estás durmiendo!" "A., vamos a volver a Jaguarao, ya no quiero comprar los patines; he decidido hacer otra cosa". "¿Estás

loca?", dijo A. "Y una vez que hemos venido, ¿nos vamos a ir sin comprar nada?" "No, A., no quiero nada. Voy a comprar para ti un tarro de caramelos de Montevideo y nos vamos después a Jaguarao". Tenía todavía 20.000 reales. Sabía lo que debía hacer para reparar mi falta. Después de separarme de A., en la esquina de su casa, fui a la Oficina Cerqueira y pedí que me cambiaran los 20.000 reales en "níqueles" de 400 reales. Fui al asilo y di 400 reales a cada pobre de la manzana de mi pobre viejito fallecido, el "señor" Cipriano José. Si la alegría de cada pobre fue grande, la mía fue incomparablemente mayor. Y estoy convencida de que la alegría que hubiera experimentado con mis patines hubiera sido incomparablemente menor. Recibí la "dulzura" de mi "Nuevo Amigo".

Hechos como este se repitieron muchas veces, por eso, no me parece necesario contarlos.

Capítulo 40

Le entregué el lirio a Nuestra Señora

El 8 de diciembre de 1914 me convertí en Hija de María. Recibí la linda medalla milagrosa pendiente de una larga cinta azul. Me la impuso el Reverendísimo Canónigo Godofredo Evers, entonces Director de la Congregación Mariana.

La víspera de aquel día me confesé con el Padre Godofredo, que después me dijo: "Mañana el buen Dios y su Santísima Madre le van a conceder a Cecy una gran y muy particular gracia. Pero todavía le está reservada una mayor; la gracia extraordinaria de hacerla Esposa de Jesús. ¿Y Cecy quiere aceptar esta amorosa invitación de Dios?" Le respondí: "Padre, ya hace tiempo que quiero ser Esposa de

Jesús y también ya sé que no seré una esposa de aquí, de la tierra".

El Padre Godofredo me explicó cómo podría ser esposa de Jesús. Lo comprendí hasta donde alcanzó mi apocada inteligencia. Y entonces, el Padre Godofredo añadió: "Al final, vuelve al confesonario". Así lo hice. El Padre Godofredo me dio, entonces, un papelito escrito, diciendo: "Mañana, después de la Sagrada Comunión, le dirás a Nuestra Señora las palabras que he escrito".

Aprendí de memoria la oracioncita y al día siguiente hice lo que el Señor Padre me había mandado. Después de la Sagrada Comunión, le dije lo que estaba en el papel:

"Madre mía Santísima, hoy vais a recibirme en el número de vuestras hijas predilectas. Pues bien, Madre querida, hagamos un trato. Hoy, cuando esté al pie de vuestro altar, cuando el siervo y ministro de Vuestro Hijo me dé, en vuestro Nombre, el distintivo de Hija de María, en vuestras Manos purísimas dejaré el lirio de mi inocencia y virginidad. Guardadlo, oh María, es vuestro. Jamás os lo tomaré. Y cuando el Esposo Divino me lo venga a reclamar, entonces, Virgen de las Vírgenes, le responderé feliz: "Se lo entregué a vuestra Madre Virginal. Ella os lo dará".

En el santo día, cuando, al pie del altar, el mismo Padre Godofredo me daba a besar la linda medalla, yo repetía con el corazón aquella oracioncita. Durante todo el tiempo de la ceremonia, mi "Nuevo Amigo" tuvo posada sobre mi hombro su santa mano. Nuestro Señor vino a mí, como en la Sagrada Comunión, y también vino Nuestra Señora. Aunque no los vi. El mismo día, después de la fiesta, cuando el Padre Godofredo me preguntó si había hecho la entrega a Nuestra Señora, le dije sólo a él: "El Santo Ángel puso su santa mano sobre mi hombro y, con la otra, le entregó el lirio a Nuestra Señora". Vi

lágrimas en los ojos del Padre Godofredo, pero él se las enjugó rápidamente. Aunque no sé por qué lloró.

CAPÍTULO 41
La Bate-bico

Era en 1915. Vivía en Jaguarao una mendiga, de unos 50 años tal vez, y que se hizo popular por su extrema fealdad física. Los niños la tomaban por una bruja o hechicera de los libros de cuentos y le tenían mucho miedo. Tenía por apodo "Bate-bico" (cotorra), por ser extremadamente charlatana.

Yo estaba acostumbrada, en las largas tardes de verano, cuando estudiaba en el huerto, a escuchar a los muchachos en la calle gritando: "¡Bate-bico! ¡Mira, la Bate-bico!". Y la pobrecilla se enfurecía, les tiraba piedras y les prometía venganza. Yo interrumpía la lección que estaba estudiando y un algo de tristeza y de pena se apoderaba de mí, por la triste vida de la pobre "Bate-bico". Y me quedaba pensando: "¡Quién sabe si, cuando niña, no tuvo casa y buenos padres y, después, sus padres murieron y ella se quedó así!" Entonces sentía un gran temor de perder a mis padres o de separarme de ellos.

La Madre Rafaela, sin embargo, decía que un exterior feo puede ocultar un alma hermosísima. ¡Quién sabe si la pobre "Bate-bico" tiene un alma blanca como la mía el día de mi Primera Comunión, y si su "Nuevo Amigo" está siempre contento con ella y Nuestro Señor va a llevarla al Cielo! Los muchachos piensan, porque es fea y está sucia, que el alma la tiene igual. Y tales pensamientos me volvían siempre que oía a los chavales gritar: "¡Bate-bico!"

Semanalmente iba la pobre a la ebanistería y volvía con un

gran saco a la espalda, lleno de virutas, para preparar sus comidas. Una tarde paseaba yo con A., y fuimos a la "pista". Como no tenía patines, sólo miraba a los patinadores. De repente, oigo silbidos y risotadas que venían de la calle. Me acerco al portalón de hierro, abierto de par en par y ¿a quién había de ver? A la pobre "Bate-bico", con su gran saco a cuestas, pero que llevaba atada al saco una larga, muy larga tira de tela, en cuya extremidad había sujeta una lata vieja, de modo que cuando la pobre caminaba, arrastraba la lata y hacía mucho ruido. En pocos segundos se juntaron en el portalón y en la calle grupos de chicos y chicas que se reían, a carcajadas, del ridículo estado de la pobre.

Respecto a mí, me daban más ganas de llorar que de reír, pero me esforzaba en no llorar, porque tenía miedo de que se mofasen de mí por llorar cuando todos reían. La pobre continuaba andando, tambaleándose por el peso del saco. Se hacía realmente difícil arrastrar aquella larga cola con la lata rodando por las piedras de la calle. En esto, asaltó mi mente este pensamiento: "¿Y si voy a desprender la tira del saco de la pobre?" Tal pensamiento lo ahuyenté con desagrado. "No, no haré eso. Todos me mirarían y la pandilla de chicos es muy capaz de abuchearme. ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! ¡Qué voy a parecer yo corriendo por la calle, detrás de la pobre, mezclada con los chicos! ¡No, no, no quiero ni pensarlo!". Todo esto fue en un momento. Inmediatamente sentí sobre la cabeza la santa mano de mi "Nuevo Amigo", como si me acariciara. Y, junto con esa caricia, como si me susurrase: "¿Y si tú estuvieses en el lugar de la pobrecilla? ¡Cómo te gustaría que una mano caritativa te librase de esa situación ridícula y humillante! ¡Anda, Jesús te lo pide!"

Miré a la pobre para calcular la distancia que la separaba de mí: ¡Como una manzana! ¡La pandilla de mozalbetes me pareció que había crecido! ¡Por las puertas y ventanas de las

casas no veía más que gente, gente! Miro a mi amigo. Su santo rostro, con aquella "seriedad", un tanto triste. ¡Estaba esperando algo de mí!...

No vi más. Sin pensarlo, le digo a A.: "Voy a desatar la tira del saco de la pobre". A. me agarró del vestido diciendo": "¿Estás loca? Te van a abuchear a la vez que a la 'Bate-bico'". Ya no vi ni oí nada más. Corro en dirección a la pobre, que continuaba andando con la tira detrás. Y, sin atinar cómo debía actuar, como llegué primero a la lata, la tomé, intentando romper la tira.

La pobre sintió el tirón y, pensando, tal vez, que los muchachos querían quitarle el saco, se paró y a su vez dio un fuerte tirón del saco, de modo que la lata me hizo una profunda herida en el brazo, cuya cicatriz conservo hasta hoy.

Corrí, entonces, hacia la pobre; quise explicarle el caso, pero ella no me comprendía y se enfadó. La vergüenza me petrificó. Oía las burlas de los chicos y sentía como si centenares de ojos estuvieran posados en mí, una de las "protagonistas de la escena". Me parece que en este momento la pobre lo entendió todo. Yo quise volver a la "pista", sin embargo la mano de mi "Nuevo Amigo" me lo impidió. Tenía que desatar la tira del saco, Él lo quería. La pobre, que ya no estaba enfadada, me lo permitió y, conmovida, dijo: "Muchas gracias, mocita. Todavía hay en este mundo quien siente pena de mí". Entonces, me olvidé de la vergüenza, ayudé a la pobre a cargarse el saco a la espalda y volví a la "pista".

Sólo entonces me di cuenta de que la sangre me corría desde el brazo y que tenía el vestido todo manchado. A. me ató un pañuelo y, por miedo de que contase a mamá el caso, quise volver sola a casa. Al llegar no me vio nadie, porque entré por la puerta del huerto. Me puse árnica con agua y, cuando me estaba limpiando el brazo, cuya herida me escocía muchísimo,

la santa mano de mi "Nuevo Amigo" me acarició de nuevo la cabeza. Busqué su santo rostro y, junto con su santa "dulzura", me llegó como el susurro de una frase: "Jesús está satisfecho con su amiguita". Me puse tan contenta que ya se me olvidó el brazo.

En la primera confesión le conté todo al Padre Godofredo. Él me dijo: "Vamos a hacer un contrato que será firmado por Jesús. Mañana, domingo, Cecy irá a cuidar del cuerpo de la pobre para que esté bien aseado, y yo iré a cuidar de su alma".

¡Qué suerte!, pensé. Tenía 10.000 reales que papá me había dado. Podría comprar para la pobre zapatillas, medias, ligas y jaboncillo. La ropa blanca y el vestido se los llevaría de los de mamá.

Al día siguiente, después de la Santa Misa, todo estaba preparado. No me olvidé de las tijeritas y de un poco de brillantina, pues parecía que la pobre nunca se peinaba. Llevé, además, pan y una latita de mermelada. Fui al asilo y encontré a "Bate-bico" encorvada a la puerta de su cuarto. ¡Ah! ¡La pobre estaba horriblemente sucia! Al entrar con ella en su cuartito para enseñarle lo que le había traído, tuve que reprimir, a cada momento, las arcadas de vómitos secos.

"Seña María, le dije yo, quiero dejar a la señora bien limpia, y le he traído jaboncillo y brillantina". La pobre se extasió ante todo aquello. Encontré la tarea de limpiar a la pobre dificilísima; no sabía cómo hacerlo. Le pedí una palangana y me trajo una pequeñísima. Le di el jaboncillo y le pedí que primero se lavase la cara. La pobrecilla no se opuso y le gustó el jaboncillo. Sin embargo, no lo hizo como yo quería.

Entonces, se me ocurrió una buena idea. Mi pañuelo estaba aún doblado. Busqué agua nueva y enjaboné el pañuelo, pasándolo yo misma por el cuello y las orejas de la pobre. Después le mandé que se enjuagase la cara para quitarse el

jabón. Lo mismo quise hacer con los pies. La mandé sentarse y le di el pañuelo enjabonado, para que ella misma se lavara los pies, pues las náuseas que sentía eran casi insuperables. Las arcadas de vómitos se sucedían y yo me sentía muy indispuesta.

Salí afuera, diciéndome a mí misma: "No puedo soportar más las náuseas que siento. Le diré al Padre Godofredo que es muy difícil, mucho". Y hago mención de marcharme. Pero allí estaba la santa mano de mi "Nuevo amigo" empujándome suavemente por hombro hacia el cuarto. Inmediatamente pensé: "¡El contrato que fue firmado por Jesús! ¡Tengo que cumplirlo del mejor modo que pueda!"

Volví al cuarto. La pobrecilla, con la mejor voluntad, estaba lavándose los pies, con el pañuelo enjabonado, ahora completamente negro. Cambié el agua, horriblemente negra y espesa. En los pies, hinchados, tenía muchas heridas; la uñas desmesuradamente largas y sucias. Se secó los pies con un trapo no muy limpio. ¡Ay! Tenía que cortarle la uñas, para eso había traído la tijerita. Quise comenzar primero por las manos. Comencé. La náusea, sin embargo, fue mayor que mi buena voluntad. El vómito me salió rápido, sin que tuviera tiempo de retenerlo. Mi vestido quedó mojado y sucio. Pero la santa mano de mi "Nuevo Amigo" se posó sobre mi cabeza. Con un esfuerzo que no era mío le corté las enormes uñas de las manos y de los pies. Ahora faltaba el pelo. Al mirar la pobre cabeza desgreñada, pareció faltarme el coraje. La santa mano, sin embargo, continuaba posada suavemente sobre mi cabeza, como acariciándome. Puse la brillantina en mis manos y, cuando intenté pasarlas por la cabeza de la pobre, ésta estaba tan sucia y el asco que sentí fue tanto, que vomité por segunda vez. Mis manos, pringadas por la brillantina, me provocaban una repugnancia extrema. No acierto a describir la sensación que experimenté cuando peinaba a la pobre. No puedo decir

lo que veía en aquella miserable cabeza, se asemejaba más a la de un animal inmundo que a la de una persona.

Al fin terminé. Ahora la pobre se debía poner la ropa limpia. La hice mudarse mientras me fui a la pila a lavarme las manos, que me repugnaban sobremanera. Le mandé que se calzara las medias nuevas y las zapatillas. El vestido de mamá le quedó bien, sólo un poco grande. Le dije: "Ahora la señora está limpia y más bonita. No se va a ensuciar. Ahora puede comer mermelada con pan". La pobre parecía un corderito, y todo lo hacía riendo, riendo, la infeliz.

Me fui a corriendo. Me daba vergüenza mi estado; estaba en un perfecto desaliño. Durante todo aquel día, mi "Nuevo Amigo" no quitó su santa mano de mi cabeza. Me parecía que ya estaba en el cielo. Nuestro Señor estuvo conmigo como en la Sagrada Comunión.

La misma tarde del domingo, el Padre Godofredo visitó a la pobre. En la confesión del sábado siguiente, me dijo: "El buen Jesús no se arrepintió de haber firmado nuestro contrato. Él está contentísimo con su amiga. La pobre está con el alma limpita. Recibió la Sagrada Comunión el lunes. Me parece que no vivirá mucho tiempo; yo la visitaré más veces. Cecy ya no tendrá que ir allá más". Al domingo siguiente, después de la Santa Misa, cuando llegué a casa, me sorprendió la noticia: La pobre "Seña María" había tenido un síncope cuando volvía de la iglesia. La llevaron al asilo, pero llegó ya muerta.

Lloré a escondidas, de pena, y me parece que también de añoranza de mi pobrecilla. Cada vez que rezaba por ella, mi "Nuevo Amigo" posaba su santa mano sobre mi cabeza. Y esto pasó durante mucho tiempo. Por fin dejó de hacerlo. Entonces pensé: ""Seña María' ya se ha ido al cielo".

Sea glorificado Nuestro Señor en la fidelidad de mi "Nuevo Amigo" y en la flaqueza de su criatura, que nada hizo por sí

misma. Amén.

Capítulo 42
La garrafa de queroseno

Al escribir el caso de los patines, puse en una nota que se habían repetido varios casos como aquel y que por eso no me parecía necesario contarlos. Como, sin embargo, desean que los cuente, voy a hacerlo. Retrocederé, por tanto, cada vez a un año.

Estábamos en 1914, el año de los pequeños sacrificios a Nuestra Señora. Todos los meses, cuando cobraba la paga, papá acostumbraba a darnos 5.000 reales a cada uno para comprar lo que quisiésemos. Yo prefería comprar, con "mi dinero", lo que me parecía, y por eso muy raramente les pedía a papá o a mamá las cosas que quería, prefiriendo esperar más tiempo hasta conseguir la cantidad necesaria.

No sé si esto era bueno o ruin en mí, sólo sé que experimentaba más placer cuando compraba lo que quería con "mi dinero", como decía, que cuando el mismo papá me lo compraba. Mamá decía que era "una manía mía", papá afirmaba que eso demostraba "espíritu de independencia", y nunca se opuso a que yo obrase así.

Fuese lo que fuese, lo que sé es que continué con mi "manía", según mamá, o con mi "espíritu de independencia", según papá. También sé, y puedo decirlo, que de eso se ocupó muchas veces mi "Nuevo Amigo". Pues bien, continúo. Los mediados de cada mes siempre eran recibidos con gran simpatía, y yo siempre tenía algún deseo que satisfacer con "mi fortuna".

Una tarde, iba yo a casa de Muebles Danigno a comprar el ansiado diábolo, entonces muy de moda. Le diría cómo lo quería: igual que el de A., el par de palitos con las extremidades guarnecidas de metal, donde se ataba el cordel, y que los bordes del carrete estuviesen recubiertos de goma, para que pudiera resistir las continuas caídas. Me sentía feliz y pensaba: "Y después iré a visitar a A. con mi diábolo para jugar una partida". Tenía 10.000 reales; pagando 7.000 por el diábolo me quedarían 3.000 para el chocolate, pues así acostumbrábamos a jugar: partidas por barras de chocolate. ¿Pero qué iba a suceder?

A medio camino, me topo con una pobre negrita, más o menos de mi edad, sucia y desarrapada, llorando ante los pedazos de una garrafa de queroseno que encharcaba el suelo. Me quedé parada ante aquella triste escena, mirando los cascos y a la negrita que se deshacía en sollozos.

Fue ella la que rompió el silencio: "Fui a comprar una garrafa de 'gas' para la vecina, que me iba a dar una propina, y ahora ni tengo dinero para pagar el 'gas', ni voy a ganarme la propina y además mi madre me va dar una paliza".

Sentí una gran pena por aquella pobre negrita; me acordé luego, con alegría, de que disponía de las vueltas de 3.000 reales para comprar chocolate. Como el billete era de 10.000 reales, le dije a la negrita: "Espérame aquí; voy corriendo allá, a la farmacia, a cambiar el dinero y te doy el dinero del queroseno, ¡pero no llores más!".

La negrita, al instante, se secó las lágrimas con el bajo del vestido y, en un dos por tres estaba mostrando sus dientecillos blancos como la nieve. En seguida estaba yo de vuelta, con un puñado de cambios. Le pregunté a la negrita el precio de la garrafa de queroseno y me dijo: "600 reales, más la garrafa que también era de la vecina y cuesta en el almacén 200 reales". Le

respondí: "Yo te doy la mitad de mis cambios de 3.000 reales. Pagas lo 800 reales a tu vecina y los otros 700 reales son para ti". En el momento en que depositaba los 1.500 reales en la mano de la negrita, siento sobre mi hombro la santa mano de mi "Nuevo Amigo". "Espera", le dije a la negrita. Había percibido inmediatamente que mi "Nuevo Amigo" quería alguna cosa. La negrita se quedó mirándome con los ojos abiertos de sorpresa, tal vez recelosa de mi indecisión.

Entonces, me vino al pensamiento: "Debo darle a la pobrecilla todos los cambios y así ella tendrá mayor alegría. Me privo del chocolate y será otro pequeño sacrificio para Nuestra Señora". "Espera -le dije a la negrita-, te doy todos los cambios. Los 3.000 reales para ti". La negrita saltó de gozo. Miro a mi "Nuevo Amigo" ¡y no percibo la "dulzura" que esperaba! ¿Qué desearía, entonces, mi "Nuevo Amigo"? Allí estaba yo envuelta en dudas. Sin embargo, un instante después, surge en mí un pensamiento, como unas palabras que alguien me susurra: "No sólo las vueltas, sino que además tienes que privarte del lindo diábolo, para darle toda la cantidad a la pobre negrita".

Entro en lucha: ¡Me he privado ya tantas veces de cosas que me gustaban tanto! Pero entonces dejaré pasar el sacrificio a Nuestra Señora y, ¡quién sabe si entonces también pasará la linda cinta azul! Como un rayo de gracia, siento un arrepentimiento grande, muy grande por mi egoísmo y, ante la negrita paralizada, me entraron ahora a mí ganas de llorar. Pretendí explicar el motivo de mis lágrimas, y le dije: "Quiero darte todo el dinero que tengo aquí, también el dinero que papá me da cada mes". Le enseñé a la negrita mi casa y le pedí que cada día 4 viniese a buscar los 5.000 reales que yo guardaría para ella. Y así fue. Durante todo el año 1914, hasta diciembre, le di a la negrita mi "precioso sueldo". Y, a cambio, recibía otro "sueldo" incomparablemente más valioso: la

"dulzura" de mi "Nuevo Amigo". Y recibí la linda "Cinta Azul", que "no pasó", como tampoco pasaron, ni una vez en aquel año, los sacrificios para Nuestra Señora. En las vacaciones de 1914 a 1915, la negrita se despidió de mí, porque se fue con una familia a la ciudad de Pelotas.

CAPÍTULO 43
La Bandera del Divino

No puedo fijar con exactitud el año en que sucedió el siguiente caso. Sin embargo, sucedió antes de 1911.

Tenía yo gran admiración por el Coronel X., pues había oído a papá ensalzar muchas veces su carácter íntegro y recto y su sana justicia a favor de sus subalternos. Pues bien, todos los años, cuando se aproximaba la Fiesta del Divino Espíritu Santo, Patrón de Jaguarao, salía la Bandera del Divino (como decíamos popularmente) a recaudar donativos para la gran solemnidad. Y no había casa de rico o de pobre, establecimiento público o particular donde la querida Bandera no entrase para recibir el óbolo de los buenos y dejarles a cambio Su Bendición.

En casa era siempre yo quien la recibía, y después de haber puesto el óbolo que me daba papá, metía mis "níqueles", furtivamente, pues me parecía que "mi óbolo" particular no debía faltar en la bandeja. Y la visita del "Divino" terminaba con mi beso en la linda "Palomita blanca". La "Bandera" recorría siempre la ciudad y también los alrededores, durante tres días.

Llegó el día en que la "Bandera" debía hacer su visita al cuartel, que estaba situado en un gran terreno cuadrado y con césped, en la "Plaza del Cuartel". Cuando la "Bandera",

dirigiéndose hacia allá estaba ya en la plaza, el Coronel X. mandó al cabo ordenanza con el recado de "que la 'Bandera' se volviese, que no iba a ser recibida en el cuartel". La noticia de tal acción se extendió rápidamente y también en casa escuché la narración y el comentario del hecho. Por primera vez tuvo papá que reprobar una acción de su amigo.

En cuanto a mí, quedé impresionadísima con el hecho y no podía comprender cómo el Coronel X. "podía haber obrado mal". No se iba de mi imaginación la triste escena: ¡La santa "Bandera del Divino", despachada del cuartel! Sentía tan gran pesar, tanta pena, que siempre estaba pensando cómo podría "alegrar" de nuevo al Divino Espíritu Santo, tan maltratado. ¡Y además, los pobres soldados se quedarían privados de darle su limosna y del beso a la Palomita!, lo que para mí era la privación de una bendición del cielo.

Pasé los días siguientes en un gran pesar y más de una vez, por la noche, lloré en la cama sentidamente de "pena por el Divino Espíritu Santo", al que habían despachado del cuartel. Los días pasaban y mi ansia aumentaba, porque se aproximaba la fiesta y yo, aunque discurría, no hallaba un medio para alegrar al Divino Espíritu Santo, en su gran fiesta. Faltaba apenas una semana y aún no se me había ocurrido una buena idea. ¡No dejaba de rezar por esa intención, pero nada, nada!

Una noche, ya en la cama, después de apagada la luz, me invadió de nuevo el alma "la gran pena por el Divino Espíritu Santo, que había sido expulsado". Me senté en la cama y lloré, lloré tanto que no pude contener ni sofocar los sollozos. Era realmente un gran dolor, dolor de niña, sí, pero bien profundo. Creo que si, en aquel momento, me hubiesen dicho: "Sólo darás alegría al Divino Espíritu Santo, en su fiesta, si quieres morir de un modo muy cruel", me parece que no hubiera retrocedido, tan fuerte era mi deseo de hacer algo para

"alegrarlo", reparando así la ofensa que Le habían hecho. Y cuando lloraba, sin consuelo, la santa mano de mi "Nuevo Amigo", que hasta entonces no había dicho nada, se posó sobre mi cabeza con una suavidad celeste, como prometiéndome ayuda.

Las lágrimas cesaron, como por encanto, y aquella "dulzura" me alegraba en el alma, haciéndome olvidar que estaba en la tierra y creer que ya vivía en el cielo. En breves instantes me dormí. Vino el día siguiente, y ahora urgía hacer algo para alegrar al Divino Espíritu, pues, con el consuelo de mi "Nuevo Amigo" no había desaparecido la pena por el Divino Espíritu a quien tanto deseaba alegrar. Jamás me hubiera imaginado lo que mi "Nuevo Amigo" iba a exigirle a su amiguita aquel día (tres días antes de la fiesta).[1]

Ya por la mañana, cuando tomaba café, la santa mano se posó suavemente sobre mi cabeza, como para acariciarme. En el mismo instante, percibo como el susurro de una voz que me insinúa (era, como me sucedía muchas veces, un pensamiento, pero un pensamiento muy distinto de los que yo tenía normalmente; era un pensamiento que me parecía más una voz que un pensamiento propiamente dicho): "Los pobres soldados, en su fe simple, han sido privados del placer de darle su limosna y de recibir, con su visita, la bendición del Divino Espíritu Santo".

¡Ah!, pensé, tengo que pedirle a cada soldado que me encuentre un poco de dinero de limosna y darle a besar mi medalla del Espíritu Santo, la que gané en la fiesta del año pasado. Pero le sucedió otro pensamiento: "¡Qué vergüenza! ¡Qué voy a parecer yo, asaltando a los soldados en la calle, pidiéndoles dinero!" Me respondí: "Debo, sí, aunque me cueste mucho, alegrar al Divino Espíritu Santo en su fiesta. Y hoy mismo tengo que comenzar. Si no, no hay tiempo para

llevarle el dinero al vicario". Por la tarde, después del café, le pedí permiso a mamá para ir yo misma a la tienda a traer los zapatos blancos que papá me había comprado para la fiesta. De este modo podría encontrarme muchos soldados, lo que en efecto sucedió.

Llegué a la esquina de una manzana y, en el otro extremo, ¡aparece el primer soldado! El corazón se me quería salir por la boca. Llegué a desear que el soldado desapareciese de allí. ¡Tan grande, era la vergüenza que sentía! Pero la santa mano se posó suavemente en mi hombro. Me alegró. Todo olvidado. Allí estaba yo, a tres pasos del primer soldado que la Santa "Palomita" me proporcionaba.

"Señor, soldado, permítame..." La cortesía del buen soldado me dio fuerzas para continuar mi discurso, bien preparado y estudiado de antemano. "Me ha producido mucha pena que el Coronel X. no dejara entrar en el cuartel la Bandera del Divino -observé la estupefacción pintada en el rostro del soldado, pero continué- y los pobres soldados no pudieran dar su limosna ni besar la Bandera. Pero yo les voy a pedir a todos los soldados que encuentre, sólo un 'tostón' y reunir muchos para llevárselos al vicario, antes de la fiesta".

El buen soldado, sin pensarlo, se desabrocha la guerrera y saca una moneda diciendo: "Con mucho gusto, niña, aquí está". Y me dio, no un "tostón", sino una "platita" de 1.000 reales. Me alegré inmensamente y, en mi alegría, le di mi medalla al soldado caritativo; sólo después me di cuenta de que así los otros soldados no podrían besar la "Palomita". Para concluir diré que, aquella tarde hice una "buena colecta": 30.000 reales es poco, pero para mí era un inmenso capital, y ninguno de los buenos soldados me dio sólo un "tostón", sino "platitas" y hasta billetes de 2.000 reales.

Al volver a casa guardé toda mi fortuna en la gaveta de la

mesita de estudio. Era un montón de monedas. No me gustaban así, quería un billete nuevo y bonito, para ponerlo en un sobre y mandarlo para la gran fiesta del Divino. Al día siguiente, la antevíspera de la fiesta, me iría a la Oficina Cerqueira a cambiar las monedas. ¡Qué pena! Quería un billete solo, pero con 30.000 reales no había manera. ¡Qué bonito sería que fuera un billete de 50.000!

Me vino, entonces, la idea: "¿Y si yo renunciase a los zapatos blancos para la fiesta? Iría con los negros nuevos de pasear y así con los 20.000 reales que papa me había dado para comprarlos completaría los 50.000 reales. ¡Me darían un lindo billete para ponerlo en el sobre! ¡Ay!, pero no quedará bonito: ¡vestido blanco, calcetines blancos, todo blanco, con zapatos negros! No, el Divino Espíritu también se alegrará con sólo lo que los soldados han dado". Decidí: compraría los zapatos y los calcetines blancos.

Pero al abrir la gaveta para sacar el dinero y hacer el paquetito, ¡de nuevo sentí la santa mano posada en mi hombro! ¡Su santo rostro estaba esperando algo de mí! "¡Debo, sí, desistir de los lindos zapatitos blancos!". Papá ya me había dado los 20.000 reales. Fui a estar con papá y le dije que ya no quería los zapatos blancos, y le pedí el dinero para mí. Papá me lo dio.

Fui a la Oficina Cerqueira y pedí un billete nuevecito de 50.000 reales. Todavía sobraban algunas monedas que echaría al cepillo de la puerta de la Parroquia. Vuelvo a casa. En seguida el billete estaba metido y cerrado en un sobre, con esta inscripción: "Un grupo de soldados lo manda para la fiesta del Divino Espíritu Santo". Lo llevé yo misma a la Parroquia y, como no encontré al vicario ni al sacristán, dejé el sobre en la mesa de la sacristía.

La víspera de la fiesta, a la noche, en la lista de las ofrendas,

tuve la gran alegría de leer: "¡Un grupo de soldados: 50.000 reales!" Pero nunca nadie descubrió mi "hazaña". Fui a la fiesta con los zapatos negros. La recompensa que recibí fue la dulcísima visita de Nuestro Señor, que me mostró que estaba satisfechísimo con su amiguita, y que estaba más contento de mí con los zapatos negros que si hubiera ido con los blancos, aunque fueran más bonitos. Y durante la octava de la gran fiesta gocé de la Santa "dulzura" de mi "Nuevo Amigo". Amén.

Capítulo 44
El "dominó negro"

Fue en el carnaval de 1915, en cuyas vacaciones sólo oía hablar a todas mis amigas de los bailes de disfraces, de los desfiles de coches, de las reinas de los clubes. Cuando paseaba con mis amigas sólo me hablaban de sus lindos disfraces. Me acuerdo como si fuera hoy: Leontina se iba a vestir de "princesa egipcia"; Cleia, de "champanes"; Prendinha, de "alsaciana"; y hasta en casa: Giselda, de "noruega" y tía E., de "tuna". Prendinha me hablaba de la comparsa de las apaches, de las colombinas, de los dominós negros y de los pierrots.

Yo también me contagié del entusiasmo. Fue mi debut. Le dije a mamá que también quería disfrazarme y así fue. Tía E. se encargó de mi disfraz de joven apache. Me dio sus informaciones y nociones de etiqueta: "Usted, en su grupo, debe formar en la polonesa, porque ya es una mocita". Me asusté. ¡Yo sólo sabía bailar como nos había enseñado Acacia cuando, en la galería grande tocaba con el peine y, junto con las niñas de la vecindad, haríamos un baile! Le expuse a tía E.: "Yo no sé formar en la polonesa y se van a reír de mí". A

lo que replicó tía E.: "Aprende equivocándote, ya es tiempo de que vayas a los bailes".

Mi entusiasmo se enfrió un tanto y me parece que, si el disfraz no se hubiese empezado a confeccionar, hubiera renunciado. Pero, en breve, volvió el entusiasmo, cuando vi los lindos disfraces de mis amigas y también el mío: era de satén encarnado brillante; delantal de organdí blanco; blusa igual; corpiño de terciopelo negro, sujeto delante con un cordón dorado entrecruzado. En la cabeza un pañolón de seda roja, medias blancas y zapatos cereza. Al verlo terminado, salté de alegría.

Llegó, por fin el célebre carnaval. Y estalló una gran rivalidad entre los clubes "Armonía" y "Jaguarense". Los dos querían sobresalir por encima del otro. Mamá, asustada, ya no quería dejarnos ir. Al final, vino el coche a buscarnos y los jóvenes de la comisión le aseguraron que no iba a suceder nada. Y allá nos fuimos.

El punto de reunión era la casa de la reina. Una fila interminable de coches adornados y aquella confusión de disfraces, mozos, mozas, chicos y niños. La comisión organizadora, en un ir y venir continuo, indicando los coches a los disfrazados. Dos señores se ocuparon, finalmente, de mí. Me llevaron a un coche con dos chicas que yo no conocía, disfrazadas de chinas. Tomé asiento entre las dos sobre la capota, y al lado opuesto se sentaron dos "guardias suizos". En breve, los coches se pusieron en movimiento para rodear la plaza y dirigirse al club.

Me sentía mal. El gas o la humareda de los fuegos artificiales parecían querer asfixiarme. Me arrepentí de veras. Tuve añoranza de papá, de mamá, de casa, del colegio. No sabía dónde estaban tía E. y Giselda. Al menos quería estar con alguna de mis amigas y no con aquellos jóvenes que no

conocía. Me preocupaba la tal polonesa, de la que me había hablado tía E., y en la que no sabía cómo desenvolverme.

Por fin, llegamos al club. Los disfrazados fueron entrando, colocándose alrededor del salón. Yo buscaba ansiosamente un rostro conocido. Allá estaba la que había sido proclamada reina. Ahora irían a desfilar las parejas en la polonesa. Sentí una gran angustia en el alma. Casi sin darme cuenta clamé con un grito del alma: ¡"Nuevo Amigo" mío! Como respuesta, oigo un "Señorita", me vuelvo y, delante de mí estaba alguien con una capa de satén negro, con una máscara de terciopelo negro de media cara, que se aprestaba a ser mi pareja: "Señorita, formemos para la polonesa". Le respondí, con una especie de súplica: "Nunca he formado en la polonesa, porque hasta ahora era una niña (y es que yo creía que sólo las mozas debían formar en la polonesa y bailar con los jóvenes), y no sé formar en la polonesa, ni bailar, sólo sé los bailes que me enseñó Acacia". El "dominó negro" se rió bien fuerte, y me respondió: "Señorita, no hay peligro de equivocarse, yo la guiaré y será para mí un honor el ser su primer maestro de baile".

La música comenzó y las parejas ya iban desfilando. Mis pasos eran inseguros y torpes, me sentía muy descompasada, sin embargo mi desconocido maestro me animaba con su maestría y desenvoltura. En cierto momento, al entrar en el segundo salón, las parejas se separaban y yo, aturdida, con los ojos ávidos por encontrar a tía E. o a Giselda, me salí de la fila, pero al instante veo venir hacia mí al "dominó negro", que acabó por ganarse mi confianza.

Ahora me alegré, porque aquel desconocido era mi único "conocido". Me ofreció su brazo, diciendo: "Yo la acompañaré; soy su pareja". Respondí: "No he visto hasta ahora a tía E. ni a Giselda, y quería ir con ellas". El "dominó

negro" preguntó: "¿Cómo están disfrazadas?". De "noruega" y de "tuna", le dije yo. "¡Ah! Yo las he visto, añadió el "dominó negro, cuando se estaban montado en su coche; han ido al Club 'Jaguarense'". Tuve la intención de llorar. Me sentía abandonada y sola. Sin embargo el "dominó negro" intervino: "Yo la llevaré al 'Jaguarense', nada tema". Me alegré sobremanera y no sabía cómo agradecer al bondadoso "dominó negro". "Sí, sí, lléveme al 'Jaguarense', no me quiero quedar aquí". "Espéreme aquí -dijo el "dominó negro"- que voy a ir a buscar mi coche". Me quedé en el balcón del Club.

En breve, volvió el "dominó negro" diciendo: "¡Vamos, señorita!". Atravesamos el primer salón. La orquesta tocaba y las parejas danzaban. Cuando llegamos a la gran puerta central, que afrontaba con la escalinata de mármol que descendía a la calle, el "dominó negro" me ofreció la mano. En ese mismo instante otra "mano amiga" me tomó la otra mano, la izquierda. Me vino a la memoria la escena aterradora de 1905, en la plaza de Santa Victoria, con el gran enmascarado de ojos chispeantes, que también me tomó por la mano. Aterrorizada miro al rostro del "dominó negro", cubierto por la semi máscara de terciopelo, y sus ojos brillaban del mismo modo; su mano enguantada apretaba la mía, tirando de mí ahora con fuerza, obligándome a bajar los peldaños de la escalera. Pero la santa mano de mi "Nuevo Amigo" me impulsaba hacia arriba. La escena de 1905, se estaba reproduciendo, casi idéntica, en 1915. El "dominó negro" me llenó de pavor. Sus ojos centelleaban a través de la máscara. Su mano, cubierta por un guante de piel negra, casi me arrastraba, pero sin conseguirlo, pues, por su parte, la santa mano de mi "Nuevo Amigo" lo impedía suave, pero enérgicamente. El "dominó negro" no me dijo ya ni una palabra galante: "Vamos ahora, y deprisa". Me dio un tirón, intentando arrastrarme. No lo consiguió y con una frase entrecortada, me soltó y descendió precipitadamente

los peldaños de la escalera, desapareciendo en la calle

La santa mano se posó sobre mi hombro, ahora y
fuerza, sino suave y compasiva. Miré su santo rostro, a
con aquella "dulzura" que constituía mis delicias.

Vuelvo, tranquila, al salón y allá veo a tía E., que me estaba buscando. Vovó también estaba y me fui con ella. Vino un "turista" a convidarme a la "Cuadrilla". Vovó me mandó ir. Pero el "turista" no tenía máscara. Entré en la "Cuadrilla" y -sea exaltada aquí la gran misericordia y fidelidad de mi "Nuevo Amigo"-, él, el Príncipe del Cielo, el Santo Mensajero del Dios Altísimo, entró también en la Cuadrilla, con su pequeña amiga, la miserable criatura a quien debía proteger y guiar.

Terminada la "Cuadrilla", el "turista" me llevó junto a Vovó. Los días siguientes ya no quise ir, de noche, al baile. Sólo fui, a la tarde, al "desfile de coches", pero no se me aproximó ningún hombre de capa negra.

Mi "Nuevo Amigo", Vuestra fidelidad y amor, más de una vez, me apartaron de un gran mal. Esto es cierto, aunque yo lo siga ignorando aún hoy. Amén.

Capítulo 45
La guerra de Troya

1915, poco después del comienzo del año escolar. Papá estimulaba muchísimo nuestros estudios, mostrando siempre el máximo interés por mis buenas notas de comportamiento y aplicación. Las calificaciones trimestrales le interesaban sobremanera a Papá. Eran unas tarjetas azules, que traían la calificación de todas las materias que habían entrado en el

examen y abajo estaba la "Gran Nota": "Entre 'tantas' alumnas, mereció el lugar 'tal'".

Y papá gozaba cuando, en la tarjeta azul, podía leer "el primer lugar". Entonces papá estaba radiante; mamá, orgullosa; y yo, feliz, inmensamente feliz. Yo, sin embargo, casi siempre tenía el segundo lugar, sólo dos veces alcancé el primero. Tenía una compañera, F., tan inteligente como aplicada y buena, y el primer lugar, con todo merecimiento, era siempre para ella. Y aún las dos veces que conseguí el lugar primero, fue por empate con la buena F.

Aquel año, al inicio del primer trimestre, papá me había dicho: "Si consigues el primer lugar, recibirás un bonito regalo y le darás a papá una gran alegría". "Tengo que conseguirlo, le dije a papá, cueste lo que cueste; papá verá el primer lugar en la tarjeta azul". Me esforcé mucho. Estudié, estudié con ahínco. Mis lecciones estaban siempre bien preparadas. No había un punto, en ninguna materia, al que tuviera miedo. Todos los días, antes del estudio, pedía con mucha devoción la ayuda de mi "Nuevo Amigo" y en el colegio visitaba a Nuestra Señora, ¡haciendo novenas para "sacar el primer lugar"! Con eso pretendía más alegrar a papá que el regalo que me había prometido. Yo quería mucho, mucho a mi papá, y darle una alegría tenía para mí más valor que todos los regalos del mundo, por bonitos que fueran.

Pues bien. Al final del trimestre estaba al día en todos los puntos de todas las materias, sin miedo alguno. Y ya tenía por "seguro" empatar en el primer lugar con F., que ignoraba, como también sor Clementina y el mismo papá, mi supremo esfuerzo de aplicación en los estudios.

Un día amanecí con fiebre, y tuve que quedarme en la cama. Estaba con paperas. Perdí las clases de dos semanas. Naturalmente, me atrasé en las lecciones, cuyos contenidos

tendría que recuperar. Ahora tenía que estudiar el doble. Los exámenes, a las puertas. Estudié, estudié. ¡Todo recuperado!, estaba al día. Eran 16 capítulos de Historia Universal; los sabía todos, de corrido, excepto uno muy largo: La Guerra de Troya. ¡Me acuerdo tan bien! ¡Me fue imposible recuperarlo! No tuve más tiempo; estaba cansada y ¡el capítulo era tan largo! Pensé: "Ya sé los otros 15 puntos de memoria. ¡Qué casualidad sería que me cayera la Guerra de Troya! No, mi "Nuevo Amigo" y Nuestra Señora no lo permitirán".

Llegaron los exámenes. Me sabía tan bien las materias que habíamos visto en Historia, que contaba como seguro el empate en el primer lugar. ¡Llegó el día de Historia! Había leído, sí, la Guerra de Troya, pero era tan larga, que no pude retenerla. Únicamente me acordaba, por ser interesante, del colosal caballo de madera, en cuyo interior se ocultaron multitud de guerreros.

Allí estábamos, rodeando la mesa de sor Clementina para sacar el punto del examen. Metí la mano en la cajita y abrí el papelito temblando: ¡¡¡La Guerra de Troya!!! No tuve tiempo de pasar de aquella tremenda decepción a otra mayor. Alguien me tira del vestido; era M., trémula, nerviosa, como yo. "Cambiemos el punto, me dijo ella, yo sé mejor la Guerra de Troya, que el punto que me ha tocado a mí, las Guerras médicas". ¡Ay! Aquella pregunta me la sabía para sacar un diez. ¡Estaba salvada! En el mismo instante, con la rapidez de un relámpago, más rápido aún que el pensamiento, pues ni siquiera había tenido tiempo de considerar la propuesta de M., ¡siento sobre mi hombro la santa mano de mi "Nuevo Amigo!

Y entonces pensé: "¡Qué propuesta me ha hecho! ¡Qué acción tan baja cometería! Es preferible que saque un cero, a sacar un diez, con una mentira". Entonces le respondí a mi compañera: "No, M., engañaríamos a sor Clementina. Sabes tu

punto mejor de lo que yo sé el mío".

La Hermana dio la señal y nos fuimos a nuestros sitios. F. sacó el primer lugar y yo, el cuarto, porque no escribí casi nada de la Guerra de Troya, salvo algunas líneas sin conexión, tal vez. La Guerra de Troya afeó mi tarjeta azul: saqué cero en Historia Universal. Y cuando, avergonzada, entregué mi tarjeta a papá, la santa mano de mi "Nuevo Amigo" se posó sobre mi hombro. No recibí el regalo de papá, pero la santa "dulzura" de su santo rostro valía más que los más ricos regalos de este mundo, y si papá no tuvo la alegría aquella vez, la tuvo después muchas veces, aunque sólo después de que F. se marchara a vivir a Cruz Alta.

Capítulo 46
La almohada maravillosa

El caso que voy a contar muestra, bien a las claras, qué boba era yo y lo apocada que era mi inteligencia; y cómo era del todo incapaz de hacer una buena acción siquiera por mí misma, por mínima que fuese, sin la ayuda de mi "Nuevo Amigo".

Estábamos en el año escolar de 1916. Una mañana, en el recreo, A. me dice: "¿Vamos hoy, a la tarde, a las 4, a ver el desfile de los exploradores desde el balcón del club?". Le respondí con pena de no poder ir: "¡Lástima que sea a esa hora, porque eso, con seguridad, dura hasta el oscurecer, y después no tengo tiempo de estudiar! ¡Tenemos tres enormes lecciones de literatura, catecismo y geografía, y me lleva casi dos horas aprenderlas!"

A. me contesta: "¿Vas a dejar de asistir al bonito desfile de los exploradores, sólo por las lecciones? Realmente eres una tonta. Yo tengo tanto tiempo para estudiar como tú. Sólo hago

los temas escritos, pero las lecciones, nunca las estudio. A la noche, cuando me acuesto, pongo debajo de la almohada el libro donde está la lección que tengo que dar al día siguiente y, al otro día, a la hora de la lección, la doy 'de corrido'".

Mi sorpresa llegó al colmo. En mi enorme admiración, le pregunto: "¿Y cómo es que muchas veces no sabes la lección?". A. me respondió con rapidez: "Es que no había puesto el libro debajo de la almohada". Y continuó: "Prueba hoy; pones por la noche, cuando te vayas a la cama, el catecismo, la literatura y la geografía debajo de la almohada, y mañana te sabrás la lección tan bien como nunca te la has sabido en tu vida. Yo te lo garantizo".

No sabía qué responder, tan grande era mi admiración. ¡Yo, que me pasaba la tarde entera estudiando, cuando bastaba un medio tan simple! Le di las gracias a A., de todo corazón, y le prometí darle la colección más bonita de estampas que tenía. Estaba radiante. Iría al desfile de los exploradores. Quedó todo planeado: A. vendría a buscarme a las 4, yo la esperaría preparada.

Todo sucedió a las mil maravillas. Presenciamos el desfile de los exploradores desde el balcón del club. El resto de la tarde estuvimos paseando en coche con Isabel y Laura, que también estaban en el club. Cuando el generador, con su sonido estridente, anunciaba la hora de la iluminación pública, ellas me llevaron a casa en su coche.

Me sentía inmensamente feliz. Me había divertido toda la tarde y, al día siguiente, ¡sabría mis lecciones como nunca! Enseguida fui a ver mi cajita de estampas para juntar la colección que había prometido llevarle a A. al día siguiente. Con el corazón lleno de alegría y gratitud, preparé el paquetito lo mejor que pude, lo envolví en un papel satinado y lo até con una cintita.

Llegó la hora de ir a la cama. Con la más completa convicción, en la mejor buena fe de este mundo, con todo el cuidado y la alegría, sin haber leído siquiera una vez el trozo de cada lección, coloqué, debajo de la almohada, el catecismo, el cuaderno de literatura y la geografía. Poco después me dormí con la más segura y dulce de las expectativas.

Llegó el día siguiente. Lo hice todo como de costumbre. Saqué los libros de debajo de la almohada, y sin haber leído nada, sin ni siquiera haber comprobado si sabía las lecciones -tan firme era mi creencia-, me fui al colegio, llevando muy orgullosa, mi regalito para A., como prueba de mi agradecimiento. Al entrar en la clase, algo pronto, A. todavía no estaba. En seguida llegó y me buscó con los ojos. Le mostré, de reojo, el paquetito que le había traído. La Hermana Clementina dio la señal para la oración, y comenzó la clase.

A primera hora había Religión. A la primera pregunta, se levantaron los dedos. Sólo entonces me di cuenta de que no sabía responder a lo que la Hermana había preguntado. Segunda pregunta, ídem. Tercera pregunta, lo mismo. No es necesario que describa mi decepción. Busqué a A. con los ojos. Ella me miraba riéndose con sorna. Y he aquí que, tras una pregunta, oigo mi nombre. Me levanté con una confusión indescriptible. No sabía responder nada. Bajé la cabeza y, con una violencia suprema, conseguí contener las lágrimas que querían irrumpir a borbotones.

Sor Clementina me preguntó si estaba enferma. Le respondí negativamente con un movimiento de cabeza. A continuación llama a A., para que responda la pregunta que yo no había sabido, y la responde perfectamente. Todavía creció más mi decepción. No comprendía aun la situación. Y es que nunca se me había ocurrido, hasta aquel momento, ya con 16 años, que alguien pudiera engañar a otro, ni siquiera en broma.

En cualquier momento en el que mis ojos buscaban a A., allí estaba ella, con la cabeza vuelta hacia mí, riéndose con ironía. Se acabó la lección de Religión. Después del recreo de las diez, tendríamos literatura y geografía. Sonó la señal para el recreo.

Esto es lo que había pensado: "Seguramente había que poner los libros abiertos debajo de la almohada y yo los puse cerrados", (porque esta duda ya la tuve al acostarme). Sor Clementina dio la señal para bajar. Cuidadosamente metí en el bolsillo el paquetito de las estampas. En el patio, justo había sonado la señal de romper filas, A. corrió hacia mí riendo, riendo a carcajadas. Y yo, pasando de una decepción a otra, sin atinar con el sentido. Con el paquetito en la mano y con el corazón oprimido por las lágrimas que forcejeaban por salir, aguardo lo que me quería decir A., casi convencida de que sería lo mismo que yo había estado dudando: los libros tenían que estar abiertos. Finalmente A. logró exclamar: "Nunca pensé que fueras tan tonta. ¿Metiste los libros debajo de la almohada y no estudiaste? ¡Qué mentira te tragaste! Eres realmente una necia".

En este momento se me cayó la venda y vi. Lo comprendí todo. ¡A. me había engañado! ¡Ay! Ahora llega la reacción. En un instante, me pasó por la mente un tropel de pensamientos: "¡A. me había dicho una mentira y aún se burlaba de mí!". En una humillación extrema, contengo las lágrimas, ahora por amor propio. ¡No, no debía verme llorar! Y ella riendo y riendo todavía, mirando el paquetito que yo tenía en la mano, dijo: "Pero no te perdono las estampas que me prometiste".

"Si no fuesen estampas, las rompería en mil pedazos y te los tiraría a la cara, para demostrarte mi desprecio". Estas son las palabras que pensé, pero que no llegaron a salir de mi boca, porque en el momento decisivo, sin darme tiempo a

pronunciarlas, la santa mano se posó suavemente en mi hombro y lo entendí todo: debía darle a A. el paquetito. Haciendo una violencia inaudita a mi amor propio, se lo di. A. lo aceptó, riendo aún y dándome las gracias con ironía. Ella, tal vez, lo tomó todo como un juego y no comprendió cómo me despedazaba el corazón.

lección de geografía y de literatura sucedió lo mismo
a de catecismo, aunque aquí la "dulzura" de mi
Amigo" me consolaba el alma y no sufrí. Sor
a no dijo más que: "Hoy Cecy está enferma, vamos
quietecita", y ya no me preguntó más. Esa misma tarde, como una excepción, les comenté el hecho a papá y a mamá, pero no con todos los detalles. Papá se rió, es verdad, pero después, bien serio, añadió: "Hija mía, con 16 años, algo así no se te puede disculpar".

Y mamá dijo: "Es un boba, se cree todo lo que le dicen. Si le dijeran 'tírate de cabeza a este pozo que llegarás al fondo, sin aplastarte ni un dedo' ella es muy capaz de creérselo".

En cuanto a mí, me quedé bastante avergonzada al reconocer que era tan boba. Me parece que el hecho no me sirvió de lección, porque continué siendo boba de la misma manera. He contado este caso sólo para que vean cuánto trabajo tuvo mi "Nuevo Amigo" con la boba de su amiguita. Amén.

Capítulo 47
En el teatro

Todavía en 1916. Había venido a Jaguarao una gran compañía de operetas que levantó una expectación extraordinaria. Antes de que viniera la compañía le precedió

una especie de secretario para verificar si la tal compañía podría venir, pues había sido contratada por el Teatro Esperanza. El secretario andaba por las casas colocando abonos para el recital, que se componía de unos cuantos espectáculos. Papá no quiso adquirir un abono. Era muy caro: un palco para 5 personas, 200.000 reales. Papá dijo: "Tal vez podamos escoger un espectáculo".

Al final, vino la compañía. Por la tarde, los artistas con sus trajes de gala, habían salido haciendo un recorrido de exhibición por las calles, en una fila de coches con las capotas levantadas. El domingo, primer día de estreno, recibí por la mañana, a la vuelta de la iglesia, una cartita de A., diciendo que su papá había reservado un palco en el que quedaba un lugar vacío, y que don B. le había mandado qúe me invitara. Papá y mamá me dieron permiso y por la noche estaba yo radiante esperando que A. me viniese a buscar. Así sucedió y nos fuimos. El teatro estaba a rebosar; no había un palco vacío, ni un asiento de platea, ni una butaca sin ocupar. Allá estaba yo, en un palco con A. y su familia.

Sonó la campanilla y la orquesta de la compañía interpretó la obra "Guaraní". Momentos después se eleva el telón y comienza el drama. Era un drama de Alejandro Dumas, de cuyo título no me acuerdo. El primer escenario era la lujosa sala de un castillo. Entra un hidalgo y comienza a hablar. Y de aquí no pasé. Las santas alas de mi "Nuevo Amigo" se extendieron, como ya había ocurrido en varias ocasiones, y ya no vi ni oí nada más, salvo su "dulzura", que me cautivaba el alma y el cuerpo (no sé si puedo expresarme así). Y terminó el espectáculo.

Al día siguiente en la mesa, papá me preguntó por el argumento del drama. No se lo supe explicar. Fui ridiculizada por mamá, que me trató de tonta. Papá siempre demostraba

bondad conmigo. Lloré por la humillación que experimenté. Mamá luego me acarició y lo olvidé todo. Durante el resto de la temporada de la compañía papá adquirió un palco. Mi lugar se lo cedí a tía E., y Vovó se quedó conmigo. Le dije a papá que no me gustaban las obras de teatro, que me gustaba más el circo. Papá se rió diciendo: "Y seguro que lo que más te gusta es el payaso". Papá parecía conformarse con la estupidez de su hija, pero yo, por entre aquella generosa conformidad, percibía bien algo que le entristecía. Amén.

Capítulo 48
En el bar

1916: Anuncios del carnaval. En Jaguarao, al aproximarse la época del carnaval, acostumbraban a hacer los bailes de anuncio, como los llamaban. Eran comparsas de mozos y mozas, disfrazados generalmente con dominós, que "asaltaban" los clubes, y también las casas de familia, formándose entonces el baile.

Esta vez, el "asalto" iba a ser al club Jaguarense. Fui, arrastrada por la ola de entusiasmo de algunas amigas.

Hablando francamente, no me gustaban mucho los bailes y las otras reuniones sociales; me disgustaban algunas formas de comportarse. Papá, una vez, en la fiesta de aniversario del Capitán B., dijo que yo le había avergonzado porque, en el brindis, dije que no me gustaba el champán y el Mayor E. tuvo que servirme otra bebida. Es que me gustaba decir y hacer las cosas tal como las sentía. Otro ejemplo más: Al doctor C. le gustaba pasear alrededor del salón, hablando de modo tan rebuscado y ampuloso que no le entendía nada, ni sabía qué responderle. Entonces le dije: "¿El Señor podría hacer el favor

de hablar de una forma más sencilla conmigo? Papá, en casa, no habla así, tampoco las Hermanas en el colegio". El se rió a más no poder, diciendo que yo no era más que una ingenua colegiala. Por éstas u otras cosas, comencé a aborrecer aquellas reuniones y sólo acudía llevada por el entusiasmo de las otras.

¡Pero he interrumpido mi narración! Fui a aquel baile de anuncio, disfrazada con una capa amarilla. Estaba en el salón sentada con F. y vinieron dos jóvenes, uno invitó a bailar a F. y el otro, a mí. Yo entonces no sabía bailar bien y se lo dije al mozo. A él, sin embargo, le pareció que yo "bailaba muy bien" (ahora me doy cuenta que eso no era más que uno de los cumplidos que el mozo empleaba) y siguió todo el tiempo bailando conmigo. Por fin, le dije al joven que estaba cansada y que quería volver a mi sitio. Él me llevó al bar, tomó una de las mesitas desocupadas y mandó traer una bebida. En aquel momento hubiera preferido un sorbete; sin embargo, me acordé del caso del champán, y tomé la bebida. El joven, a quien yo no conocía, me sirvió otra copa. Pensando que si rechazaba la segunda copa faltaría a la cortesía, la llevé a los labios, que no llegaron a mojarse, pues mi brazo fue suavemente detenido por la santa mano de mi "Nuevo Amigo". El mozo insistió y yo, segura por la oposición de mi "Nuevo Amigo" de que no faltaba de modo alguno, se lo agradecí diciendo: "Muchas gracias, pero no acostumbro tomar más de una copa de cualquier bebida". El joven alegó que el contenido era muy pequeño. Sin embargo, la santa mano estaba sobre mi hombro.

Tengo plena certeza de que, si mi "Nuevo amigo" no lo hubiese impedido, hubiera tomado tantas copas cuantas el joven me hubiera ofrecido, pues además de no pensar en el mal que me haría el exceso de bebida, había concebido una idea errónea de lo que papá había dicho: tenía miedo de faltar a la cortesía.

Mi "Nuevo Amigo" permaneció con la mano posada sobre mi hombro durante todo el tiempo que estuve en la mesita con el joven. Su santo rostro tenía una "seriedad" plácida, pero triste. Comprendí que le desagradaba que me quedara allí con ese joven. Sin preámbulos, me levanté y le dije que me volvía al salón. Él quiso acompañarme, pero le dije que quería volver sola, y se conformó.

Mi "Nuevo Amigo", en el momento en que escribo esto, reconozco que me libraste de más de un peligro. Salvaste de grandes peligros a tu pequeña amiga, sin que ella se enterara. Sólo ahora caigo en la cuenta y veo de cuántos peligros y males me libraste.

Mi "Nuevo Amigo", Os quiero mucho aún, a pesar de que os escondisteis y dejasteis a vuestra débil amiga como abandonada. Pero yo bien sé que estáis obrando así porque Nuestro Señor lo quiere. Por tanto, yo también lo quiero y confío siempre en vuestra protección. Amén.

CAPÍTULO 49
Rezar de rodillas

Papá estaba aún en la Colonia Militar del Alto Uruguay. Allá no había casas de obra y, antes de que nombraran a papá, el gobierno había mandado construir una casa de madera barnizada y ya con muebles.

Papá se trasladó solo (porque nosotros permanecimos siempre en Jaguarao), con una cocinera y otra criada para arreglar la casa, además del mozo de los recados. Ya dije en otra ocasión que extrañaba mucho la ausencia de papá, cuyo recuerdo nunca me abandonaba. Pensaba muchas veces, con añoranza de papá, que allá no tenía quien cuidase bien de él

cuando estuviese enfermo, y tantas otras aprensiones mías.

Por la noche, era incapaz de dormirme sin haber rezado el Rosario entero por papá, a no ser que hubiese hecho por él un sacrificio "grande". Y mi última petición a mi "Nuevo Amigo", antes de dormirme, era invariablemente ésta: "Mi 'Nuevo Amigo', en cuanto me duerma, vete con papá y quédate con él vigilando, junto con su 'Nuevo Amigo'". Sólo entonces me dormía en paz.

Un día, tuve una añoranza de papá mayor que la de los otros días. Se sucedieron los pequeños sacrificios y recé a Nuestra Señora más de un Rosario. Tenía más añoranza de papá, eso era lo único que sabía. A la noche le pedí a mi "Nuevo Amigo" que, antes incluso de dormirme, fuera a cuidar de papá. Y después, tarde, cuando todos dormían, me desperté pensando en papá.

Estábamos en lo más duro del invierno. Pero como no tenía sueño, pensé en rezar un Rosario por papá, acostada como estaba; con el frío no me apetecía levantarme y arrodillarme.

Comencé la primera decena del santo Rosario, pero no llegué a rezar tres Avemarías. Algo, como un fuerte impulso, me obligó a levantarme; debía rezar de rodillas. Así lo hice. De rodillas, al pie de la cama, recé con la mayor devoción de que era capaz mi alma, con la firmísima convicción de que papá necesitaba la oración. Recé, no sólo un "tercio" del Santo Rosario, sino además otro "tercio" de "Recordad que os pertenezco", y otro "tercio" al "Santo Ángel".

Mi "Nuevo Amigo" hasta entonces no se había manifestado. No me extrañó pues le había mandado que fuera con papá. Al terminar el Rosario del "Santo Ángel", comencé otro "Rosario de Glorias al Padre", tan grande era la necesidad que tenía de rezar, a pesar del frío intenso que sentía y de la

oscuridad y el silencio reinantes. Al finalizar la decena del "Glorias al Padre", allí estaba sobre mi cabeza la santa mano, como acariciándome, como diciéndome: "Basta, papá está a salvo". (Eso lo sentía absolutamente convencida). Volví a la cama y, poco después, volví a dormirme con una paz santa, muy santa.

Pasados varios días, mamá recibió una carta muy larga de papá y recortes de periódico, donde se contaba el suceso. Papá había arrestado a un soldado a causa de una falta que había cometido contra la disciplina. Éste, después de cumplir el arresto, fue puesto en libertad.

Dos o tres noches después (justamente la noche en que me desperté para rezar), papá se despertó por el ruido de grandes estallidos en la casa, y se vio rodeado de una fuerte claridad. Se dio cuenta de que la casa estaba ardiendo, saltó de la cama e intentó pasar a la habitación contigua para salvar unos papeles importantes. ¡Imposible! Las llamas, aterradoramente, lo devoraban todo. Intentó salir por la otra puerta, lo mismo. ¡Todo rodeado por las llamas!

Corrió, entonces a la ventana que daba al exterior, pero el fuego o el calor la habían deformado y no se podía abrir. De repente, sin embargo, con un fuerte estallido, se abrió la ventana, cuyas hojas estaban ya siendo lamidas por las llamas, y justo tuvo tiempo de saltar afuera. Fue el mismo papá el que dio la señal de alarma y finalmente vino el socorro.

Hechas posteriormente las investigaciones, se aclaró el caso. El pobre soldado confesó después que, en un arranque de venganza, había dado fuego a la casa.

He contado este caso porque tengo la firme convicción de que fue mi "Nuevo Amigo" quien salvó a papá. Creo hasta que fue Él quien abrió la ventana para que papá se salvase. Como era mi costumbre, sin saber por qué, no comenté a nadie el

caso de aquella noche de los santos rosarios. Únicamente sé que mi "Nuevo Amigo" me dejó rezando, cuando fue a salvar a papá. Y cuando me puso su santa mano sobre la cabeza, papá ya estaba a salvo.

Mi "Nuevo Amigo", glorificado sea Dios en vuestra santa fidelidad. Amén.

Capítulo 50
El libro inconveniente

En 1916, el Liceo Espíritu Santo cerró, trasladándose a Jaú, en el Estado de Sao Paulo. Inmediatamente sentí la ausencia del santo Padre Espiritual, el Canónigo Godofredo Evers. Estaba acostumbrada, desde hacía 10 años, a su dirección espiritual, y había sido él quien semanalmente me trazaba la ruta que debía seguir.

En el año 1917, mi vida entró en una nueva fase. Me surgieron dolorosos escrúpulos a causa de mi acción que me parecía erróneamente emprendida. Sufrí mucho tiempo ese cruel tormento. Sin embargo, tenía mucho amor a Nuestro Señor Jesucristo, a Nuestra Señora y a mi "Nuevo Amigo", a cuyas inspiraciones mi conciencia nunca me ha acusado de haber sido infiel (digo "voluntariamente"). ¡Extraordinaria gracia de mi Dios! El horror al pecado había aumentado en mí mucho y creo que por eso pude atravesar incólume esa difícil fase de mi juventud. En las horas y en los días de ocio, de vacaciones y fiestas de guardar, a fin de aliviar el combate trabado en mi alma, comencé a entregarme a la lectura.

Teníamos biblioteca en el Colegio y todos los sábados podíamos sacar un libro para entregarlo el lunes. Hasta entonces, había sido siempre el Padre Godofredo el que me

indicaba el libro a leer. En las reuniones de la Congregación Mariana, el Padre Godofredo hablaba a menudo sobre el peligro de los malos libros y me infundió con esto tanto temor a las malas lecturas, que si me caía en las manos un libro desconocido, era incapaz de hojearlo, si no me obligaban las circunstancias. Ahora, sin embargo, me faltaba mi fiel guía.

Con los propios libros de la biblioteca del colegio tenía un cierto respeto. Una vez, una compañera me había recomendado un libro de nuestra biblioteca del colegio que se titulaba "Gran pecadora". El Padre Godofredo me había dicho: "Ese libro no es malo, no, pero no quiero que Cecy lo lea, ni ahora, ni más tarde". Ese libro cayó en mis manos por dos veces, pero gracias a Dios, ni siquiera lo hojeé. Los sábados iba a la biblioteca. Me daban el catálogo. Pero antes le decía a mi "Nuevo Amigo" que escogiese un libro para mí. Sin ver ninguno, cerraba los ojos y, con el dedo sobre la columna de números del catálogo, señalaba un número "a suertes".

Cierto sábado, la biblioteca no nos pudo atender, y nos quedamos sin libro, con gran disgusto mío. Llegué a casa y eché en falta la lectura. Me acordé de que a P. le gustaba leer, y tenía siempre muchos libros. Le mandé una nota, pidiéndole uno bonito, a su elección. Con las ganas de leer, me olvidé del temor. Esa vez no pensé en ello. Me mandó luego un bonito volumen nuevo, cuyo título era "Las vestales".

Acostumbraba a leer en mi cuarto. Radiante, me fui para allá. Me siento y tomo el libro. Apenas hice mención de abrirlo, en la primera página, cuando la santa mano de mi "Nuevo Amigo" se posó sobre mi cabeza, de modo que el libro se cerró solo y se cayó al suelo. Miro su santo rostro: triste y serio. Comprendo. No debía leer aquel libro.

Me invadió el alma un gran arrepentimiento por haber tomado un libro, por primera vez, sin consultar antes a mi

"Nuevo Amigo", como acostumbraba a hacer después de la ausencia del Padre Godofredo. Me arrodillé inmediatamente y les pedí perdón a Nuestra Señora y a mi "Nuevo Amigo". Lloré lágrimas de verdadero arrepentimiento. Después de unos instantes, llorando con la cabeza apoyada en la cama, siento la santa mano como acariciándome. Comprendí bien a mi "Nuevo Amigo"; ¡ya estaba tan acostumbrada a Él! Allí estaba otra vez satisfecho con su pobre amiga arrepentida. Su santo rostro ya no estaba triste. Era mi cielo aquí.

Junté el libro con los ojos cerrados, lo envolví y se lo mandé de vuelta a mi compañera, diciéndole francamente que me había acordado de que no podía leer sin permiso del Padre Confesor. Amén.

CAPÍTULO 51

¡Tú hablas, yo te estrangulo!

Sólo un año después del incendio en la Colonia Militar, el gobierno la disolvió y vendió toda aquella zona. Papá fue a Puerto Alegre. Nosotros nos quedamos en Jaguarao. Todas las noches después de la cena, mamá solía ir a visitar a Vovó. Mis hermanos iban siempre con mamá; yo, sin embargo, me quedaba con Acacia, Concepción y Abelino (el soldado que se trajo papá de Santa Victoria), pues siempre tenía mucho que estudiar. Es que era muy lenta en mis tareas escolares y no me bastaba con la tarde entera.

Era una noche de verano. Estaba estudiando en la galería delantera, que quedaba a continuación del corredor de entrada. Estaba todo abierto: la puerta de la calle y la puerta de en medio, que daba a la dicha galería. Yo me colocaba para estudiar al final de la mesa grande que había en el centro de la

galería. Me causaba pena la ausencia de papá; a pesar de sus continuos viajes, no me podía acostumbrar. Miraba de vez en cuando el sofá que estaba en un ángulo, donde, a aquellas horas, papá solía hacerme compañía, leyendo los periódicos. Y me invadía la añoranza de papá.

Estudiaba sola. Mi "Nuevo Amigo", en estas circunstancias, no se manifestaba. Sin embargo, lo sentía siempre a mi lado. Raramente cambiaba de lugar. Como papá no estaba en casa, cuando mamá iba a visitar a Vovó, mandaba a Abelino que no saliera de casa, y a Acacia y a Concepción que se quedaran conmigo. Abelino siempre estaba en la parte de atrás de la casa y a esa hora llenaba de agua el barril y las tinajas para Acacia. Acacia y Concepción se ocupaban de la limpieza de la cocina.

Tan concentrada estaba en mis estudios que alguien entró sin que yo me diera cuenta, colocándose en el extremo opuesto de la mesa. Al levantar los ojos, puede suponerse cuál fue mi espanto. La voz se me quedó cortada en la garganta y mis miembros se quedaron paralizados. Quise gritar y huir. ¡Imposible! El hombre parecía estar un poco borracho, pues se agarraba al borde de la mesa con las dos manos. Vestía a la "gaucha", como generalmente visten tales hombres en Jaguarao. Era un hombre alto y fuerte, con mala cara y con una mirada cobarde. En la ancha faja que llevaba, vi una funda de cuchillo.

No puedo precisar el espacio de tiempo que el hombre se quedó mirándome y yo a él. Pero fue brevísimo. Intentó aproximarse a mí, rodeando la mesa y, apoyándose en ella, dijo en lengua uruguaya (muy común en Jaguarao, frontera con Uruguay): "Tú hablas, yo te estrangulo". El terror se apoderó de mí. Esforzándome, pude decir a media voz: ¡Mi "Nuevo Amigo! Su santa mano se posó en mi hombro. El terror que se

había apoderado de mí desapareció como por encanto. Pude levantarme para ir a llamar a Acacia y el hombre huyó, derribando una silla.

Me paré, entonces, y miré al santo rostro. ¡Estaba serio! ¡Ah! En ese momento comprendí y reconocí mi falta: después de que mamá saliera, le dije a Abelino que me fuera a comprar chocolate. Abelino rotundamente me respondió que no, diciéndome que debía quedarse en casa mientras mamá estuviese ausente. Pero yo, que no estaba acostu
negativas, insistí tanto y le puse tantas objecione
("anda, Abelino, en una carrerita; está cerca;
importa; además es temprano, etc. etc."), que a
elino, aunque claramente contrariado, acced
volvió, el hombre ya había huido.

No le conté el suceso; no con la intención de ocultarle mi falta, gracias a Dios, sino porque él, siempre tan recto y cumplidor de sus deberes, iba a afligirse demasiado y a culparse a sí mismo, cuando la verdadera culpable era yo. Y además, mamá, le hubiera reñido.

Cuando Abelino volvió, el arrepentimiento que ya tenía, aumentó mucho. Me entregó el paquete de chocolate diciendo: "He ido casi corriendo, porque no estaba conforme. No me vuelva a pedir esto otra vez. Así no merezco la confianza que doña Antonia tiene en mí". Casi sin poder contener las lágrimas, que ya irrumpían, sólo pude decirle: "Gracias, Abelino". Sin embargo, no toqué el paquete. Al día siguiente se lo di a Abelino, pero no me lo aceptó. Se lo di, entonces, a Acacia y Concepción.

La noche del suceso no tomé el té y me fui pronto a la cama. Pero antes, con sincero arrepentimiento, les pedí a Nuestro Señor y a mi "Nuevo Amigo" que siempre me perdonaran. Lloré de arrepentimiento y, después de que mis

lágrimas cesaran, miré al santo rostro y lo hallé con aquella "dulzura" que me hacía olvidar todo y me llenaba de verdadera paz. Al día siguiente (no esperé al sábado), después de clase, fui con una compañera a la Parroquia para confesarme. Nuestro Señor volvió a perdonarme. Este suceso sólo lo llegaron a conocer Nuestro Señor, mi "Nuevo Amigo" y aquí en la tierra el Padre Confesor. Amén.

CAPÍTULO 52

Miguel, el mozo de habitaciones del hotel

En 1918, papá fue trasladado a Río. Nosotros nos quedamos en Jaguarao. A pesar de tener ya 18 años, extrañaba inmensamente la ausencia de papá, mucho, mucho más que las otras veces. Y con toda convicción declaro aquí que si no hubiera sentido vivamente conmigo la presencia de Nuestro Señor y de mi "Nuevo Amigo", principalmente en esas ocasiones, no sé si hubiera podido resistir la falta y la añoranza de papá.

Él era para mí un "segundo Nuevo Amigo", bien visible. Cuando yo estaba enferma, si papá estaba en casa, no se apartaba de los pies de mi cama. Ponía el sofá al lado y allí permanecía mi "Nuevo Amigo visible", para darme las medicinas y probar mis alimentos, para comprobar que realmente estaban bien hechos. De ahí la gran y casi insoportable falta que sentía por su ausencia.

Pues bien, el año 1918 llevó a papá a Río. Los primeros meses pasaron más o menos bien. En Río papá se hospedaba en un hotel. Sus cartas le llegaban puntualmente a mamá. Finalmente hubo una pausa llamativa en la correspondencia de papá, hasta que llegó un telegrama en el que decía que se

encontraba un tanto enfermo, pero que no temiéramos nada. En esta ocasión, como tiempo atrás cuando el incendio en la Colonia Militar, de noche, después de que la luz se apagara, me levantaba y, de rodillas al pie de la cama, desgranaba el Santo Rosario, rezando el "Tercio" de Nuestra Señora, el de "Acordaos" y el de "Santo Ángel del Señor", hasta que su santa mano, posándose sobre mi hombro, me indicaba que terminara.

Así, se repetía la escena invariablemente. Cuando comenzaba mi oración, le pedía a mi "Nuevo Amigo" que fuese a estar con papá. Y el santo y fidelísimo Amigo jamás se opuso a la petición de su pequeña amiga, y todas las noches iba a estar con papá, mientras yo me quedaba rezando, anunciándome su regreso al ponerme su mano sobre mi hombro. Y sólo entonces podía dormirme.

He aquí lo que le sucedió a papá. Cierta tarde regresaba al hotel. En el tranvía, comenzó a sentirse indispuesto. Al llegar al hotel, le indicó al mozo de habitaciones su estado y le mandó llamar al médico. Comenzaban a aparecer en Río los primeros casos de la terrible epidemia española hasta entonces desconocida, y papá fue una de las primeras víctimas. Estaba a las puertas de la muerte.

Los telegramas de mamá los respondía el mozo de habitaciones. Todavía, años después, papá no cesaba de recordar y proclamar la honradez, la dedicación y la fidelidad de un simple mozo de habitaciones de hotel, para el que papá era completamente extraño. He guardado hasta hoy su nombre en mi corazón: "Miguel". No llegué a conocerlo, pero tengo la plena certeza de que mi "Nuevo Amigo" se sirvió de él. (Ahora veo, con santa alegría, que el buen mozo tenía el mismo nombre, Miguel, que mi "Nuevo Amigo", cosa que entonces todavía ignoraba).

En la sección de habitaciones en que papá se hospedaba, se dieron 24 casos de muerte. Cuando la terrible peste se propagaba con todo el furor, los médicos escaseaban y a los enfermeros, escasísimos, se les pagaban enormes sumas por cada noche de trabajo. Todo aquel tiempo Miguel acompañó a papá con una dedicación más que filial. Jamás le faltó la más mínima cosa. Cuando el primer médico también fue atacado por el mal, el buen Miguel trajo a un segundo; y cuando éste también enfermó, Miguel trajo un tercero y, por fin, un cuarto y último. ¡Cómo me gustaba oír a papá ensalzar al buen Miguel!

Meses después papá comenzó su convalecencia. Ni siquiera podía sentarse solo en la cama. ¡Pero Miguel estaba allí! Después, ya un tanto repuesto, tenía que bajar al jardín para tomar el sol. Y allá estaba el brazo del nobilísimo Miguel para que papá se apoyara.

Pido disculpas si me extiendo demasiado en estos detalles, porque siento un santo entusiasmo al hablar de aquel buen joven. Cuando papá me hablaba de él, admiraba aquel alma de elegido y sentía en la mía un santo amor, un amor todo gratitud y admiración. Y cada vez que papá —a quien jamás vi llorar, ni siquiera cuando falleció mi hermana Dilza—, hablaba de Miguel, me parecía ver las lágrimas brillando en sus ojos.

Cuando papá estuvo completamente restablecido y en condiciones para viajar, se preparó para regresar a Jaguarao. Papá me dijo, me acuerdo muy bien: "¡Aquel mozo sencillo, de exterior tan humilde, ocultaba una gran alma, un corazón bondadoso y un carácter de temple! Y en mí, viejo soldado, que siempre luché por mantener la pureza de conciencia y ennoblecer mi carácter, la presencia de aquel mozo me infundía respeto y admiración. Jamás Miguel aceptó una recompensa. Le dije que mi fortuna se reducía al modesto sueldo de oficial del Ejército, pero que, en aquella ocasión,

podía disponer de cierta cantidad. Miguel, con sencillez, la rechazó".

Papá, conmovido, no dejó de demostrarle su gratitud; sacó su anillo del dedo y se lo ofreció a Miguel, pidiéndole con insistencia que no lo rechazase. Fue en vano. Miguel le dijo a papá: "Tienes familia, regálaselo a una de tus hijas y yo me consideraré doblemente recompensado".

Fue lo que papá hizo en cuanto llegó. Me llamó y me puso el anillo en el dedo, diciendo: "Hija mía, quiero cumplir el deseo del mejor amigo que he encontrado en este mundo y del hombre más noble y honrado que jamás he visto en mi vida". Y papá me contó los buenos y edificantes actos de Miguel, a quien aprecié de veras, a pesar de no conocerlo. Desde aquel momento quedé convencida de que el buen Miguel, ciertamente, tenía alguna relación con mi "Nuevo Amigo".

En el momento en que escribo, estoy más convencida. El buen mozo se llamaba "Miguel" y hoy sé que mi "Nuevo Amigo" también se llama "Miguel". Papá le escribió muchas veces a Miguel, sin embargo, nunca tuvo la gran alegría de recibir una respuesta. Papá me contó también que, en sus largos paseos por el jardín con Miguel, se dio cuenta de que se mostraba muy reservado y discreto, cuando papá se interesaba por él intentando saber algo sobre su persona, sobre sus cosas o su vida. No pudo saber nada sobre el joven, salvo su nombre. Cuando papá terminaba de contarme algo sobre Miguel, siempre añadía: "¡Alma elegida para grandes cosas!". Sin embargo, nunca comprendí esta exclamación de papá. Amén.

Capítulo 53
Belleza deslumbrante

Finales de 1918. Último año que frecuenté mi querido Colegio de la Inmaculada Concepción. Las Hijas de María de la ciudad (pues la Congregación del Colegio era sólo de alumnas) habían decidido organizar una fiesta en beneficio de la Sociedad Obrera Santa Isabel, y buscaron el apoyo de las Hijas de María del Colegio. Iban a representar el drama "Mina". La Madre Susana había cedido el teatro del Colegio. Dirigía los ensayos doña Isaura Vargas (hoy sor Nuncia), profesora del Colegio Elemental, y que se hospedaba en nuestro Colegio.

Me escogieron para tomar parte en el drama. Y me asignaron el papel de "Cornelia", dama romana de "deslumbrante belleza". Acepté el papel, con toda naturalidad, sin acordarme de que "era fea", y ni me pasó por la mente cómo podría transformarme en "deslumbrante belleza".

Había otro personaje en el drama: "Faustina", también dama romana, hermana de "Cornelia", pero de belleza vulgar. Este papel le tocó a mi compañera M., que era realmente bonita y tenía todas las cualidades exigidas para representar el papel que me había tocado a mí. No comprendo semejante desacierto en la elección. Me dieron a mí, que era realmente fea y torpe, el papel de "Cornelia". Las chicas encargadas del festival lo habían decidido así, comenzando por doña Isaura, que hizo el papel de "Gedeón", un joven israelita. Pero el caso es que no pensé en lo "desacertado de la elección" y, muy coqueta, acepté el papel, que era bien largo y comencé a estudiarlo para el primer ensayo.

En casa mostré mi papel a papá y a mamá, contándoles el

argumento del drama. Papá siempre interesadísimo por todo lo que tenía que ver con nosotras, escuchó sin interrumpirme toda la lectura de mi papel y después añadió: "La obra parece muy bonita, pero creo que las chicas encargadas del festival no han distribuido bien los papeles, por lo menos el tuyo. La dama romana era de gran belleza y, como tal, muy orgullosa, dominaba a todos. Mi hija no podrá interpretar ese papel, y por ello, no va a agradar al público".

Sólo entonces, por las palabras de mi padre, caí en la cuenta; y como sabía muy bien que no era bonita, y hasta me encontraba feúcha, me pareció que, como siempre, mi padre tenía razón, e inmediatamente lo decidí: "Tienes razón, papá, la obra va a quedar muy rara, cúando el joven israelita proclame la "belleza deslumbrante" de la hija del senador romano, y después, ¡qué decepción para los espectadores! ¡Aparece una "damisela" muy feúcha! Papá se rió muy a gusto y, atrayéndome hacia sí, mientras me abrazaba y me acariciaba, me dijo: "Mañana entrega tu papel a la muchacha que te lo dio, agradéceselo con franqueza y le expones el motivo de la devolución, a la vez que te ofreces a representar otro papel, por ejemplo el de "Eufrosina", aya de 'Gedeón' ".

Al día siguiente hice lo que papá me había dicho. Fui a estar con doña Honorina (prefecta de la Congregación), la principal encargada de la fiesta, y se lo expuse todo. Doña Honorina también se rió bastante y, abrazándome, me dijo: "No hay nadie más responsable que yo del éxito de la fiesta. Vas a quedar tan bonita como "Cornelia", Vicy se cuidará de transformarte". Y me pidió que me quedara con el papel. Se lo prometí, con la condición de no asumir este compromiso si Vicy "no pudiera volverme bonita". Le conté todo a papá que, finalmente, no se opuso. Mamá lo criticaba, diciendo que no iba a ir a la fiesta para ver "damas feas".

Los ensayos se sucedieron sin novedad, y llegó el tiempo de preparar el vestuario. Vicy me prestó el lindo vestido con el que había sido la reina del último carnaval en el club Jaguarense. Era realmente lindo. Las chicas adaptaron el gran manto de terciopelo y armiño al estilo romano. No faltaban anillos, brazaletes, pulseras, la bonita diadema de perlas y los grandes aros en las orejas a la moda romana. Las sandalias de satén blanco iban atadas a la pierna con un cordón dorado.

Vicy, muy experta y entendida en el "asunto", se ocupó de mí. La víspera me rizó el cabello para conseguir el "peinado romano", de acuerdo a un grabado que había comprado. Y allí estaba yo preparada. ¡Las compañeras y las mozas me hallaban "bonita"! Me trajeron un espejo y quedé "satisfechísima" con mi "falsa belleza". ¡Casi no me reconocía! ¡Lo había conseguido! Aquello era un verdadero estudio de pintura: leche de lirio, rojo, barra de labios, lápiz, y no sé cuántos mejunjes más me había puesto Vicy.

Y tanto escuché que estaba bonita que, mirándome con detenimiento al espejo, pensé: "Voy a comprar leche de lirio y todas esas cosas que usa Vicy, así podré estar siempre bonita como hoy". Apenas concebí tal pensamiento, una santa mano conocida se posaba sobre mi hombro. Y allí estaba el santo rostro, dolorosamente triste. Lo entendí todo. Y, en medio de aquel barullo de voces, risas, vestidos, flores, adornos de las compañeras y de las mozas que nos ayudaban a vestirnos, y allá en el salón el murmullo de las voces del pueblo y la música que ya tocaba, sufrí el dolor de un arrepentimiento grande, muy grande. Comprendí la voz amiga: "¡Si yo fuese bonita, como estaba entonces, mi alma sería horriblemente deforme!"

¡Qué loca había sido! ¿Para qué desear una belleza física, exterior, cuando mi alma era más bella que las más deslumbrantes bellezas físicas? Deseé ardientemente quitarme

todo aquello que, en ese momento, me repugnaba tanto. ¡Lavar aquella cara que no era más que una máscara! ¡Sin embargo, era imposible! Comenzó la representación, y mi pobre alma estaba oprimida por el dolor, pero gracias a Dios, por el bendito y salvador dolor del arrepentimiento. Además, gracias a mi Dios y a mi "Nuevo Amigo", la "santa lección" fue saludable. Nunca más he tenido ocasión de "hallarme bonita" y nunca más pretendí serlo. Y muchas veces he agradecido a Nuestro Señor ser fea, porque sabía que si hubiese sido bonita, mi alma, entonces, hubiese sido fea.

Una o dos semanas después de la mencionada fiesta, Jaguarao recibió la visita del Señor Obispo de Pelotas y repetimos la obra para su Excelencia Reverendísima. Sin embargo, rehusé valientemente "los mejunjes" de pintura. Justo me puse un poquito de polvo de arroz y eso porque me lo mandó sor Clementina. Me parece que nadie me halló fea, y al Señor Obispo le gustó bastante nuestra obra. Cuando, después de estar peinada y preparada, doña Honorina me trajo el espejo, la santa mano se posó nuevamente sobre mi hombro, pero su santo rostro me deleitó el alma con su santa "dulzura". Amén.

CAPÍTULO 54
La polca del bastón

Fue en 1919. Una señora, doña S., había comprado en nuestro barrio una casa en la que pasaba el invierno. Como era estanciera, veraneaba en la hacienda, en una linda casa de campo, apartada de la ciudad más o menos una hora de coche. Pues bien, entablamos relaciones con esta señora, que era muy alegre y comunicativa, y acostumbraba a celebrar en su casa de

campo o en la hacienda frecuentes reuniones familiares.

Ese año de 1919, con ocasión del aniversario de su hijo, doña S. celebró una fiesta en su casa de campo. ¡Qué alegre estaba ese día! Por el camino de la ciudad a la casa de campo, había un continuo ir y venir de coches trasladando a los invitados. Nosotros fuimos por la tarde. Había también algunas mozas del campo ¡corazones de oro, almas de cristal! Siempre me han encantado estas mozas del campo, alegres y joviales, buenas y sinceras, de una franqueza de niñas y de una moral santa. Por cierto, ignorantes y tímidas. En fin, me encantaba su compañía.

Por la noche había baile, con la orquesta que había venido de la ciudad. Y allá estaban también las mocitas para el baile, con sus trajes "extraños", como decían las de ciudad. Entre ellas había una de 17 ó 18 años, cuyo nombre no recuerdo, pero que era muy buenecita. La pobrecita era huérfana de madre y vivía en la hacienda con su padre y una vieja criada. Iba a la ciudad raramente y era muy tímida.

Comenzó el baile. La vio un mozo y la sacó a bailar. La pobrecilla no bailaba, sólo daba algunos pasos muy torpes, provocando la risa de los asistentes. De hecho, era divertido lo que hacía la pobrecilla, y quien no se riese, era únicamente por caridad. Me acordé luego de mí misma, de mi propia figura, en aquel baile con el "dominó negro". Yo tampoco sabía dar más que unos pasos torpes.

Inmediatamente, quisieron divertirse a costa de la mocita y los mozos de ciudad la sacaban a bailar. La pobrecita, muy contenta, allá que salía para "dar vueltas". Los asistentes se reían y reían a costa de la mocita, buena como un ángel. Me dio pena, mucha pena de ella y, por una coincidencia, en el té se puso a mi lado. Se mostró encantada con la reunión y además me dijo que le estaba gustando mucho el baile.

Después del té, se anunció la "Polca del Bastón".

Esta danza popular consistía en formar muchas parejas (una chica y un chico), pero además de las parejas debía haber una moza o un mozo de más. La primera vez una moza se quedó sin pareja. Y ésta con un bastón en la mano se debía quedar en medio del salón, rodeada por las parejas. El director de la Polca daba la señal; la orquesta comenzaba a tocar y las parejas a bailar. A la segunda señal, la moza del bastón debía tirar el bastón al suelo, y todas las parejas tenían que separarse; todo esto ligerito y al compás de la polca. Los mozos debían ir a la derecha y las mozas a la izquierda y la moza que había tirado el bastón podía ir con el grupo de las mozas.

A la tercera señal del director, los dos grupos, en marcha, se cambiaban de lado, las mozas iban a donde estaban los mozos y viceversa. A una cuarta señal, se unían los dos grupos y cada uno intentaba formar pareja, sin escoger, porque se ponía en peligro de juntar el bastón. Y siempre aquella pobre mocita, avergonzada y enrojecida, era la que se quedaba con el bastón, mientras las otras parejas se reían, se reían de ella.

En la pausa cortísima en que los grupos cambiaban de lugar, la santa mano de mi "Nuevo Amigo" se posó en mi hombro, y su santo rostro entristecido me hizo comprender que se compadecía de la mocita y deseaba que yo tomase su lugar. Tal manifestación me sorprendió de forma indescriptible. En una mirada sentí el peso insoportable de la humillación, de la vergüenza, incluso de servir de hazmerreír a los otros, en medio de la sala empuñando el bastón. El santo rostro, sin embargo, permanecía inalterable. No acierto a describir la enormidad de aquel sacrificio.

Cuando el director dio la señal, el bastón estaba solo en el suelo, y los dos grupos mezclados. Haciéndome una violencia suprema, corrí hacia el bastón y lo empuñé. Nadie se dio

cuenta de que lo había juntado, pues cada cual estaba empeñado en tomar una pareja.

Heme allí sola, en medio de la sala, rodeada de las parejas que reían, a más no poder. No sé cómo era mi triste figura. Sólo sé que se reían de mí y que yo estaba haciendo el papel del "bufón de la corte". La vergüenza que sufrí por ello fue grande, muy grande. Pero ese momento también pasó. A la señal, solté el bastón, y... ya no volví al centro de la sala, pues entonces terminó la "polca del bastón". Y allí mismo, en el baile, mi "Nuevo Amigo" encantaba mi alma con su santa "dulzura". Amén.

Capítulo 55
El placer insípido

(El fragmento que sigue, lo escribió sor Antonia en uno de los primeros días de las vacaciones de 1938, ya enferma, recostada en la silla, contando el paso a la otra fase de su vida. Es el último capítulo de sus memorias. El repentino agravamiento de su estado, precursor de un rápido desenlace, le impidió acabar su autobiografía (Nota del editor brasileño).

1920. Aquí comenzaron mis decisiones e indecisiones sobre qué estado debía tomar. Hasta entonces, la decisión que había tomado el día de mi Primera Comunión, confirmada después tras las explicaciones del santo Padre espiritual, jamás se había debilitado ni la había cambiado. Sin embargo, 1920 me trajo verdaderas luchas espirituales, aunque yo no las comprendía bien. No tenía a quién recurrir. Las Hermanas, las santas amigas que tuve durante la mayor parte de mi infancia y de mi juventud, ya no estaban en Jaguarao. 1919 fue el último año en el que funcionó mi queridísimo Colegio de la

Inmaculada Concepción, cuyo recuerdo, tan grato, se conserva hasta hoy nítido en mi alma. Luché y luché, y unas veces me decidía enérgicamente, otras retrocedía en mis decisiones.

Sentía por mi papá un amor grande, muy grande, y me parecía imposible tener que separarme de él. Pensaba que con diversiones, paseos, etc. podría distraer mis combates, pero, por el contrario, en medio de ellos se apoderaba de mi alma una repugnancia extrema. Y si asistía a las fiestas era por conveniencia social. Papá decía muchas veces: "Es preciso, hija mía, no apartarse de la sociedad, cuando está bien ordenada por la moral". Mis dos hermanas no las frecuentaban (estaban enfermas). Y siempre, en las invitaciones a los bailes, fiestas populares, etc., allá estaba yo. Sin embargo, en medio de aquellas reuniones, sufría amargamente.

Más o menos por aquel tiempo se fundaron dos sociedades deportivas. El Sport Club Internacional y el Sport Club Crucero de Sur. Recibí la invitación de los dos para hacerme "hincha", como decían ellos. Me decidí por el "Crucero del Sur". El entusiasmo de los dos clubes era casi un delirio. Los domingos, a las dos de la tarde, se celebraban los partidos de los dos clubes, en la Plaza o en la explanada del Cuartel. Era de ver al mocerío de Jaguarao, con los distintivos de su club, animando con un entusiasmo casi exagerado.

Me dejé llevar por la ola. Me entusiasmé con el "Crucero del Sur". Un domingo se decidió un gran encuentro entre el Campeón, el "Crucero" y el "Internacional". El campo estaba de bote en bote. Las mozas llevaban en el pecho el distintivo de su equipo y el entusiasmo crecía sobremanera. Era como si todo mi ser se concentrara en esto. Parecía olvidarme, por un cortísimo tiempo, de mis aprensiones. Y, en el instante en que estaba aplaudiendo entusiasmada un lance feliz de mi club, en medio de aquella algazara de música, vivas y risas, he aquí que

aquella mano amiga, leve, muy levemente, me tocó el hombro. Al instante sentí aversión a todo aquello y mi alma comenzó a sufrir en aquel ambiente y a suspirar por "su ideal".

Y siempre, siempre sucedía así. En el momento en que parecía alegrarme en aquel ambiente, la santa mano, como que me sacaba de aquel fútil, mezquino e insípido placer. Y así se pasaron los años 20 y 21. Entonces tomé una decisión. Sin embargo se iban a presentar mil dificultades.

Capítulo 56
El llamamiento de Dios

El lector que ha seguido con atención las sinceras narraciones de sor Antonia, con justificada curiosidad, se preguntará: "¿Las personas que convivían con ella, las que la educaron, llegaron a percibir algo de su extraordinaria vida interior y de los privilegios maravillosos con que Dios la colmó desde su infancia y juventud?" De ciertas palabras y actitudes de sus directores espirituales, ya fallecidos, se impone la deducción de que ellos conocían, de cerca, el trabajo de Dios en aquella alma de elección. Sin embargo, sólo ellos lo sabían. Parece que Dios se lo quiso ocultar a los demás.

El Mayor Juan Lugdero de Aguiar Cony y su esposa, doña Antonia Soares Cony veían, con gran satisfacción, la conducta ejemplar de su hija y su progreso en los estudios. Entre las amigas y compañeras, Cecy era apreciada y querida a causa de su afabilidad y de su constante buen humor. Para juegos y travesuras, siempre se podía contar con ella, pero, al invitarla a faltar a su deber, siempre mostraba una inmediata y enérgica negativa.

Tenía un gran amor innato a la verdad y a la justicia, junto

con una susceptibilidad y un pundonor, llevados al extremo. Como legítima descendiente de la esforzada clase militar, toda su vida conservó una notable delicadeza en lo que tocaba a la honra. Las profesoras coincidían en afirmar que era una alumna modelo desde cualquier punto de vista: siempre cortés, modesta, obediente, aplicada. Nada, nada más había en Cecy que llamase la atención, a no ser, tal vez, su recogimiento en la oración, su encantadora ingenuidad y sus formas sencillas y nada pretenciosas.

Ya en el año 1913, mostró el Señor a su pequeña sierva que habría de ser su esposa. Es, pues, de extrañar que Cecy se demorase tanto en conducir sus pasos por el camino de la vida conventual. No comprendía el alcance de esa "revelación". La idea de separarse de sus padres, a quienes amaba tiernamente, no se le ocurrió ni por un momento. Llegó, durante algún tiempo, hasta a pensar en casarse, viendo en ello el medio para vivir siempre con sus queridos padres. Además, acostumbraba desde niña, a abandonarse enteramente a la dirección de su Ángel de la Guarda. Era Él quien, ante cualquier peligro, salía al paso para salvaguardar y secundar los planes divinos sobre su tutelada.

Con 18 años Cecy dejó el Colegio, que poco después se cerró. Los años siguientes los pasó en el seno de su familia, dedicándose a dar clases particulares. Algunos años más tarde, las Hermanas Franciscanas volvieron a abrir una escuela y Cecy se ofreció a colaborar con ellas.

No fue hasta 1925 cuando Cecy conoció claramente la Santísima Voluntad de Dios respecto a su vocación. No lo dudó más. Con la energía de su inquebrantable voluntad, aunque sangrándole el corazón, se despidió de sus padres y siguió la llamada del Divino Esposo.

Capítulo 57

En la Tercera Orden de San Francisco

En junio de 1926, Cecy entró como postulante en la Congregación de las Hermanas Franciscanas en San Leopoldo, donde se esforzó por adaptarse al espíritu de San Francisco, cosa que no le costó mucho.

Lo que encontraba más difícil era vivir una vida tan diferente, en la forma y en la actividad, de la que había llevado hasta entonces en el seno de su familia. Le fue muy doloroso combatir su natural viveza y dominar su genio fuerte. La tarea de tener paciencia con sus propios defectos no se le antojó fácil. Sin embargo, no se desanimó. A todo se declaró y mostró dispuesta, por amor al santo hábito franciscano, meta de sus ardientes deseos. Sólo las superioras inmediatas tuvieron conocimiento de las maravillas que en aquella alma obraba el Amor Divino. Los otros miembros de la familia religiosa quizá notasen su actitud profundamente recogida durante la oración y la simplicidad y el candor de sus palabras. En los recreos, generalmente era una interlocutora agradable y sabía entretener a las postulantes con oportunos gracejos e inocentes anécdotas.

Se aproximaba el día de la toma de hábito. Con ocasión de probarse el vestido de novia, Nuestro Señor le dio a entender que todavía no sería del número de las privilegiadas que iban a recibir el hábito de san Francisco. El dolor, en un primer momento, casi la subyugó. Pero se reanimó, pronunciando en lo íntimo del alma, un humilde "Fiat". Refiriéndose a este acontecimiento, escribió en 1937: "En la Sagrada Comunión, con el corazón sangrando, le dije a Nuestro Señor que hiciera de mí lo que Él quisiese, con tal de que no cometiera un pecado voluntario y de que Le amase cada vez más".

Pero, ¿cómo se iba a cumplir aquella dolorosa predicción? Poco tiempo después, Cecy quedó abatida con la inesperada noticia de la muerte del padre idolatrado. Fue el 18 de enero de 1927. La dureza de la noticia derribó sus fuerzas físicas. Como consecuencia, enfermó, pero se restableció después de algunos días.

Aunque, por la singular naturaleza del caso, surgieron serios obstáculos para su admisión. Cecy tuvo que dejar su querido convento. Nuestro Señor la consoló en la Sagrada Comunión, prometiéndole que un día había de vestir el hábito franciscano.

Y así sucedió. Pudo reiniciar los ejercicios del postulantado, en el mismo año, la víspera de la fiesta de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Cuando recibió la esclavina de postulante, su alma fue sorprendida con la presencia sensible de Jesús, como le sucedía en la Sagrada Comunión, gracia que gozó ininterrumpidamente durante algunos meses.

El 17 de febrero de 1928 estaba allí, al pie del altar, con el suspirado velo blanco de novicia. Al igual que en el postulantado, la vimos feliz, empeñando todo su celo en la observancia de las santas reglas y en la corrección de sus defectos. Y allá en lo íntimo del alma, Nuestro Señor no dejaba de atraerla poderosamente hacia la senda de la abnegación y del sacrificio.

Capítulo 58
La víctima

Una oración que, por consejo de su esclarecido director de entonces, acostumbraba a rezar diariamente, revela el estado del alma de la Hermana Antonia, en este periodo: "Mi Jesús, no permitáis que un día sea ingrata a tantas finezas de amor

con que me tenéis ligada y obligada a amaros. Yo me ofrezco a ser privada de todos los consuelos espirituales y a sufrir todas las cruces que Vos queráis mandarme. Disponed de mí según vuestra voluntad. Quiero y espero ser toda Vuestra. Jesús mío, yo Os amo sólo a Vos y a nada más".

Esta oración tiene su correspondencia en las palabras que pronto iba a oír de su Divino Esposo: "Debes ser víctima de confusiones y contradicciones de toda especie, en reparación de los ataques hechos a Mi Iglesia. La generosidad de un alma pequeña e ignorante de las cosas divinas y cuya vida será un tejido de contradicciones, aplacará Mi Justicia".

El 14 de febrero de 1930, día en que la Hermana Antonia emitió los votos temporales, Nuestro Señor aludió nuevamente a sufrimientos futuros. Aquellos sufrimientos comenzaron aquel mismo año. Las personas que convivían cerca de ella supieron de una extraña dolencia, a la que dio fin una cura repentina. Pero a nadie se le ocurrió buscar su causa en unas probaciones místicas. Por lo demás, la propia víctima tampoco lo comprendió. Citamos sólo algunas líneas sobre este hecho que, por obediencia, la Hermana Antonia escribió más tarde;

Nuestro Señor ya no venía en la Sagrada Comunión. De ahí las crueles dudas que llenaban mi alma: pensaba que Nuestro Señor estaba descontento conmigo. Sentía a mi "Nuevo Amigo", sí, pero hasta Él parecía impasible, indiferente a las luchas internas que surgían en mí... Después, vi la desoladora tristeza que tanto me hacía sufrir. Es que sentía en el alma un vacío inmenso: la falta, la ausencia de mi Dios.

El 24 de febrero de 1933, sor Antonia vio realizado el deseo más acariciado por su amante corazón: se consagró irrevocablemente al Divino Esposo por los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia. Con entera dedicación y

espíritu de sacrificio, retomó su actividad como profesora en el Colegio San José, en San Leopoldo. Comprendía admirablemente a sus pequeñitas, y éstas, a su vez, rodeaban de cariñosa veneración a la bondadosa educadora.

En breve, se presentó de nuevo el Esposo Divino, pidiendo nuevas inmolaciones. Y, después de haber obtenido el permiso de la Reverenda Madre Provincial, se declaró dispuesta a todo lo que Jesús se dignase exigir de ella pidiendo, además, que en nada se viesen afectadas las obligaciones del cargo que desempeñaba, en virtud de la santa obediencia.

La oblación fue aceptada: "Esposa mía, te reservo duras pruebas. El combate será grande. Dame almas, y tu flaqueza me glorificará".

¿Quiso la bienaventurada Virgen María, por ventura, asegurarle su auxilio y protección antes de irrumpir la tempestad de aquel desamparo interior? El caso sucedió el 29 de septiembre de 1935. Sor Antonia dirigía a la Madre del Cielo insistentes súplicas a favor de las almas inmortales. María Santísima no le privó de su consuelo maternal y, llena de solicitud, la animó al sacrificio. Entre otras cosas, le dijo: "Yo soy la Medianera de todas las gracias... Los deseos santos son aceptados por Dios como realidades".

Y no tardó mucho la prueba. Sufrimientos místicos en el cuerpo y en el alma, indeciblemente dolorosos, la asediaban sin piedad. Sufrimientos, de los que dice San Juan de la Cruz que son la víspera de una gran fiesta.

Durante algún tiempo consiguió ocultarlos. Pero pronto comenzaron a trascender. La veían, unas veces como hundida por la angustia o aterrorizada por el dolor, otras afligida y desasosegada, otras sensible, agitada, hasta irascible. Todo un enigma para las religiosas que se le acercaban.

Uno de los más dolorosos padecimientos era el peso de todos los pecados del mundo, que ella lo sentía en su alma como si los hubiese cometido ella misma, lo que la hundió en un abismo de tristeza. Es verdad que, de vez en cuando, grandes consuelos abrían un claro durante algunas horas, incluso días, en la negrura pavorosa de esas amarguras y tormentos.

Un día de gran paz fue el domingo de Pascua de 1936. A petición suya, recibió el permiso de su director espiritual de obligarse a cumplir la Santísima Voluntad de Dios en todas las acciones de su vida, hasta en las más mínimas, bajo pena de una penitencia en el caso de infracción voluntaria. La fórmula de esta promesa se encontró entre sus escritos, después de su muerte. Es la siguiente:

Dios mío, hoy, día de vuestra gloriosa Resurrección, en este santo momento eucarístico en el que Vos, el Gran Dios, con toda Vuestra Gloria, bajáis hasta mí, uniéndoos tan íntimamente conmigo, yo, criaturita vuestra, quiero presentaros mi gran deseo: de igual forma que yo he recibido en este momento la Santa Hostia blanca, recibid Vos también mi santo voto. Dios mío, hacedlo en presencia de Vuestra Madre Santísima que también es mi Madre, de mi Santo Ángel de la Guarda, de mi Santo Padre San Francisco, de mis Santos Patronos San Antonio, Santa Crescencia y del Padre Eberschweiler y de toda la Corte celestial. Dios mío yo os prometo vivir cumpliendo Vuestra Santísima Voluntad, incluso en las mínimas acciones, hasta el último instante de mi vida. Aceptad, Dios mío, por mediación de las purísimas Manos de Vuestra Madre Santísima, la oblación que os ofrezco como prueba de mi gran amor y del gran deseo que tengo de agradaros. Dadme, Señor, la gracia de que, desde este momento en adelante yo pueda decir como el Santo Apóstol "ya no soy yo quien vivo, es Jesús el que vive en mí", pues la Santísima

Voluntad de Dios es la que está obrando en su miserable criatura. Amén.

Después de la Sagrada Comunión tuvo un éxtasis. Escribió:

Nuestro Señor me tomó la mano derecha y me puso, en el dedo anular, un anillo; después colocó en el centro un diamante refulgente como los rayos del sol: era el Amor al Santísimo Sacramento. A la izquierda de él, puso otro diamante igual: era el Amor a la Santa Cruz. A la derecha del diamante del centro, colocó otro: era el Amor a la Santísima Voluntad de Dios. Nuestro Señor dijo entonces: "Esposa mía, te confío esta Alianza. Debes guardarla bien". Sólo fue eso. Yo me alborocé, no puedo explicar cuánto amor sentí por aquellos Tres Diamantes: La prenda de los esponsales de mi Dios...

Es interesante el hecho siguiente, que demuestra la total ignorancia de sor Antonia en cuestiones místicas. Cuando Nuestro Señor le encomendó que guardase bien el anillo, pensó para sí: "Tengo que entregárselo a la Reverenda Madre Laeta para que me lo guarde".

Vuelta en sí, se asustó mucho porque no lo encontraba, ni en el dedo, ni en la cartera, ni en el bolso, ni en el suelo, por donde lo buscaba ansiosamente. Como tenía que cumplir sus obligaciones con las niñas del colegio, sólo pudo obtener una aclaración unas horas más tarde. Lo hizo, llorando abundantemente, pensando que había perdido lo que Jesús había encomendado a sus cuidados. Al saber que no se trataba de un anillo material y que ese día era para ella de gran fiesta, prorrumpió en estas palabras: "¿Gran fiesta? ¡Gran susto! Esto es lo que ha sido para mí".

Sus lágrimas cesaron. Y todo aquel día y todo el lunes de Pascua, Nuestro Señor se dignó distinguirla con su presencia sensible.

Esos sosiegos, sin embargo, eran pocos y venían como preparación para aflicciones más mortificantes. El Divino Salvador se había dignado escoger a su sierva para tomar parte en los dolores de su Pasión y de su Muerte en la Cruz. Los sufrimientos de sor Antonia servían ora como reparación por las persecuciones contra la Santa Iglesia, ora como expiación por los ultrajes que sufre permanentemente Jesús Eucaristía. Contribuían a la salvación de los niños y de los soldados, a la santificación del clero y de los religiosos.

El infierno le presentó reñido combate para que tan solo dijese: "¡No quiero sufrir más!" Pero la jaculatoria: "¡Jesús mío, todavía Os amo!" fue siempre su repetida protesta de fidelidad. Aquélla fue su oración eficaz en favor de las almas en peligro, su grito de victoria contra los asaltos infernales.

CAPÍTULO 59
Tarea cumplida

A finales de 1938, sor Antonia enfermó, y supo por Nuestro Señor Jesucristo que su tarea estaba cumplida. Terminaron las pruebas interiores. Con edificante paciencia soportó los acerbos dolores y las miserias de su enfermedad. Respecto a la "gran festividad" de la hora final, que ella había idealizado como de una alegría celestial por la presencia de de Jesús, de María, del Ángel de la Guarda y de los santos patronos, con un año de antelación había renunciado voluntariamente a ella, por una intención especial, depositándolo todo en el altar del holocausto.

Era el 22 de abril de 1939, víspera del día de las "vocaciones sacerdotales". En toda la archidiócesis de Puerto Alegre los fieles rivalizaban entre sí para contribuir a la elevada y bendita

causa, ofreciendo sus oraciones, sacrificios y limosnas.

Parecía que había llegado la última hora de nuestra enferma. En el colegio, las Hermanas encargadas de preparar la fiesta en beneficio de la obra de las vocaciones sacerdotales, se sentían oprimidas por la tristeza. ¡Oh! ¿Quién no ha de sentirse mal en un ambiente festivo sabiendo que uno de los suyos está en trance de muerte?

Se hacían los últimos preparativos. Los padres de las alumnas habían sido invitados. Una Hermana se acordó de que la enferma se había distinguido siempre por su espíritu de obediencia y encargó que le dijeran: "Sor Antonia, no puede ahora levantar el vuelo al cielo. ¿Cómo vamos a ultimar los preparativos para la fiesta en favor de las vocaciones sabiendo que está agonizando?"

La Hermanita comprendió la angustia de aquella súplica. Con dificultad, consiguió pronunciar esta frase bondadosa: "Puedo esperar hasta el lunes". Y fue lo que sucedió. El estado de agonía se hizo menos intenso. Generosamente, ofreció los sufrimientos del día siguiente por las intenciones más importantes de la archidiócesis. Sólo después partió.

La muerte, en la noche del 24 de abril, fue serena, sí, pero envuelta en un gran sufrimiento. De forma que, a imagen fiel del Esposo Crucificado, bebió el cáliz de los dolores sensibles más intensos, hasta la última gota.

El temprano fallecimiento de sor Antonia fue muy lamentado por los otros miembros de la familia; llorado por las alumnas y educandas, por las que se desvelaba; por sus Hermanas de hábito, que sintieron mucho su pérdida. Las alumnas expresaron su sentimiento escribiendo cariñosas cartitas con peticiones y recomendaciones, para que fuesen colocadas junto a su cuerpo, al que se iba dar sepultura.

El día 25 de abril, en torno a la fosa, recientemente cavada en el cementerio conventual de las franciscanas de San Leopoldo, se veían serios y entristecidos los semblantes de las religiosas y de las alumnas. El ataúd, todo blanco, descendió lentamente a la sepultura. Las alumnas, llorando, echaban flores sobre la caja. Eran sus demostraciones infantiles de veneración y gratitud. "Semilla preciosa, confiada a la tierra para la resurrección gloriosa". Así es como el capellán del Colegio San José, el Rev. P. Leonardo Müller, S.J., se refirió a los despojos mortales de sor Antonia, sobre los que ahora caían paladas de tierra.

Poco después, en la sepultura fresca, la mano sacerdotal plantó la cruz, símbolo de la victoria del Redentor. Por el amor a la Cruz de Nuestro Señor, Cecy triunfó sobre el pecado. El amor a Jesús Crucificado la llevó al generoso cumplimiento de su misión de alma víctima.

Índice

Introducción a la primera edición 5

Preámbulo - El Padre del Cielo en el cuarto de mi querida madre 9

Capítulo 1 - Cuando el Padre del Cielo está contento 10

Capítulo 2 - El Padre del Cielo Crucificado y Su Santa Madre 11

Capítulo 3 - El primer gran dolor de mi alma 13

Capítulo 4 - Las cajas de dulce de la cómoda 14

Capítulo 5 - El Ángel 16

Capítulo 6 - El secreto de la cestita 18

Capítulo 7 - Lágrimas de sentimiento 19

Capítulo 8 - La Santa Hostia Blanca 21

Capítulo 9 - La espina punzante 23

Capítulo 10 - Los melocotones 24

Capítulo 11 - El vaso roto 25

Capítulo 12 - El poni 27

Capítulo 13 - El ramo de rosas blancas para Nuestra Señora 28

Capítulo 14 - La primera confesión 32

Capítulo 15 - La presencia viva de Jesús en el alma 35

Capítulo 16 - El juramento de fidelidad en el día de la Comunión 37

Capítulo 17 - **El primer Rosario improvisado** 39
Capítulo 18 - **Cipriano, el viejecito del asilo** 42
Capítulo 19 - **El Rosario en el cenador** 52
Capítulo 20 - **La cajita con el elefante** 53
Capítulo 21 - **Bilac, el perro malvado** 55
Capítulo 22 - **La cesta de caramelos, abierta** 57
Capítulo 23 - **La muñeca con los ojos hundidos** 59
Capítulo 24 - **El hurto de las estampas** 61
Capítulo 25 - **En el carrusel** 62
Capítulo 26 - **El dueño del circo** 64
Capítulo 27 - **El broche perdido** 66
Capítulo 28 - **La agonía de Jesús en el Alma** 68
Capítulo 29 - **El camarón** 72
Capítulo 30 - **El autovelocípedo** 75
Capítulo 31 - **Madrina** 81
Capítulo 32 - **La manada de gansos** 84
Capítulo 33 - **Pequeños sacrificios para ser admitida en la Congregación Mariana** 86
Capítulo 34 - **El traje de baño. No quiero vestirme así** 88
Capítulo 35 - **El cine "Punto Chic"** 91
Capítulo 36 - **Esposa de Jesús** 93
Capítulo 37 - **Señorita, una limosna para la negra** 98
Capítulo 38 - **El estuche de clase** 101
Capítulo 39 - **Los patines sacrificados** 104

Capítulo 40 - **Le entregué el lirio a Nuestra Señora** 106

Capítulo 41 - **La Bate-bico** 108

Capítulo 42 - **La garrafa de queroseno** 114

Capítulo 43 - **La Bandera del Divino** 117

Capítulo 44 - **El "dominó negro"** 122

Capítulo 45 - **La guerra de Troya** 126

Capítulo 46 - **La almohada maravillosa** 129

Capítulo 47 - **En el teatro** 133

Capítulo 48 - **En el bar** 135

Capítulo 49 - **Rezar de rodillas** 137

Capítulo 50 - **El libro inconveniente** 140

Capítulo 51 - **¡Tú hablas, yo te estrangulo!** 142

Capítulo 52 - **Miguel, el mozo de habitaciones del hotel** 145

Capítulo 53 - **Belleza deslumbrante** 149

Capítulo 54 - **La polca del bastón** 152

Capítulo 55 - **El placer insípido** 155

Capítulo 56 - **El llamamiento de Dios** 157

Capítulo 57 - **En la Tercera Orden de San Francisco** 159

Capítulo 58 - **La víctima** 160

Capítulo 59 - **Tarea cumplida** 165

Todos estamos bajo las alas de un ángel, aunque lo ignoremos o no lo tengamos en cuenta.

La autora de este delicioso libro, Cecy Cony o Hermana María Antonia, nos ofrece el conmovedor testimonio de la intervención cotidiana del ángel de la guarda en su propia vida, desde que era una niña hasta su edad adulta.

Estas páginas son de una ingenuidad emocionante. En ellas nada es artificial ni postizo: nos muestran con sencillez la grandeza de la simple vida cristiana.

"Bajo las alas de un ángel" no dejará a nadie indiferente y sorprenderá a todos, reavivando en muchos la fe en el dogma del ángel de la guarda.

ISBN 978-987-3965-52-4